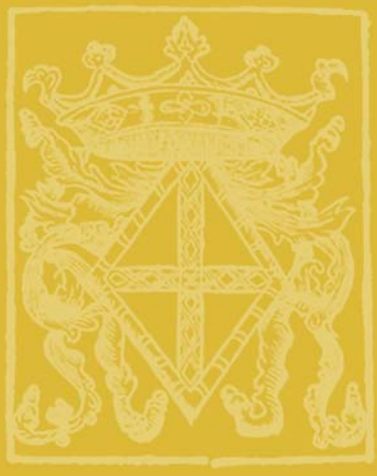
VIRREYES CATALANES EN AMÉRICA

CICLO DE CONFERENCIAS



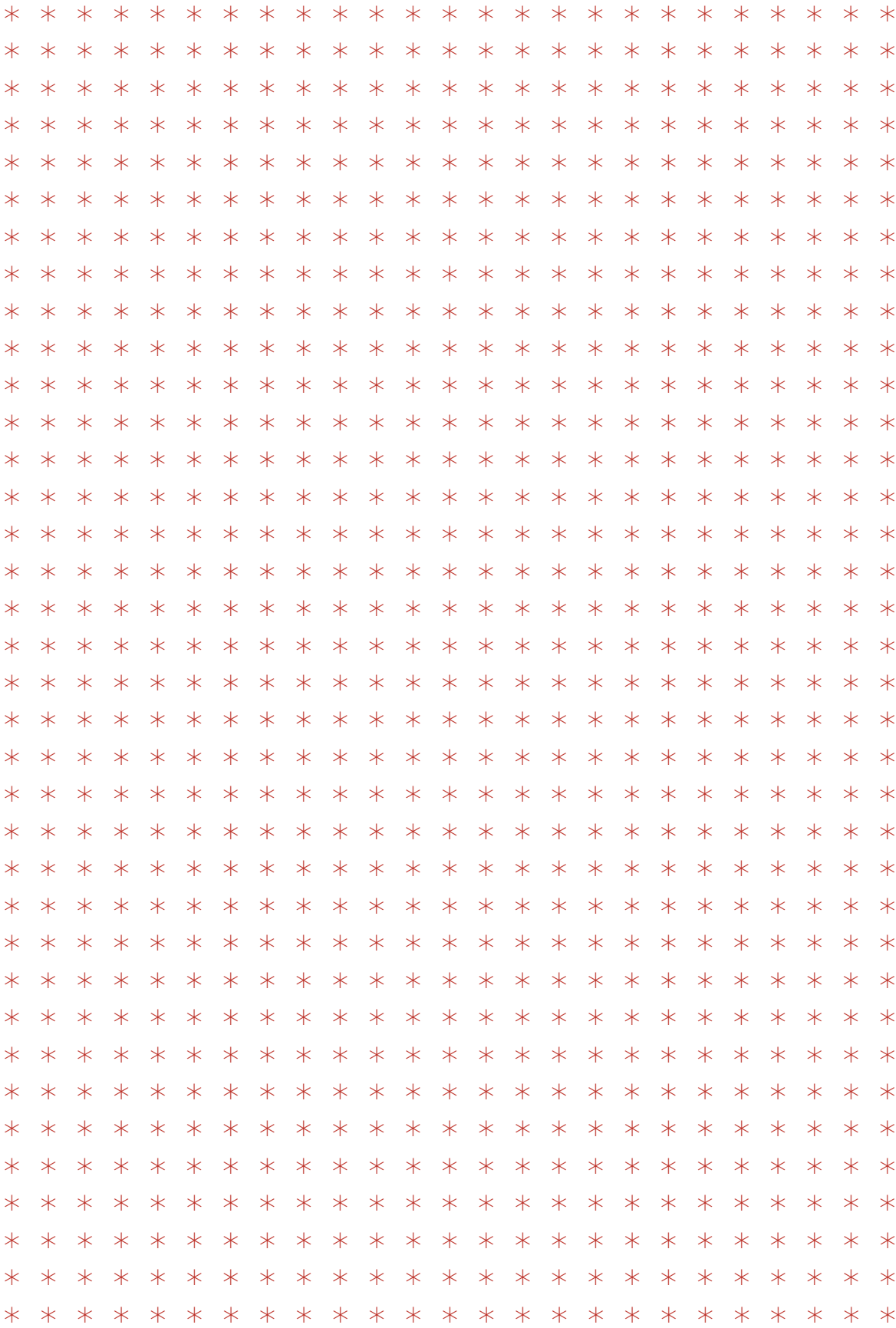
CONSTITVCIONS, CAPITOLS, Y ACTES DE CORT, FETAS, Y ATORGADAS PER LAS S. C. R. MAGESTAT DEL REY NOSTRE SENYOR DON FELIP IV. DE ARAGÒ, Y V. DE CASTELLA, COMTE DE BARCELONA, &c. EN LA PRIMERA CORT, CELEBRADA ALS Cathalans, en la Ciutat de Barcelona, en lo Monastir de Sans Francesch, en los anys 1701. y 1702.

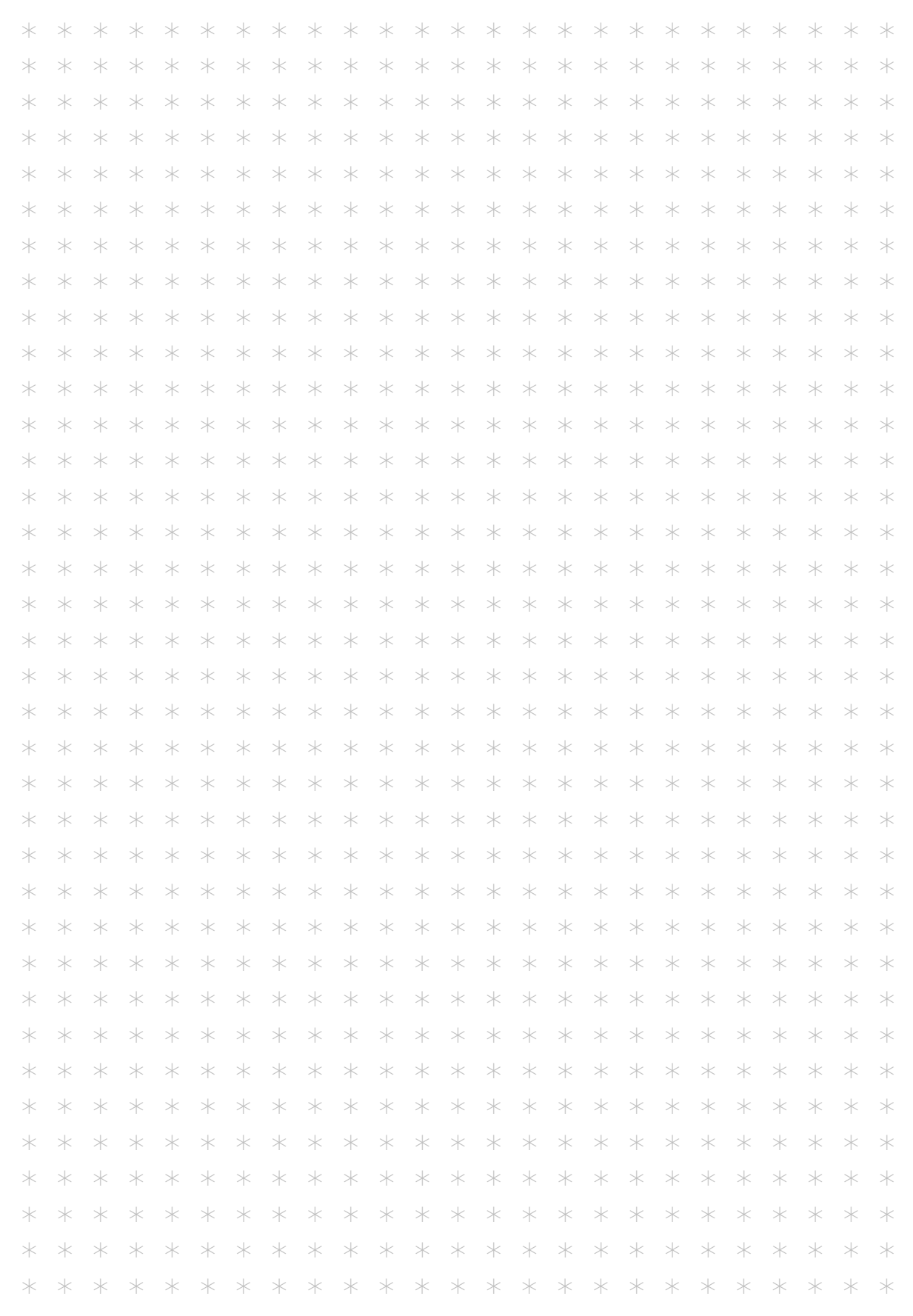
Per manament dels molt Illustres, y Fidelissims Senyors Deputats, y Oydors de Comptes: Estampadas,

EN BARCELONA:

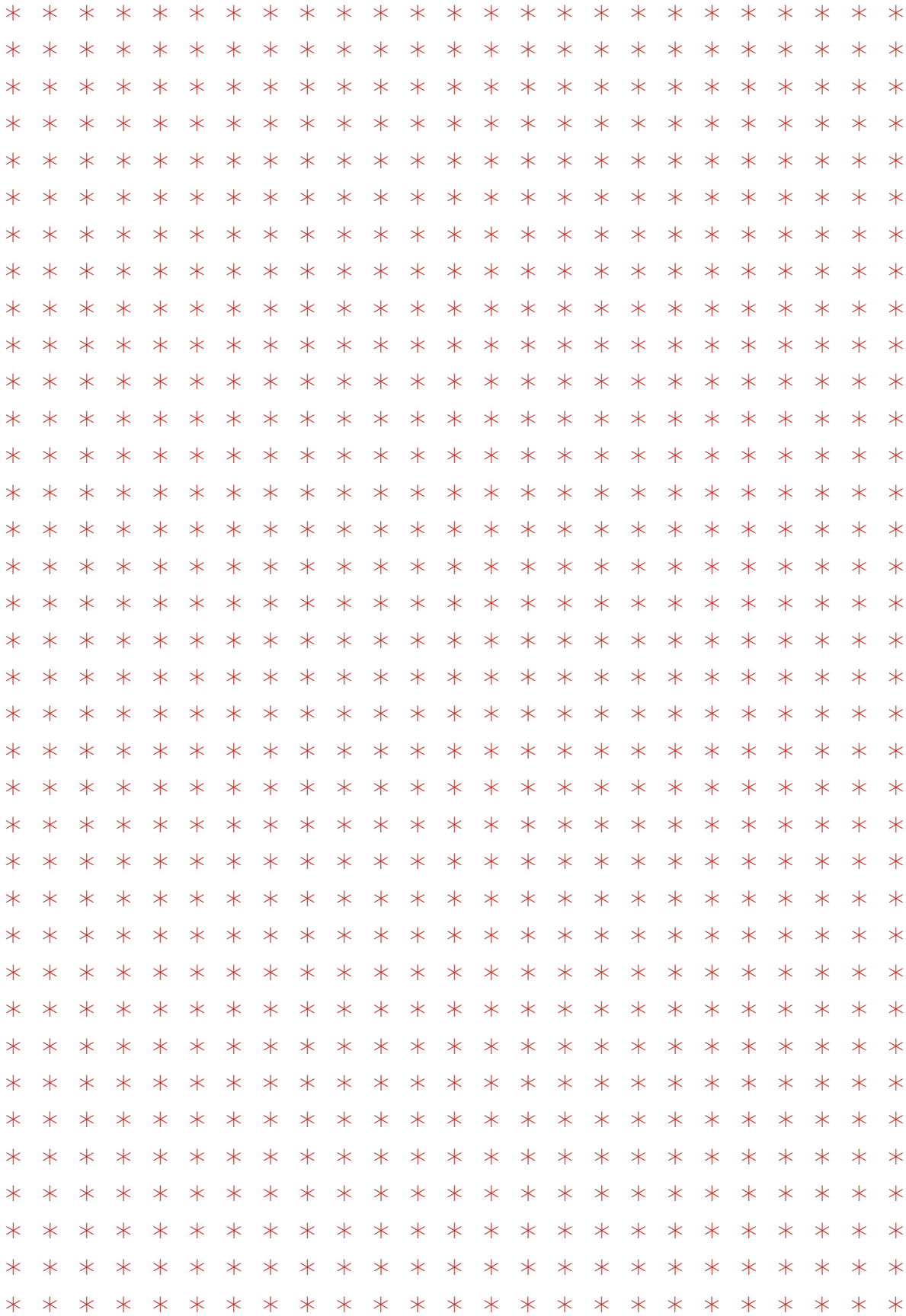
En la Estampa de Rafel Figuerò, al carrer dels Coroners, Any 1702.

* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *





VIRREYES CATALANES EN AMÉRICA



VIRREYES CATALANES EN AMÉRICA

CICLO DE CONFERENCIAS

FUNDACION
Banco Santander

FUNDACIÓN CULTURAL DE LA NOBLEZA ESPAÑOLA

RESIDÈNCIA D'INVESTIGADORS

Ciclo de conferencias organizado por la Fundación Cultural de la Nobleza Española, Fundación Banco Santander y la Residéncia d'Investigadors del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en mayo de 2012 en Barcelona sobre la nobleza catalana y su participación en las funciones de gobierno y administración de los Reinos de Indias.

* * *

Fundación Banco Santander y la Fundación Cultural de la Nobleza Española no se hacen responsables de las opiniones vertidas por los autores en estos artículos.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo, alquiler o cualquiera otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

* * *

© 2012, Fundación Banco Santander. Todos los derechos reservados

* * *

TIPÓGRAFO: Alfonso Meléndez · IMPRESIÓN: GJ Print
ISBN: 978-84-92543-41-0 · DEPÓSITO LEGAL: M-41957-2012

DURANTE el mes de mayo de 2012 se celebró en Barcelona un ciclo de conferencias titulado *Virreyes catalanes en América*, organizado conjuntamente por la Fundación Cultural de la Nobleza Española, que me honro en presidir, y Fundación Banco Santander, con la inestimable colaboración del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Barcelona.

Para que el contenido de estas interesantes conferencias no quede relegado al olvido, nos ha parecido oportuno proceder a su publicación para que pueda llegar al mayor número posible de personas, aunque la asistencia de público en la Ciudad Condal fue muy estimable. Las páginas que siguen recogen, por tanto, el fruto del excelente trabajo de los autores.

Desde hace muchos años la Fundación Cultural de la Nobleza Española organiza ciclos de conferencias, muchos de ellos en estrecha colaboración con Fundación Banco Santander, cuyos temas giran en torno al papel desempeñado por la nobleza en la historia de España, ya sea en relación con asuntos militares, políticos, religiosos o artísticos, con el fin de recordar la trascendental aportación de la nobleza a nuestra historia.

Y como en la actualidad se conmemora el bicentenario de la Independencia de los antiguos Reinos de Indias, hemos considerado interesante estudiar el tema de los altos miembros del gobierno del Nuevo Mundo y, de modo especial, el de los virreyes que en nombre del monarca rigieron los destinos de aquellos inmensos y lejanos territorios.

En mi opinión, el descubrimiento, población y pacificación de las Indias es el capítulo más importante de nuestra historia, en el que los nobles catalanes fueron llamados también a las tareas de gobierno y administración de aquellos dominios.

Muchos de ellos en calidad de gobernantes, militares, funcionarios o humildes misioneros llevaron a América la fe cristiana y los valores humanísticos implantados en la península Ibérica; porque a diferencia de lo que hicieron otras naciones, la labor de España en el Nuevo Mundo no fue colonizadora, sino que integró a aquellas remotas tierras en la misma organi-

zación política, jurídica y social que regía en nuestra patria. Las Cortes de Cádiz reconocerían expresamente esta circunstancia, que distingue la encomiable labor realizada por la monarquía hispánica de la desarrollada por otras potencias que crearon en siglos posteriores un importante imperio colonial bajo unos parámetros bien distintos.

Como es lógico, para acotar el tema ha habido que seleccionar de entre los nobles catalanes que realizaron funciones de gobierno en el Nuevo Mundo, a algunos de los que se han considerado más representativos. En esa labor se ha elegido a dos virreyes muy destacados en el transcurso del siglo XVIII: el marqués de Castelldosrius y don Manuel Amat y Junyent, cuyas semblanzas biográficas y labores de gobierno han sido desarrolladas por los profesores Bernat Hernández y María de los Ángeles Pérez Samper, respectivamente.

Y como oportuno preámbulo, el profesor Ricardo García Cárcel, que ha realizado una espléndida coordinación del ciclo, nos ofrece una perfecta visión panorámica de la materia elegida, en la que nos introduce con su excelente trabajo «La nobleza catalana, la corona y América».

Creo que el estudio de los personajes escogidos contribuye a un mejor conocimiento de aspectos interesantes de una época en que España desarrolló su fecunda labor civilizadora en el Nuevo Mundo.

No me queda, por tanto, sino congratularme de que la documentada aportación de los autores a tan importante etapa de nuestra historia se ponga a disposición de los interesados en estos temas por medio del presente libro. De este modo la Fundación Cultural de la Nobleza y Fundación Banco Santander creen prestar un nuevo servicio a la sociedad de la que forman parte.

EL DUQUE DE ALIAGA
Presidente de la Fundación Cultural de la Nobleza Española

Fundación Banco Santander y la Fundación Cultural de la Nobleza Española organizan, desde hace años, diversos ciclos de conferencias dedicados al estudio de etapas históricas a través de las biografías de sus figuras más destacadas. Este año, coincidiendo con el bicentenario de la Independencia de los Reinos de Indias, ambas fundaciones celebraron, con la colaboración del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el ciclo *Virreyes catalanes en América*, que estuvo destinado al análisis del papel desempeñado por la nobleza de origen catalán en la administración de las posesiones españolas en el Nuevo Mundo.

La ponencia de Ricardo García Cárcel, titulada «La nobleza catalana», viene a llenar el vacío existente en la bibliografía dedicada a este estamento social en Cataluña. Tras este estudio de carácter general, los profesores universitarios Bernat Hernández y María de los Ángeles Pérez Samper, nos ofrecen las semblanzas de dos de los personajes más interesantes y controvertidos de la nobleza catalana que ostentaron el cargo de virrey del Perú: Manuel de Sentmenat-Oms, primer marqués de Castelldosrius, y Manuel Amat, miembro de una de las familias nobles más importantes de Cataluña.

Fundación Banco Santander desea expresar su agradecimiento a todos los participantes en estas sesiones que, de forma amena y didáctica, nos permiten adentrarnos en uno de los aspectos más desconocidos de este periodo histórico.

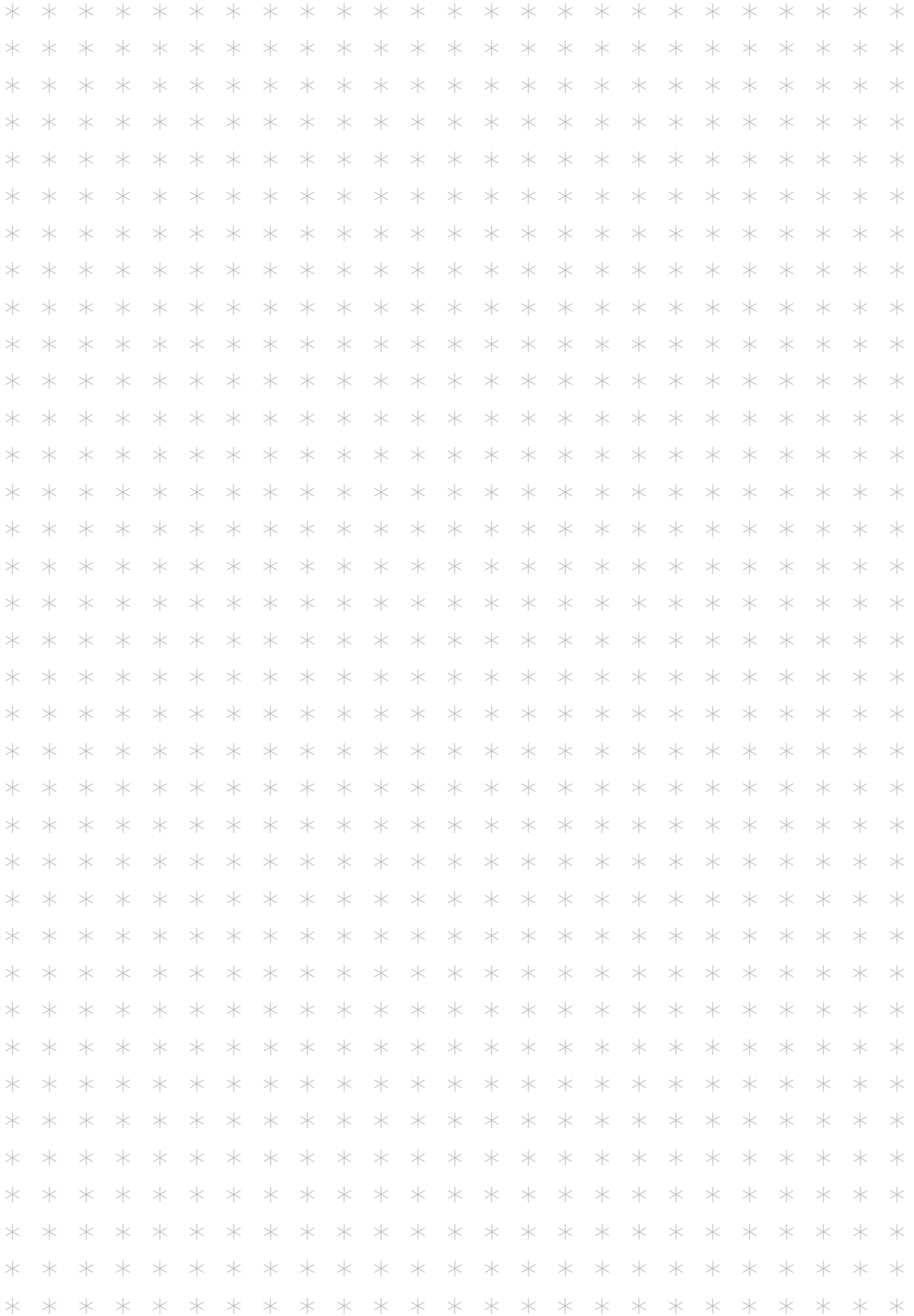
ANTONIO ESCÁMEZ TORRES
Presidente de Fundación Banco Santander

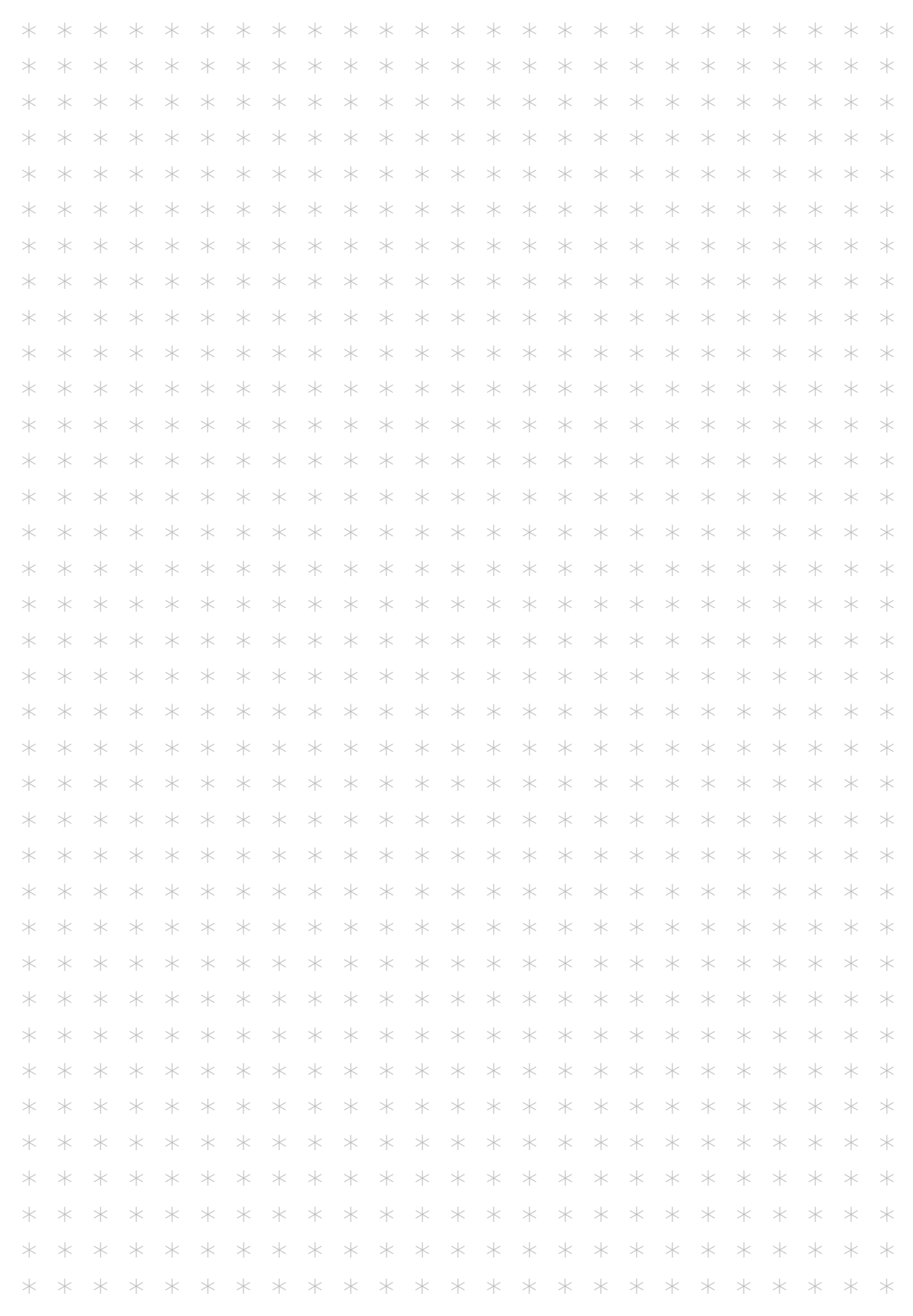
ESTE libro recoge las conferencias que, organizadas por la Fundación Cultural de la Nobleza Española, se pronunciaron en la Residencia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Barcelona los días 7, 14 y 21 de mayo del año 2012. Las conferencias fueron impartidas por María de los Ángeles Pérez Samper, catedrática de la Universitat de Barcelona, Bernat Hernández, profesor titular de la Universitat Autònoma de Barcelona y Ricardo García Cárcel, catedrático de esta última universidad. El ciclo se dedicó a analizar la trayectoria de la nobleza catalana a lo largo de la época moderna y la proyección de ésta en América, a través de dos de los grandes virreyes catalanes en el siglo XVIII, don Manuel de Sentmenat-Oms de Santa Pau, marqués de Castelldosrius, y don Manuel Amat y Junyent. En el libro queda bien reflejada la significación histórica de la nobleza catalana y sus relaciones con la corona española. Y, desde luego, el importante papel desempeñado por los catalanes en América en el siglo de la Ilustración.

América, ciertamente, fue no sólo un mercado que conquistar, no sólo un lejano horizonte en el que expandirse, sino un inmenso escenario en el que la nobleza catalana pudo desarrollar expectativas políticas y sociales, quizás limitadas en el espacio peninsular. Los virreyes catalanes aquí estudiados, con sus luces y sus sombras, son testimonio de un cierto sueño americano de la nobleza catalana que le permitió, al menos coyunturalmente a ésta, salir de su arquetípica discreción hacerse políticamente visible, trasladar a América sus propios proyectos.

Agradecemos a la Fundación Cultural de la Nobleza Catalana la confianza en nosotros depositada así como a las demás instituciones colaboradoras, Fundación Banco Santander y Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la cobertura de apoyo prestada.

RICARDO GARCÍA CÁRCEL
Coordinador del ciclo de conferencias





Í N D I C E

LA NOBLEZA CATALANA, LA CORONA Y AMÉRICA
R*icardo* G*arcía* C*árcel* 15

MANUEL DE SENTMENAT-OMS DE SANTA PAU,
PRIMER MARQUÉS DE CASTELLDOSRIUS
Y VIRREY DEL PERÚ (1707-1710)
B*ernat* H*ernández* 45

EL VIRREY AMAT
M*aría de los* Á*ngeles* P*érez* S*amper* 71

CONSTITVCIONS, CAPITOLS, Y ACTES DE CORT,

FETAS, Y ATORGATS,

PER LA S. C. R. MAGESTAT

DEL REY NOSTRE SENYOR

DON FELIP IV.

DE ARAGÓ, Y V. DE CASTELLA,

COMTE DE BARCELONA, &c.

EN LA PRIMERA CORT, CELEBRADA ALS Cathalans, en la Ciutat de Barcelona, en lo Monastir de Sant Francesch, en los anys 1701. y 1702.

Per manament dels molt Illustres, y Fidelissims Senyors Deputats, y Oydors de Comptes: Estampadas,

EN BARCELONA:

En la Estampa de Rafel Figuerò, al carrer dels Coroners, Any 1702.

LA NOBLEZA CATALANA, LA CORONA Y AMÉRICA

RICARDO GARCÍA CÁRCEL
[Universitat Autònoma de Barcelona]

La nobleza catalana no cuenta con la bibliografía de que dispone el estudio de la nobleza castellana. La gran obra de Antonio Domínguez Ortiz sobre la nobleza española dedica muy poco espacio a la nobleza catalana.[1] Ciertamente, no faltan estudios sobre aspectos monográficos de la nobleza en Cataluña. Al respecto, los de interés más global son los de Pere Molas Ribalta. En especial destaca su contribución en el ciclo de conferencias sobre «Nobleza y Sociedad en la España moderna», dirigido por Carmen Iglesias, y su aportación al conocimiento de la nobleza catalana en la época de Felipe II en el volumen dirigido por Ernest Belenguer Cebrià, aparte de otros importantes estudios monográficos.[2] Asimismo deben recordarse aquí las aportaciones de Armand de Fluvià, James S. Amelang, Fernando Sánchez Marcos, María de los Ángeles Pérez Samper, Francisco Andújar Castillo y tantos otros historiadores.[3] Pero, insistimos, ha dominado en la historiografía sobre

1. A. Domínguez Ortiz, *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*, Madrid, 1973; «La nobleza en la España del siglo XVIII» en P. Saavedra y R. Villares (coords.), *Señores y campesinos en la Península Ibérica. Siglos XVIII-XIX*, Barcelona, 1991, vol. I, pp. 1-15.
2. P. Molas, «La nobleza catalana en la edad Moderna» en C. Iglesias (coord.), *Nobleza y sociedad. Las noblezas españolas. Reinos y señoríos en la Edad Moderna*, Oviedo, 1994, vol. III, pp. 197-211; «La noblesa catalana a l'època de Felip II» en E. Belenguer, (coord.), *Felipe II y el Mediterráneo. Los grupos sociales*, Barcelona, 1999, vol. II, pp. 99-112; *Felip V i la noblesa catalana*, Barcelona, 2001; *L'Alta noblesa catalana a l'Edat Moderna*, Barcelona, 2004; *Los gobernantes de la España Moderna*, Madrid, 2008.
3. A. de Fluvià, Llinatge del Margarit, del segle XIV al XIX i la de tots els llinatges vinculats, Barcelona, 2012; J. Amelang, *La formación de una clase dirigente. Barcelona 1490-1714*, Barcelona, 1986; F. Sánchez Marcos, «La nobleza catalana y la cultura en tiempos del Quijote», conferencia pronunciada el 16 de febrero 2005 en el ciclo «La nobleza en la Cataluña de la edad Moderna» (1474-1808); M. A. Pérez Samper, «Vida cotidiana y sociabilidad de la nobleza catalana del siglo XVIII: el Barón de Maldà», *Pedralbes*, 23, 2003, pp. 433-476; F. Andújar, «Nobleza catalana al servicio de Felipe V. La Compañía de Granaderos Reales», *Pedralbes*, 27 2007, pp. 293-314; M. M. Felices de la Fuente, *La nueva nobleza titulada de España y América en el siglo XVIII (1701-1746). Entre el mérito y la venalidad*, Almería, 2012.

Portada de *Constitucions, Capítols i Actes de Cort* de las Cortes de Barcelona de 1701-1702 presididas por Felipe V

la nobleza catalana una cierta prevención como si el estudio de la misma se hubiera contagiado de la «proverbial discreción» de la nobleza catalana que caracterizaría a este estamento social, según Jacinto Antón.[4]

La atención a la nobleza catalana, sobre todo en la época moderna, ha estado, a mi juicio, condicionada por viejas obsesiones. La primera, es, sin duda, la fijación tenebrista del feudalismo identificado con la nobleza. La sombra de los «malos usos» con toda su estela reaccionaria ha lastrado la imagen de la nobleza condenada a jugar el papel de lastre reaccionario del progreso social. Se olvida que la Sentencia Arbitral de Guadalupe de 1486 como demostró Vicens Vives, supondría la liberación del payés de remensa y la supresión de los «malos usos», marcando la diferencia entre la propiedad útil del campesino y la propiedad eminente que queda en manos del señor, con la enfiteusis como eje del sistema y un equilibrio social inestable a lo largo del tiempo.

La segunda es la singular identificación que se ha hecho de Cataluña con la burguesía como si esta clase social fuera inherente a la identidad catalana. Lo cual no es cierto. Esa identificación la establece Antoni de Capmany en sus *Memorias históricas* y es sólo desde comienzos del siglo XIX cuando se articula la imagen de una sociedad catalana liderada por una burguesía dinámica, progresista, avanzada. Esa mitificación de la burguesía catalana ha sido matizada por historiadores como James S. Amelang:[5]

«Mientras que puede haber pocas dudas de que la burguesía ocupase una posición conspicua en las estructuras sociales del Antiguo Régimen, su papel como fuerza determinante dentro de esta sociedad ha sido enormemente exagerado. Paradójicamente, será en la época moderna cuando el poder político y de alguna manera el prestigio social de la burguesía van a alcanzar su punto más bajo [...]. La prolongada crisis de los siglos XIV y XV, caracterizada por las violentas y persistentes revueltas contra su régimen oligárquico y contra sus prácticas económicas explotadoras, socavó seriamente su estabilidad como clase dirigente urbana [...]. Así la burguesía devendrá gradualmente en una fuerza más pasiva y menos afirmativa. Los mercaderes que habían regentado la fortuna de la ciudad medieval se enfrentarían a dos alternativas: o bien podrían buscar la absorción en el ámbito

4. J. Antón, «La proverbial discreción de la nobleza catalana», *El País*, 7 de febrero de 2010.
5. J. S. Amelang, «Les estructures socials de l'Europa Renaixentista», *L'Avenç*, 65, noviembre 1983.

de una nobleza resurgiente o afrontar la exclusión de sus anteriores posiciones de poder. Las relaciones de clase se van a transformar. Se robustecerá la aristocracia feudal frente a los levantamientos sociales, cada vez más radicalizados, a caballo de la polarización progresivamente acusada entre ricos y pobres. A la vez, esa nobleza feudal tradicional abandonará sus jurisdicciones territoriales proyectándose hacia la ciudad, ámbito que le ofrecerá más ocasiones para exhibir su prestigio y riqueza, en absoluta complicidad y colaboracionismo con el Estado absolutista. Surge así, en poco tiempo, una nueva clase media compuesta de la baja nobleza y campesinado más próspero y miembros de profesiones liberales, una clase que carece de la identidad institucional de la burguesía mercantil medieval y plenamente inserta dentro de las estructuras de la hegemonía aristocrática, fomentada por el Estado absolutista.»

La tercera posible razón quizás haya que buscarla en la propia discreción estructural de la nobleza catalana, que en ausencia de una corte propia, desde comienzos del siglo XVI, protagoniza un rol histórico muy distinto y distante de la nobleza castellano-andaluza, siendo muy poco proclive al ruido mediático y haciendo del silencio, como veremos, su principal pauta de conducta.

Se ha reiterado, a nuestro juicio con exceso, la presunta irrelevancia de la nobleza catalana en el marco general de la monarquía española. Nadie puede negar, evidentemente, el escaso número de nobles en Cataluña con respecto al de otros territorios de la monarquía. A las Cortes de 1519 en Barcelona asistirán 37 nobles y 451 caballeros. En 1626 unas ochocientas personas acudieron a las Cortes representando a la nobleza catalana. Aquí entrarían los magnates (unos veinte), los nobles propiamente dichos, 254, y los caballeros, 526. Unas ochocientas personas, pertenecientes a 410 familias que representarían un 0,2% de la población catalana en ese momento. Muy poco número en relación al 10% del peso cuantitativo de la nobleza española en el conjunto de la monarquía. Entre la nobleza titulada en Cataluña a comienzos del siglo XVII había un único duque (el de Cardona) cuyo sexto titular, Enrique de Aragón, ejerció el cargo de virrey de Cataluña en tres mandatos entre 1630-1640 y siete condes y vizcondes (Santa Coloma, Perelada, Guimerà, Vallfogona, Montagut...).

Como puede deducirse, la pirámide social de la nobleza catalana era de base ancha con una ínfima presencia de la gran nobleza. La mayor parte

de la nobleza era *minor*, profundamente diversificada. Poco a poco fueron desapareciendo las denominaciones medievales de *donzell* (el todavía no armado caballero) y de *home de paratge*, bipolarizándose el estatus nobiliario entre los simples caballeros y los propiamente nobles.

Pero el escaso número de nobles no implica que esta nobleza tuviera poco poder. Por lo pronto, la mitad del número de lugares y de toda la población catalana era de jurisdicción señorial.

El duque de Cardona se concentra sobre todo en la veguería de Montblanc –jurisdicción plena sobre 28 de los 82 lugares y además criminal sobre once lugares–, en Cervera –jurisdicción plena sobre 72 de los 343 lugares–, en Gerona –jurisdicción plena sobre 49 de los 363 lugares– y, en menor grado, en las veguerías de Barcelona y Manresa. El marqués de Aytona extiende básicamente su jurisdicción en las veguerías de Barcelona, Vic y Gerona; el conde de Erill, en la veguería de Lérida; el conde de Santa Coloma, en las de Agramunt, Tortosa y Vilafranca del Penedès; y el vizconde de Perelada, en la de Gerona.

La evolución de la jurisdicción señorial fue oscilante. En el siglo XVI hubo signos claros de desmembración de las casas señoriales en beneficio de la jurisdicción real. El único señorío que mantuvo íntegramente las posesiones fue el vizcondado de Cabrera. En el siglo XVII, por el contrario, los condados de Empúries y el vizcondado de Peralada recuperaron las señoríos segregados.[6]

La fuerza del régimen señorial en Cataluña es incuestionable. Núria Sales ha subrayado la creciente importancia del ejercicio de la justicia por parte de los señores feudales que muchas veces utilizaron bandoleros como manera de practicarla de modo expeditivo y poco oneroso.[7]

Los grandes nobles desde principios del siglo XVI tendieron a ser fagocitados por la nobleza castellana. Muy significativos, al respecto, son los casos de los Requesens o los Cardona. El título extinguido de los Cabrera fue heredado por los Henríquez, almirante de Castilla. La heredera Estefania de Requesens se casaría y le daría título al castellano Juan de Zúñiga y Abellaneda, hombre de confianza de Carlos V, hijo del segundo conde de

6. R. García Cárcel y M. V. Martínez Ruiz, *Población, jurisdicción y propiedad del obispado de Gerona (XIV-XVII)*, Universidad de Gerona, 1976.

7. M. Sales, «Fins a quan pogueren els senyors alt-justiciers condemnar a mort?», *L'Avenç*, 79, febrero 1985, pp. 20-28.

Miranda. Este murió en 1545. El hijo mayor, Luis, conservó el apellido Requesens. Su hermano Juan, ha pasado a la historia como Juan de Zúñiga. Luis se casó con Gerónima Gralla, hija del maestre racional, Francesc Gralla y tuvo malas relaciones con su familia catalana (cuñado suyo era el marqués de Aytona). Después de tener gran protagonismo en la política española murió en 1576. Al morir su hijo Juan, al año siguiente, se extinguió la sucesión masculina del linaje. La herencia Requesens pasó a una mujer, Mencía, que se casó en primera nupcias con el marqués de Vélez y en segundas, con el conde de Benavente, virrey de Valencia y Nápoles y consejero de Estado. Los marqueses de Vélez, originarios de Murcia fueron señores jurisdiccionales en el principado de Cataluña. El mismo proceso de integración de títulos catalanes en la red aristocrática castellana a través de dos rupturas sucesorias se repitió en el caso de los Cardona. Lo ha descrito impecablemente Pere Molas:[8]

«El duque Fernando Folc de Cardona murió sin sucesión masculina en 1543. El ducado y los títulos anexos pasaron, por el matrimonio de la heredera, a otro importante linaje de la Corona de Aragón, a los descendientes de uno de los famosos *infantes de Aragón*, en concreto don Enrique, que murió tras la batalla de Olmedo en 1444. En el siglo XVI estos Aragón ostentaban los títulos de conde de Ampurias y duques de Segorbe. Tras suceder a los Cardona conservaron el apellido de éstos, pero el linaje se extinguió a su vez en 1575. En esta ocasión la herencia pasó a un linaje andaluz, los Fernández de Córdoba, concretamente a la rama de los llamados alcaides de los Donceles. Durante cien años los Aragón Folc de Cardona y Fernández de Córdoba tuvieron un doble centro de gravedad, en Andalucía y en Cataluña, además de gravitar lógicamente hacia la Corte. El duque Enrique (nacido en Lucena y muerto en Cataluña) tuvo un papel importante en la política catalana, incluyendo el cargo de virrey, en cuyo ejercicio murió durante el crítico verano de 1640. Sus hijos destacaron en la vida cortesana durante la segunda mitad del siglo XVII como cardenales, arzobispos de Toledo, embajadores, virreyes, marqueses, etcétera. Pero una vez más falló la sucesión masculina y en la segunda mitad del siglo XVII los grandes dominios de Cardona y Ampurias (con el marquesado de Pallars y el condado de Prades) pasaron definitivamente, por vía matrimonial y de herencia, a otra

8. P. Molas, *La nobleza catalana en la Edad Moderna*, art. cit. p. 200.

gran casa castellana, la de los duques de Medinaceli, que ya había protagonizado por su cuenta un importante proceso de concentración de títulos en la propia Corona de Castilla.»

Si los principales linajes de la nobleza catalana experimentaron procesos de extinción absorbidos por la nobleza castellana no todos ciertamente tendieron al repliegue. Los hubo también que siguieron un proceso ascendente a lo largo de lo siglos XVI y XVII. Tal es el caso de los Montcada y Aytona, que recuperaron durante el reinado de Felipe II un importante conjunto de dominios señoriales que habían pasado por vía sucesoria a Castilla. Su proyección política fue extraordinaria. El propio Molas nos ha descrito su trayectoria:[9]

«Los señores de Aitona obtuvieron el título condal con Carlos V y el de marqués con Felipe II. El marqués Francisco de Aitona fue uno de los hombres de confianza de Felipe II para el gobierno de los reinos de la Corona de Aragón. Uno de sus hijos, Hugo, murió en 1588 en Calais, luchando en la Gran Armada. El primogénito, Gastón, fue embajador en Roma y virrey en Aragón. Inauguró la presencia de los marqueses de Aitona en el Consejo de Estado de la monarquía por espacio de tres generaciones. Su hijo Francisco fue hombre clave de la política española durante la guerra de los Treinta Años, tanto en la Embajada de Viena como en los Países Bajos.

»El marqués Guillén Ramón de Moncada, hijo del anterior, fue persona destacada en la segunda mitad del reinado de Felipe IV: jefe militar en Galicia y Cataluña, hombre duro y enemigo de togados, pero miembro de la asociación religiosa llamada la Escuela de Cristo, en Madrid. En 1665 formó parte de la Junta de Gobierno de la monarquía y se opuso fuertemente a don Juan José de Austria. Tras la muerte de Guillén Ramón (1670) el linaje parece replegarse hacia su Cataluña originaria, pero sin perder su vocación al servicio militar en las guerras del reinado de Carlos II. El último Moncada marqués de Aitona fue general de artillería y consejero de Guerra en el reinado de Felipe V. Tras su muerte en Valencia, en 1727, su hija y heredera transmitió el título a los duques de Medinaceli.»

Aun teniendo en cuenta el escaso peso cuantitativo de la nobleza catalana titulada, es evidente que ésta creció a lo largo del tiempo. La monarquía fue una auténtica fábrica de títulos. Felipe III en las Cortes de 1599

9. Íbidem, p. 201.

concedió 66 privilegios de ciudadanos honrados, 70 de caballeros y 85 de nobles (entre ellos, el condado de Santa Coloma o el de Erill). Felipe IV concedió 147 títulos nuevos en las Cortes de 1626 y tras la revolución catalana. Con Carlos II y en la guerra de Sucesión se concedieron 400 títulos nuevos (196 ciudadanos honrados, 121 caballeros y 86 nobles). Y a lo largo del siglo XVIII, 227 ciudadanos, 202 caballeros y 142 nobles (entre ellos los conocidos Alfarràs, Llupià y Maldà).[10]

Nunca, en cualquier caso, las rentas de los grandes nobles catalanes son comparables a la de los castellanos (los techos respectivos están en los 40.000 ducados de renta del duque de Cardona o los 20.000 del conde de Empúries frente a los 200.000 de las grandes familias castellanas). El mínimo considerado necesario para cubrir las exigencias del modo de vida señorial era el de 2.000 ducados y la mayor parte de la pequeña nobleza catalana llegaba con dificultades a los 500 ducados.

Se ha reiterado también el presunto aislamiento, la soledad, el silvestrismo montañés de la nobleza catalana. La sombra del bandolerismo nobiliario ha acompañado siempre a ésta, con sus *bandositats* (*nyerros* y *cadells*) y sus grandes mitos Rocaguinarda y Serrallonga, *nyerros*, y Trucafort y Roca, *cadells*. Es indudable que el bandolerismo se nutrió de la ruina de la pequeña nobleza de montaña, antiguamente próspera y empobrecida desde la Sentencia Arbitral de Guadalupe. Ciertamente, muchos bandoleros actuaron como «partidarios armados» al servicio de tal o cual noble. Los enfrentamientos entre las distintas familias de la nobleza catalana pirenaica están más que probados.

A finales del siglo XVI, mientras combatían entre sí Guerau de Cruilles, barón de Mosset, y Tomàs de Banyuls, señor de Nyer, en Barcelona andaba a tiro limpio el bando de Guillem de Rocaberti contra el de Jaume de Sentmenat, el cual, por cierto, sería muerto en la refriega. Antoni Roca, el primer bandolero de leyenda, estuvo al servicio del noble Galcerán de Pinós, en su discordia con los Rocaberti. El barón de Savassona y Ramon de Pons acostumbraban asimismo frecuentar el grupo de Serrallonga. Pero la complicidad del bandolerismo no sólo fue patente en la nobleza, sino que se dejó sentir también entre los ministros de la Real Audiencia (como Rubí y Coll en 1614). Este apoyo justifica el largo mantenimiento en el tiempo de las

10. R. García Cárcel, *Historia de Cataluña siglos XVI y XVII. Los caracteres originales de la historia de Cataluña*, Barcelona, 1985, vol. I, pp. 227-242.

cuadrillas bandoleras (cerca de diez años), muy distinto de la corta vida media de las cuadrillas del llamado bandolerismo social (de dos a tres años, como máximo).[11]

Hoy es difícil sostener, como hizo Reglá, la existencia de un bandolerismo aristocrático antes de 1539 y popular después. La violencia estructural en Cataluña se prolongó a lo largo de toda la época moderna en Cataluña y el bandolerismo es uno de sus signos indicadores más expresivos.[12]

También hoy parece difícil de admitir la interpretación del bandolerismo como un fenómeno político-nacionalista como hizo Víctor Balaguer, que lo consideró brazo armado de las reivindicaciones identitarias catalanas frente al poder central. La división *nyerros-cadells* revela la continuidad de los enfrentamientos faccionales entre familias en el marco de una sociedad difícilmente gobernable por una monarquía absolutista más bien frágil.[13]

Fue curiosamente, la literatura castellana la que creó la mitología del bandolerismo catalán. La idealización del bandolerismo se hace más desde Castilla que desde Cataluña.

Testimonios expresivos de ello son las obras de Lope de Vega (*Antonio Roca o la muerte más venturosa*), Tirso de Molina (*El bandolero*), Antonio Coello, Francisco de Rojas y Luis Vélez de Guevara (*El catalán Serrallonga y bandos de Barcelona*). El tratamiento que esos dramas hacen del bandolero denota una deformación total de la realidad. En ellos, el bandolero queda justificado por la servidumbre a unos determinismos, por la tradición el «Bandos heredé, bandos prosigo», de Pedro Armengol, el héroe de Tirso, o por el código del honor, en cuyas redes queda prendido, como en tantas otras, el bandolero. Así, la problemática política o social se obvia sublimando los eternos problemas personales hasta la idealización del «individuo» bandolero, como supuesto y obligado reparador de previos agravios «personales».

Cervantes, en los capítulos LX y LXI de la segunda parte del *Quijote* o en la *Galatea*, habla de los bandoleros catalanes de Rocaguinarda con una extraordinaria naturalidad no exenta de fascinación. Don Quijote descubre la violencia física real en Cataluña, y es en Cataluña donde, al final de su obra, don Quijote recupera el sentido de la realidad.

---

11. Íbidem, pág. 260; X. Torres, «Senyors i bandolers a l'Antic Règim», *L'Avenç*, 82, mayo de 1985, p. 41; *Els bandolers (XVI-XVII)*, Barcelona, 1991.

12. J. Reglà, *El bandolerisme català del Barroc*, Barcelona, 1966.

13. V. Balaguer, *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón*, Barcelona 1860-63.

No es, en cualquier caso la opción bandolera la estrategia dominante en la nobleza catalana en la época moderna. La opción de «echarse al monte» fue fugaz en el tiempo del reinado de Felipe II sobre todo y se vio pronto neutralizada por la contraria: el desembarco en la ciudad enquistándose en la oligarquía urbana de los «ciudadanos honrados» con una singular cohesión social homologable a la de Inglaterra.

La oligarquía catalana fue mucho más abierta que la de las comunas italianas, por la mayor presencia de la representación corporativa en el gobierno local, la existencia de cauces institucionales para la renovación de los estratos superiores de la elite de gobierno y el predominio de las profesiones liberales en la clase dirigente local. A lo largo del siglo XVI, la nobleza catalana va asentándose en Barcelona, siguiendo el ejemplo de los Requesens, pioneros en la residencia permanente en la ciudad. En el «fogatge» de 1516 ya figuraban 22 cabezas de familia nobles viviendo en Barcelona (con cinco Requesens y cinco Cardona). La *mediocritas* facilitó la absorción de los «ciutadans honrats». Ninguna ciudad castellana pudo ennoblecer a sus propios ciudadanos ni integrarlos a la aristocracia local como ocurría en Cataluña. El 57% de las familias estudiadas por Amelang en la Barcelona del siglo XVII pasaron de la categoría de *ciutadans honrats* a la de nobles. Hubo escasas tensiones entre la vieja y la nueva nobleza, en contraste con lo que ocurrió en Francia. Hubo un auténtico intercambio entre poder y estatus, entre la nobleza y los *ciutadans honrats*, muy visible sobre todo en el ámbito del brazo militar y en la cofradía de Sant Jordi, institución aristocrática en la que desde muy pronto vemos ya a *ciutadans*.[14]

Barcelona fue el primer laboratorio de mixtificación de los ciudadanos honrados (oligarquía rentista) con la nobleza catalana ya desde los tiempos de Fernando el Católico. Aunque en principio se ingresaba en el cuerpo de ciudadanos honrados mediante cooptación del propio grupo urbano, el rey tendió a conceder privilegios de ciudadanos honrados a personas que ni siquiera vivían en la ciudad. En las Cortes este estamento formaba parte del brazo real, pero en la práctica social se convirtió en el escalón más bajo de la nobleza catalana. La condición paranobiliaria de los ciudadanos se ampliaba con el disfrute de privilegios por los graduados universitarios (doctores en Derecho y Medicina), los llamados *gaudints* que disfrutaban

14. J. Amelang, *La formación de una clase dirigente 1490-1714*, Barcelona, pp. 64-67.

de privilegios militares sin formar parte del estamento nobiliario y sin derecho a trasmisión hereditaria.

La pequeña nobleza envidiaba la capacidad de control social e imagen que los ciudadanos honrados fueron labrando de sí mismos. Éstos ansiaban obtener el reconocimiento formal de sus peticiones para pasar a integrar las filas de la nobleza. La admisión, primero de los caballeros y más tarde de los nobles, en el gobierno municipal de Barcelona y de otras ciudades catalanas se tradujo recíprocamente en la aceptación de los ciudadanos como miembros de pleno derecho de la nobleza.

Aunque el idilio nunca fue completo (los *ciutadans* tuvieron problemas de integración en instituciones como las Cortes o la Generalitat, donde la aristocracia rural había tenido desde siempre absoluta beligerancia), la mixtificación de ambas clases fue progresiva y desde luego mucho más intensa que en cualquier ciudad europea. El examen de las relaciones matrimoniales de los Gualbes demuestra que, hasta mediadios del siglo XVII, su vinculación familiar se dio siempre con las familias de *ciutadans* paralelos (Vallseca, Desvalls, etcétera); sólo en 1655 se produce el primer enlace matrimonial con la nobleza (un Sentmenat), al que seguirá en 1675 otro (con la familia Clariana).[15] La búsqueda por la nueva nobleza de una nueva legitimidad que complementara la *virtus* clásica con el desafío de la cultura planteado por los letrados, la lanzó por los caminos de la educación a la caza y captura de unas señas de identidad un tanto perdidas. El asalto al poder va a ir acompañado de un profundo reciclaje cultural que se manifestará en el ingreso de médicos y abogados en la administración municipal.

Nobles y ciudadanos fueron cómplices en la degustación de los encantos del poder administrativo y con su barniz cultural se distanciaron del comercio y la manufactura. A lo largo del siglo XVII se fue produciendo un cambio en el sistema de valores de la nobleza catalana. Los grandes valores tradicionales de la lealtad al rey, la militancia bélica y el honor-limpieza de sangre como patrimonio del alma, serán relevados por la cultura-ingenio, el poder político efectivo y la obsesión por el honor-opinión que nada tenía que ver con el metafísico anterior. Una buena definición de este cambio de valores lo representa la obra de Francesc Gilabert i d'Alentorn (1559-1638), miembro de una familia rural nobiliaria de la Llitera (Lérida) con

15. Íbidem, pp. 63-76.

notable experiencia política (fue varias veces *paer* en Lérida y diputado en las Cortes de Cataluña de 1626 y 1632). En 1616 publicó sus *Discursos sobre la calidad del Principado de Cataluña y inclinación de sus habitantes con el gobierno que parece han de menester*. En esta obra, Gilabert describe una nobleza rural fragmentada y plagada de disputas internas que dejan el campo sumido en la anarquía, subrayando la necesidad de la reforma por la vía de la cultura, que considera debe ser una connotación básica de la nobleza a añadir a sus tradicionales componentes (herencia de sangre, derecho a la tierra y dominación y señorío). Para optar a cargos administrativos la pequeña nobleza contó siempre con la competencia difícilmente salvable de los letrados, mucho mejor preparados culturalmente.

Gilabert defiende la autosuficiencia productiva del principado, abogando en todo momento por el fomento de la producción interior: agraria, ganadera y textil, y denunciando a los mercaderes que, infiltrados en el gobierno de la ciudad, sólo defienden sus intereses centrados en la importación de mercancías foráneas.[16]

Las reivindicaciones de Gilabert fracasaron. La proyección de la nobleza hacia la ciudad fue infrenable. En 1639, ciento setenta y cuatro nobles y caballeros, casi la cuarta parte de la nobleza, figuraba en la lista de residentes de Barcelona. Igual podemos decir respecto a Gerona, Lérida, Perpiñán o Vic.

Las inquietudes culturales sí fueron calando en la nobleza catalana. La pluma le fue ganando el terreno a las armas. La obra de Joaquín Setantí, coetáneo de Gilabert que fue *conseller en cap* (1592-1604) y *diputat* de la Generalitat (1603), titulada *Frutos de la historia* (1590) es significativa, así como su biblioteca de 338 títulos. ¿Y qué decir de Francisco de Montcada? Este fue el tercer marqués de Aytona (1583-1635) retratado por Van Dyck, un año antes de su muerte. Escribió una interesante vida de Boecio, una genealogía de su familia y su clásica *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos* (1623) en la que describe la llegada de los almogávares al Imperio bizantino con un notable conformismo moral: «¿Qué ejército se ha visto que diese ejemplo de moderación y templanza y más el que alcanza muy tarde a pagar?».[17] A lo largo de la trayectoria intelectual de la nobleza

16. Íbidem, pp. 117-121.
17. F. Sánchez Marcos, «Memòria i identitat a la Catalunya del segle XVII: la construcción social del passat», *Pedralbes*, 23, 2003, vol. II, pp. 477-490.

catalana es bien perceptible un progresivo sentido de la desconfianza. La misma queda bien reflejada en la Acadèmia dels Desconfiats, fundada durante la guerra de Sucesión con el flamante lema *Tuta quia diffidens* o el no menos expresivo *Nunquam taquisse penuit*. La Acadèmia con 16 representantes comenzó sus actividades el 3 de julio de 1700. Las reuniones se hicieron en la biblioteca del palacio Dalmases, en la calle Montcada. Sus componentes se reunieron «empleando el tiempo en ingeniosas ocupaciones, asi para excusar el ocio de introducir sus desaciertos, como por el gran bien que se sacan de aquella estudiosa fatiga». Sus primeros dirigentes fueron el presidente marqués de Savallá, el secretario Rubí, el fiscal Amat y Planell, como superintendentes Pinós, Rocaberti y Martí Díaz de Mayorqua y como archivero Dalmases. Hasta su desaparición en 1703, ingresaron en la Acadèmia 35 miembros.[18]

Conocemos bien el desarrollo de las sesiones de la Acadèmia a lo largo de 1700. En los debates sobre los más diversos temas siempre es patente la huida del compromiso: Alejandro Magno, las guerras púnicas, Jaime el Conquistador, las Navas de Tolosa, Felipe II... El borbonismo de los académicos es incontestable como demuestran las glosas a Felipe V por más que muchos de ellos se harían austracistas después de 1703 (Dalmases, Boxadors, Rubí, Josa y Agulló, Ferrán, Palau y Aguilar, Peguera o Chia). Las discusiones más interesantes se dieron respecto a qué nobleza debía ser la más estimada, si la heredada o la adquirida. Unos como Josep Rius se pronunciaban por la segunda opción, basándose en Solórzano y Saavedra Fajardo. Sus referentes eran Colón y Hernán Cortés. La nobleza adquirida para él, era hija de la propia virtud y no de la naturaleza. Otros como Agustí de Copons defendían que la nobleza heredada era la mejor. El marqués de Rubí terciaba en el debate con ambigüedad considerando que es más fácil conservar que adquirir y que «quien supo vencer los imposibles del adquirir sabe mucho mejor coronarse y conservar».[19]

El mito más propalado sobre la nobleza catalana es el de su supuesto autismo o marginalidad respecto a las tareas de la monarquía española.

---

18. Carreras Balbuena, «Constitucions i actes conservades de l'Acadèmia dels Desconfiats», BRABLB, 10, 1922; R. D'Alós i Monner, «Josep Aparici en l'Acadèmia dels Desconfiats», BRABLB, enero-junio de 1928, 98-99.

19. Las actas de l'Acadèmia de Desconfiats en el Archivo de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 2-3, G, 1693, 4-5, G, 1694, 6, G, 1697.

A lo largo del siglo XVI es patente su plena colaboración con la monarquía de Carlos V y Felipe II. Ciertamente hubo muy pocos virreyes catalanes en el siglo XVI: el arzobispo Pere Folch de Cardona, hermano del duque de Cardona (1521-1523) y Francisco de Montcada y Folch de Cardona, conde de Aytona (1580-1581), aunque muchos de los nobles castellanos o de la Corona de Aragón nombrados como virreyes tenían vinculaciones familiares con Cataluña. La colaboración de la nobleza catalana en las empresas del emperador es bien conocida.[20]

De los tres plenipotenciarios de Carlos V que firman la paz con el rey Francisco I de Francia (1526), dos son catalanes: Hugo de Montcada y Joan Alemany. Hugo de Montcada desempeñó también importantes funciones en la política italiana y fue virrey de Nápoles.

Asimismo, Hugo de Copons hizo un heroico papel en la defensa de Rodas, con la participación de numerosos caballeros catalanes, y Dimas de Requesens los auxilió forzando el bloqueo turco (1522). Antonio de Cardona fue durante largo tiempo virrey de Cerdeña; Berenguer de Oms, que en el reinado anterior había contribuido con otros catalanes a la defensa de Tánger (1511), será ahora general de las galeras de España; Felipe de Cervelló se distinguió en la conquista de Tolón (1524); y Luis de Oliver, vizconde de Castellbò, y muchos otros catalanes intervinieron en las campañas de Italia (1525). En la defensa de Viena en 1532 contra los turcos figuraban catalanes como Galcerán de Cardona, Joan Boscán y Jeroni Agustí.

En cuanto a la gran empresa contra Túnez, Barcelona fue el escenario de la magna concentración de fuerzas que tuvo lugar, sus atarazanas trabajaron intensamente para aportar galeras y en la calle Basea se organizó una gran «ceca» donde se concentró el personal de diversas «cecas» de los reinos peninsulares y donde se acuñaba una enorme cantidad de moneda para el pago de las expediciones.

En Barcelona se construyeron treinta y dos galeras para la expedición contra Túnez. Cataluña fue epicentro de la política imperial por lo menos durante unos años. La guerra de Carlos V contra Francia tuvo una incidencia inmediata entre los catalanes. Francisco I, apresado después de la batalla de Pavía, estuvo unos meses preso en Valencia y Benissanò. En 1529, con motivo de la guerra contra Francia, eran presos «tots els gavaigs

20. J. Reglà, *Els virreis de Catalunya*, Barcelona, 1956.

i gaçcons» residentes en la capital catalana. Desde Barcelona se preparó la invasión de Provenza en 1536, en la cual moriría, por cierto, Garcilaso de la Vega. También en Barcelona se fraguó la Tregua de Niza. En 1542 fue invadido el Rosellón por Francisco I, que llegó a sitiar Perpiñán. El duque de Alba, desplazado a Barcelona, preparó la defensa de Cataluña, pero la amenaza de la invasión francesa del Rosellón estuvo vigente durante bastantes años.

Testimonio del papel que juega Cataluña en la política imperial es la presencia física del itinerante emperador en tierras catalanas. Carlos V permaneció forzosamente en Barcelona más de un año con motivo de las Cortes de 1519. El 30 de abril de 1529 volvía a Barcelona tras pasar por Fraga, Lérida, Ballperig, Cervera, Igualada, Montserrat y Molins de Rei. Celebró Cortes en Barcelona hasta el 27 de julio del mismo año. Inmediatamente después pasó a Mataró, Blanes y Palamós, donde embarcó hacia Italia. El emperador volvería a Cataluña en abril de 1533. Desembarcó en Roses el 21 de abril y entró en Barcelona al día siguiente. Estaría aquí hasta el 10 de junio. Volvió rápidamente a la ciudad barcelonesa el 21 de junio debido a la enfermedad de la emperatriz, que se había quedado en ella. El emperador permaneció en Barcelona hasta el 12 de julio, fecha en que su esposa mejoró notablemente de su grave enfermedad.

En marzo de 1535 volvería Carlos V a Cataluña entrando en Barcelona el 3 de abril en esta ciudad prepararía la expedición hacia Túnez, embarcándose el 30 de mayo para una empresa ciertamente triunfal. El 5 de diciembre de 1536 volvió el emperador a Cataluña desembarcando en Palamós procedente de Génova y el día 6 entraba en Barcelona, de donde saldría dos días más tarde para Monzón, donde celebraría Cortes. Al acabar éstas, retornó a Barcelona el 31 de diciembre de 1538. Permanecería esta vez en tierras catalanas largo tiempo, hasta julio de 1539, dedicado a una intensa labor diplomática (aquí se fraguó la tregua de Niza con Francisco I de Francia).

En octubre de 1541, Carlos V dirigió la operación fallida de Cerdeña a Argel. El 23 de noviembre, después del fracaso, el emperador desembarcó en Mallorca. De ésta pasó a Ibiza y de aquí a Alicante. En junio de 1542 reunió de nuevo unas Cortes en Monzón, que se prolongarían hasta septiembre. Pasó después a Cataluña, entrando en Barcelona el 16 de octubre. A Barcelona acudió también su heredero Felipe, quien juró las Constituciones catalanas el 9 de noviembre. El 20 de noviembre, padre e hijo

partieron para Valencia. Entrarían en esta ciudad el 4 de diciembre y estarían en ella sólo diez días.

Muy pronto volvería de nuevo el emperador a Cataluña: el 10 de abril de 1543 entraba una vez más en Barcelona, de donde saldría un mes más tarde para Roses y Palamós. En esta población embarcó para Italia. Y no volvió más a Cataluña.

Felipe II, en cambio, solo estuvo en Cataluña, una primera vez en noviembre de 1542 y volvió, todavía como príncipe, en octubre de 1547 y julio de 1551 en estancias breves. Ya como rey, estuvo en Barcelona los meses de febrero y marzo de 1564 con motivo de las Cortes.

La colaboración de la nobleza catalana con el rey Felipe II fue, en cualquier caso, importante.[21] En la defensa de Malta se distinguieron catalanes como Francisco Sanoguera y el almirante Joan de Cardona, que murieron en la lucha. En 1561, Felipe II se interesó directamente por fortificar el litoral mediterráneo y envió para construir fortalezas a su arquitecto Giovanni Battista Antonelli.

La reacción cristiana frente al empuje turco no se hizo esperar. La coalición entre el papa Pío V, el rey de España y la república de Venecia, en mayo de 1571, se concretó en un ejército de 50.000 hombres que se enfrentaría a los turcos y obtendría una célebre victoria en Lepanto el 7 de octubre del mismo año. En el triunfo colaboraron decisivamente los catalanes. El protagonismo de Luis de Requesens como *lloctinent* del generalísimo don Juan de Austria menor de edad fue fundamental.

Alonso de Ercilla, en una octava de la *Araucana*, pondera la intervención de Requesens:

> Don Luis de Requesens, de la otra banda
> provoca, exhorta, anima, mueve, incita,
> corre, vuelve, resuelve, toma y anda
> donde el peligro más le necesita;
> provee, remedia, acude, ordena, manda,
> insta, da prisa, induce y solicita
> a la diestra, siniestra, a popa, a proa
> ganando estimación y eterna loa.

21. R. García Cárcel, *Historia de Cataluña siglos XVI-XVII. La trayectoria histórica*, vol. II, pp. 68-70.

Asimismo destacaron figuras como Joan de Cardona, virrey de Sicilia, Montserrat Guardiola (que murió allí), Ferran Sanoguera, Enric de Cardona, Dimas de Boixadors, Miquel de Montcada (en cuyo tercio combatió Cervantes), Alexandre y Joan de Torrelas, Guillem de Sant Climent, Enric de Centelles, Ramon de Caldes, Francesc Cornet, Lluís de Queralt, Jaime Mitjavila y otros. Escritores catalanes como Joan Pujol o Dionis Pont entonaron poemas glosando la batalla. El eco en Barcelona del éxito de Lepanto fue apoteósico, como refleja el *Dietari del Consell* el 31 de octubre de 1571.[22]

Casi cien años más tarde, el recuerdo del gran acontecimiento motivaba su representación en azulejos policromados en la capilla de la Virgen del Rosario de Valls (1634).

Un gran número de trofeos de combate fueron llevados a Cataluña: el pabellón del almirante turco, que se depositó en Sant Feliu de Guíxols; el farol de la nave capitana turca, que fue ofrecido a Montserrat; el Santo Cristo de Lepanto, dado a la catedral de Barcelona; la Virgen de la Victoria, a Montsià; el bastón del comandante Requesens, a la capilla del Palau de Barcelona, etcétera.

Lamentablemente, la euforia catalana duró poco. En 1573, Venecia firmaba la esperada paz con los turcos, y en 1574 éstos recuperaban La Goleta y Túnez, con lo cual volvían a tener buenas bases para atacar las costas peninsulares, lo que hicieron con cierta frecuencia, obligando a fortificar las costas catalanas.

Después, el Mediterráneo será sustituido por el Atlántico en la estrategia geopolítica de Felipe II, paralelamente a la involución político-ideológica del rey. La revuelta de los Países Bajos, con el fracaso de la política represiva del duque de Alba (1566-1574), la radicalización de las guerras de religión en Francia, con la constante tentación del intervencionismo español, desde la entrevista de Bayona de 1565, y la guerra fría con Inglaterra, salpicada de incidentes de la piratería y de intrigas por parte de las embajadas españolas (Guerau de Spes, Bernardino de Mendoza), condicionaron el monopolio atlántico en la óptica de Felipe II.

Cataluña contemplaría el olvido por parte del rey de la problemática mediterránea, su problemática, con perplejidad. El discurso de «preposi-

22. Íbidem, pp. 70-71.

ción» del rey previo a las Cortes de 1585, glosando la unidad peninsular conseguida desde 1580 al anexionarse Portugal, justificando sus medidas represivas respecto a la revuelta de los Países Bajos («me fou forçat ab una armada, no restantme altre servey per provar, acudir a dits Estat») y narrando la ayuda prestada al rey de Francia, Enrique III, en las guerras de religión («per no faltar a la Nostra santa fe cathólica, vaig socorrer a tots dos»), generó cierto escepticismo entre los catalanes. La alusión al ya lejano Lepanto o a la paz en Italia, que duraba («cosa may vista») más de un cuarto de siglo, no superaría el desencanto catalán, plasmado en una fuerte ofensiva foralista en las mismas Cortes.

El breve gobierno de Luis de Requesens en Milán (1572-1573) y en los Países Bajos (1574-1576), adoptando una actitud conciliadora ya utópica, o la participación de Joan de Cardona y algunos otros catalanes (Hugo de Montcada, que murió allí, Jaume Setanti...) en la Armada Invencible (agosto de 1588) no son sino testimonios residuales de una colaboración perteneciente ya al pasado. El desastre de la Invencible fue acogida con frialdad en Cataluña el día que arribó la noticia, el 4 de octubre de 1588. Los catalanes no contribuyeron al sometimiento de Portugal.

Los últimos años del reinado de Felipe II contemplaron una reactivación de la guerra contra Francia, más o menos larvada desde la paz de Cateau-Cambrésis (1559). Cataluña, que ya había tenido un importante protagonismo en la guerra con Francia en 1542, se vio de nuevo involucrada a su pesar en esta guerra. Naves catalanas colaboraron en el bloqueo del puerto de Narbona. La coalición de Greenwich (1596), firmada por Francia, Inglaterra y las Provincias Unidas, implicará el desencadenamiento de una guerra abierta contra España que pronto sufrirán las fronteras del principado. Ya no serán sólo bandas de hugonotes las que acosen a los catalanes infiltrándose por la frontera, sino que, en agosto de 1597, Cataluña tuvo que hacer frente a un ejército francés de 14.000 personas y 4.000 caballos que invadió el Rosellón intentando poner sitio a Perpiñán. La ayuda de Barcelona fue decisiva para romper el sitio francés. Con motivo de la amenaza francesa, los *consellers* de Barcelona recibieron ofrecimientos de ayuda de los jurados de Mallorca el 19 de septiembre y de los jurados valencianos el 25 de septiembre.

El 31 de noviembre se cantó un *Te Deum* en la catedral de Barcelona en acción de gracias por haber cesado la amenaza sobre el Rosellón. Todavía

se producirían diversas irrupciones francesas en el Rosellón, hasta la Paz de Vervins, el 2 de mayo de 1598.[23]

La intervención de Cataluña en la política exterior de la monarquía de Felipe II, no hay que minimizarla. Piénsese que en mayo de 1560 había estado María Estuardo en Barcelona, como reina de Francia y esposa de Francisco II, en casa de don Miquel Desplà, amigo de su padre. Su estancia fue fugaz porque debió volver rápidamente a Francia por enfermedad de su marido. En todo momento, incluso en su retorno a Escocia, fue acompañada por el citado Desplà. También estuvo en Barcelona, en enero de 1579, el duque de Guisa para parlamentar con los nobles catalanes don Pons de Matamala y don Grau de Ramorell, quienes habían servido en Flandes a las órdenes de Requesens. Después, estos caballeros irían a Francia y participarían en las intrigas de aquellos años. Por otra parte, la relación de Cataluña con Italia fue constante a lo largo del siglo XVI. Lucrecia Borgia estuvo en Barcelona dos veces, en octubre de 1504 y en mayo de 1506. En 1561 residían en Ferrara caballeros catalanes como Bernat de Malatesta, Antoni Romagosa y Roderic Sacasomina, amigos íntimos, por cierto, del poeta Tasso. La Universidad de Bolonia atrajo a multitud de catalanes. La «impermeabilización» de Felipe II, por lo que se refiere a Cataluña, fue más teórica que efectiva.

Felipe Ruiz Martín subrayó la destacada intervención de algunos negociantes catalanes, como los Saurí, en las empresas imperiales de Felipe II.[24]

Con Felipe III, la dialéctica de Cataluña con la monarquía pareció relajarse. El incumplimiento por el rey de su promesa de celebrar su matrimonio en Barcelona fue neutralizado con la celebración de las Cortes en Barcelona en mayo de 1599. La nobleza catalana fue halagada con una apoteósica distribución de honores (la concesión de unos ciento cincuenta títulos entre caballeros y nobles). Los Queralt se convierten en condes de Santa Coloma y los Cruïlles en condes de Montagut. Catalanes, como el arzobispo de Barcelona Joan Torés o el noble igualadino Pere Franquesa, contribuyeron decisivamente, por otra parte a mediar ante el rey. Guillem de Santcliment y Centelles fue embajador en el Imperio; Alfons, conde de Erill, fue virrey en Cerdeña; Antoni Ferrer fue canciller en Milán; Gastón de Montcada, marqués de Aytona, fue virrey de Cerdeña y después embajador en

23. Íbidem, p. 72.

24. F. Ruiz Martín, «Joan y Pau Saurí, negociantes catalanes que intervienen en las empresas imperiales de Felipe II», *Homenaje a Reglá*, Valencia, 1975, vol. 1, pp. 457-77.

Roma hasta 1609; y Luis Fernández de Córdoba, Cardona y Aragón, duque de Sessa, fue mayordomo de la reina y embajador en Roma, donde intervino decisivamente para la canonización de san Raimundo de Penyafort.[25]

La crisis de 1640 en el reinado de Felipe IV supuso una primera gran fractura en la nobleza catalana, a favor y en contra de Olivares. Un importante sector de la nobleza fue netamente pro-olivarista. El desarrollo de la revolución catalana poniéndose en manos de Francia desde enero de 1641 condenó a la nobleza catalana olivarista al exilio. Los exiliados constituyen buena parte de los que podríamos llamar la vieja clase dirigente. En 1646 los 166 nobles exiliados representaban un 23% de los nobles reunidos en las Cortes de 1626. Los Descatllar, Cardona, Copons, Llupià, Rocaberti, Magarola..., se exiliaron desde los primeros momentos de la revolución catalana.

Jordi Vidal ha estudiado esta nobleza exiliada. La mayor parte de la misma procedía de la Catalunya Nova: un 45,78% de los exiliados de los que conocemos el origen procedían de ella; un 25,26%, de la Catalunya Vella; y un 28,94%, de Barcelona.[26]

Dentro de los exiliados se puede distinguir entre los fugitivos y los desterrados. Entre los primeros sobresalen los miembros de la administración real o de la Audiencia, los caballeros o los que explícitamente declaran su lealtad al rey de España (caso de Ramon Cubells, señor de Puigròs, Josep Sala de Osso, Francesc Gassol y otros), o colaboran de algún modo con la monarquía de Felipe IV. Desde septiembre de 1640 es bien patente que se configura una resistencia política contra el poder revolucionario recién instaurado y lo que significa, la vinculación con Francia, resistencia que adoptaba diversas formas: la negativa a aceptar cargos civiles y militares, la oposición en el marco de diferentes instituciones, sobre todo eclesiásticas, el rechazo al juramento del nuevo rey Luis XIV y, naturalmente, la lucha armada. En este sentido, destacan el intento de revuelta armada en el Ripollès y el Alt Berguedà, dirigida por el caballero Lluís Descatllar, y los motines y contramotines que se suceden en los dominios de la duquesa de Cardona y que utilizan como punto de apoyo los marineros del barrio de la Ribera. La huida de los filipistas se efectúa sobre todo por la presión popular, ya a través de las fuerzas de choque de los *miquelets* y *almogàvers*, ya mediante alborotos

25. J. R. Torras Ribé, *Poders i relacions clientelars a la Catalunya dels Àustries*, Vic, 1998.
26. J. Vidal, *Guerra dels Segadors i crisis social*, Barcelona, 1984.

múltiples como los que tuvieron lugar en la Vall d'Aran y la Conca de Tremp. Si bien la huida se dio sobre todo entre junio de 1640 y enero de 1641, el destierro se produce a partir de la implantación de los virreyes franceses en 1641. Los años de mayor represión fueron los de 1643 a 1645 y los de 1648 a 1652. El destierro y la huida tuvieron consecuencias graves para la realidad socioeconómica y política del país. Los exiliados se ven privados de sus dignidades, son inhabilitados para cargos públicos y se les secuestran sus haciendas y sus rentas. De este modo, más de la mitad del territorio catalán se quedó sin señor. No sabemos nada, y se debería investigar en ello, sobre la actitud del campesinado hacia el nuevo señor y sobre las repercusiones en su productividad y en el pago de derechos feudales que tuvieron los cambios producidos en la propiedad de la tierra. Los protagonistas del exilio son fundamentalmente los miembros más cualificados del ejército, los nobles-señores de vasallos, los cargos eclesiásticos y los miembros de la administración, tanto virreinal como local o feudal (*batlles*, *veguers*, *jurats*, *procurados generals*, etcétera), es decir, los miembros de lo que podríamos llamar la clase dirigente. Destaca, en contraste, la ausencia de representantes del tercer brazo (altas jerarquías gremiales, mercaderes y aristocracia urbana).

Los exiliados marcharon a Italia, a Aragón y sobre todo a la Corte, poniéndose a la disposición de Felipe IV. Su principal aspiración, lógicamente, fue conservar sus cargos, pero ello contó con la oposición del Consejo de Aragón, que se negó a hacer consultas sobre oficios hasta que acabara la guerra. Pero sobre todo el exilio les sirvió para ascender en su jerarquía nobiliaria, ya que durante la segunda mitad del siglo XVII el rey fue pródigo a la hora de emitir títulos nobiliarios. La castellanización, obviamente, se intensifica, y no faltan tampoco, pese a la penuria de la corona, las compensaciones económicas. En 1645 se crearía la llamada Junta para la Reformación de Socorros a los Catalanes, encargada de regularizar el pago de las ayudas a los exiliados. Esta junta desaparecería en 1648. Un 25% de los exiliados ascenderían en la jerarquía social durante su estancia en el exilio.

Tras el retorno de Cataluña a la Corona en 1652, muchos nobles van a pedir al rey más títulos. Sólo algunas de estas peticiones serían satisfechas por la monarquía y, además, con mucho retraso. Los Llupià, por ejemplo, que habían perdido la casi totalidad de su patrimonio, nunca consiguieron el título solicitado.

Su protagonismo político, desde luego, fue notable, involucrándose en las insaculaciones municipales de 1652, 1653 y 1654, de común acuerdo con don Juan José de Austria. Para la recuperación de sus tierras, estos nobles tuvieron problemas. El Consejo de Aragón estableció, que, puesto que el rey había gastado su patrimonio en recuperar unas tierras de jurisdicción ajena, era deber de los nobles aportar una ayuda a la Corona, que incluso se quiso reglamentar (la mitad o un tercio de las rentas). El afán reivindicativo de estos nobles exiliados no fue siempre compensado suficientemente, por lo menos desde su punto de vista, pese a que muchos de ellos ocuparían cargos importantes en el ejército y la administración, con una significativa presencia en las instituciones que tuvieron una función específicamente represiva, como la Audiencia.

Pero no toda la nobleza jugó la carta olivarista. También hubo nobleza pro francesa. En 1644 hubo 29 nobles simpatizantes de la causa francesa que juraron fidelidad a Luis XIV. Aquí figuraban familias como los Barutell, Argensola, Orís, Cassador, Queralt, Bergós, Junyent, Alemany, Rajadell, Boixadors, Vilamala, Solà, Sorribes, etcétera, nobleza menor que había tenido participación beligerante en las Cortes de 1626 en contestación a Olivares. Llama la atención la presencia de familias como Queralt, parientes del virrey de Cataluña asesinado en el Corpus de Sangre de 1640. A lo largo de los años de separación (1641-1652) estos nobles se oscurecen y brillan otros políticamente formando parte de la administración francesa: Margarit, Segarra, Fontanella, Darnius, Trovat, etcétera, emergen con protagonismo notable en la política catalano-francesa. Fueron premiados generosamente por el rey de Francia. A lo largo de los años de separación fueron agraciadas 322 personas (194 ciudadanos de Barcelona, 31 *burgesos honrats* de Perpinyà, 17 ciudadanos honrados de otras poblaciones, 65 caballeros y 15 nobles). Ardena-Darnius fue nombrado conde de Illa, Josep de Fontanella vizconde de Fontanella y conde de Perelada, Josep de Viure y Margarit, marqués de Aguilar...[27]

La separación acaba en 1652. Se produce entonces la promoción de los personajes que esgrimen la peripecia del exilio o la pérdida de bienes en el gobierno francés: los Llupià, Rocabertí, Magarola, Amigant, Calders, Codina, Anglasell, Ramón, Meca, Berart, Vilosa, Granollacs, Peguera,

27. J. Sanabre, *La acción de Francia en Cataluña*, Barcelona, 1956.

Desbach, Erill... Muchas de estas familias serían compensadas y constituirían el entorno político de don Juan José de Austria (el gobernador Llupià, el *batlle* Rocabertí, el canciller Erill, el tesorero Solà...). Pero también es cierto que don Juan José de Austria se nutrió de nobles que habían destacado por su afrancesamiento (Galcerán de Pinós, Josep Novell, Pere de Muntaner, Geroni Miquel...). Algunas de estas familias nobiliarias estuvieron divididas como los Sentmenat o Marimón. La absoluta bipolaridad entre el pro-francés Margarit y el pro-español Rocaberti no es lo más frecuente.[28]

Carlos II buscó restañar las heridas sangrantes de la revolución catalana con una promoción drástica a la nobleza de juristas, médicos y comerciantes. El llamado neoforalismo no fue otra cosa que la integración en la nobleza catalana de buena parte de la «sociedad civil» al servicio de los intereses de la monarquía. Carlos II nombró 201 ciudadanos honrados, 150 caballeros y 101 nobles. El honor como aglutinante tras los años de la crisis. Juristas como los Alegre, Amigant, Bru, Calderó, Cáncer, Casanova, Claver, etcétera, fueron ennoblecidos o médicos como los Boria, Monsalvo, Maresch o Pujol, lo mismo. Mercaderes como los Dalmases, Folguera, Argemir, Puiggener, Duran, Lladó, Rossell, Feliu de la Penya, Móra, Feu, etcétera, fueron asimismo ennoblecidos. La mayor parte de esta nueva nobleza agradecida al último rey Austria fue austracista. En cualquier caso, como toda la sociedad catalana, la nobleza catalana se manifestó favorable al rey Borbón hasta el gran viraje de 1704.

La gran fractura entre borbónicos y austracistas se produce desde 1705. La colaboración con el rey-archiduque Carlos generó una nueva fábrica de títulos después de las Cortes de 1705: títulos de marqués a Pere Torrellas y Sentmenat, José Galcerán de Pinós, Miguel d'Alentorn, Guerau de Peguera; títulos de conde a José Galcerán de Cartellá y Zavastida, Feliciano Cordelles, Magín Vilallonga y Zaportella, Ramón Xammar, José Meca, Felipe Ferran y Antonio Armengol; títulos de vizconde a Antoni Desvalls y Vergós, Ramón de Belloch, Hugo de San Juan y Planella, José Oliver; títulos de mayordomo al conde de Munter, don Miquel Clariana y Feliciano Sallol; hábito de Santiago a Narcís Feliu de la Penya y de Calatrava, a Francisco Sallol; títulos de nobleza a Lorenzo Tomás y Costa, José de Bru y

28. F. Sánchez Marcos, *Cataluña y el gobierno central tras la guerra de los Segadores 1652-79*, Barcelona, 1983.

Banyuls, Jaume Puig de Perafita, Francisco Martí, Fortunato de Parrella, Félix Monjo, José de Mas, el barón de Balsarell, José Martí, Miguel de Subias, Honorato Ignacio de Fontaner, Jaime Teixidor, Alejandro de Montserrat, Félix de Sola, Bernardo de Gaver, Antonio Gil de Federich, Antonio Borons, Félix Roure y Juan Lapeira, además de doce títulos de caballeros y catorce de ciudadanos honrados.[29]

Frente a este aluvión de nuevos nobles austracistas no faltaron nobles pro-borbónicos que apoyaron al virrey Velasco en su defensa de Barcelona y abandonaron Barcelona después de 1705. Los de mayor peso fueron el marqués de Aytona, el marqués de Risbourg, el duque de Pópuli y el conde de la Rosa. Con ellos salieron de Barcelona las familias Rocabertí, Bach, Agulló, Potau, Taverner, Centelles, Viladomat, Despujol, Cortada, Copons, Formeguera, Marimón, Gironella, Rupit, Argensola, Oms, Rius i Folguera... Algunos nobles pro-borbónicos más tibios se quedaron en Barcelona como los Sentmenat, Planella y Junyent. En general, se puede fragmentar la nobleza catalana entre la vieja y la nueva. La vieja nobleza heredada fue mayoritariamente borbónica, la adquirida recientemente fue austracista. El desarrollo de la guerra de Sucesión fue polarizando la situación. Los más radicales en su austracismo serían los que se exiliarían a Viena con Carlos en 1712 y con su mujer Isabel Cristina de Brunswick. Muchos otros nobles, ante el criterio del brazo militar en la Junta de Brazos de resistir hasta el final, optaron por abandonar Barcelona antes del sitio para instalarse en Mataró. Los nobles que acompañaron a Carlos en su viaje a Viena fueron los condes de Uhlefeld, Fuencalada, Montesanto, Sástago, Savallá, el marqués de Roffrano, Antonio Romeo y el conde de Stella. Con Isabel Cristina se fueron Ramón Vilana, marqués de Rialp, Aguirre, Cervelló, Cardona, Althau y Homs, el marqués de Rubí y Boixadors. Se quedaron en Barcelona unos cuarenta nobles con voluntad de resistir (entre ellos Pinós y Rocaberti). Marcharían al exilio más tarde el marqués de Poal y Desvalls. Actuaron como embajadores en Londres, Dalmases, en Holanda, Ferrán Çarirera y en Viena, Berardo.[30]

---

29. P. Voltes, *Les Corts de Barcelona de 1705*, BRABLB, XXVIII, 1959-60; *Barcelona durante el gobierno del Archiduque Carlos de Austria*, Madrid, 1963; R. M. Alabrús, *Felip V i l'opinió dels catalans*, Lleida, 2001, pp. 26-55.

30. P. Voltes, *Barcelona durante el gobierno del archiduque Carlos de Austria 1705-1714*, vol. II, pp. 239-243.

Los reajustes de la nobleza catalana después de 1714 fueron rápidos. El mejor testimonio de ello es la Academia de Buenas Letras fundada en 1729. Su primer presidente fue el conde de Peralada y tendría 26 miembros. Entre ellos destacan hasta 1.750 nobles, como el marqués de Risbourg, capitán general de Catalunya desde 1725, Bernat Antoni Boixadors, conde de Perelada y vizconde de Rocaberti, austracista ilustre, hijo del conde de Savallá, que acompañó a Carlos a Viena, Josep de Móra y Cata, marqués de Llió, Juan Tomás de Boixadors, hermano del anterior, Ramón de Dalmases, marqués de Vilallonga, hijo de Pau Ignasi de Dalmases y de María de Vilana-Cordelles y casado con María Terré, Francesc de Sentmenat y Agulló, Antoni de Armengol y d'Aymerich, barón de Rocafort y señor de Montagut, Joan de Çagarriga y Queralt de Vera y Reart, conde de Creillell, Josep Galcerán de Pinós, marqués de Barberà, Bernardino de Padellàs y de Puig, barón de Camposines, Fernando de Silva Álvarez de Toledo, duque de Huéscar y Alba, Gaietà d'Amat y Rocaberti. Una mezcla de austracistas y borbónicos con discusiones, por cierto, de nuevo interesantes respecto al problema de si es mejor la nobleza heredada o la adquirida, como ya había hecho la Acadèmia dels Desconfiats.[31]

La nobleza catalana transita a lo largo del siglo XVIII por los caminos de la discreción. Es significativa su propia presencia en las Cortes de 1812 con personajes como Josep Antoni de Castellarnau, Ramón Sans Sánchez de Barutell y Plácid Montoliu, que en ningún momento participan de los desgarros propios de aquella coyuntura histórica y que se mostraron tan lejos de los planteamientos reaccionarios de diputados como Jaume Creus como de los liberales catalanes como Josep Espiga.[32]

Nos hemos referido hasta el momento a la relación dialéctica de la nobleza catalana con la monarquía española. Pero dentro de esa monarquía hay que tener presente el papel de América. Al respecto, hoy nadie cuestiona la importante significación de la corona de Aragón en el descubrimiento de

---

31. M. de Riquer, «Breve historia de la real Academia de Buenas Letras de Barcelona», en *Historia y labor de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, BRABLB, Barcelona 1955, pp. 4-10; J. R. Bulbuena, «Estudis biogràfics d'alguns benemèrits patricis que il·lustren a aquesta Acadèmia», BRABLB, 96-97 (1927), pp. 179-240.

32. F. Rahola, *Los diputados por Cataluña en las Cortes de Cádiz*, Barcelona, 1912; LL. Ferran Toledano, «El projecte català per a Europa. La classe dirigent catalana i el procés constitucional de Cadis 1808-1814», *Afers*, XXVI: 68 (2011).

América. Como recordó Juan Manzano y Manzano son los reyes, no sólo la reina Isabel, los que reciben a Colón en las diversas audiencias.[33]

El rey Fernando tendrá la intervención decisiva al encomendar a dos personas, en el último momento, el proyecto de Colón: a fray Hernando de Talavera y a fray Domingo de Deza, los cuales apoyaron que «debía mandar facer esta experiencia aunque se gastare alguna cantidad, por el gran provecho y honra que se esperava de descubrirse las Indias», lo que contradecía los informes de las Juntas Científicas castellanas. El propio Fernando se ufanaba de su decisión. En 1508, dirigiéndose al capítulo general de la Orden de San Francisco reunido en Barcelona, hizo constar «haber sido yo la principal cabeza de que aquellas islas se hayan descubierto». Unos años más tarde, Critòfol Despuig escribía en sus *Col·loquis*: «La jornada de las Indias del Mar Océano que Cristobal Colón genovés comensa y apres acabaren Fernando Cortes y Francisco Pizarro, a la próspera fortuna del rey D. Fernando de Aragón, por manament y orde del qual se comensa se ha d'atribuir». Si importantes valedores tuvo Colón en Castilla, también los tuvo en la Corona de Aragón, como fray Diego de Deza, Juan Cabrero, Juan de Coloma y Luis de Santángel. La gestión administrativa y económica del descubrimiento hay que adjudicársela a la Corona de Aragón. El primer viaje costó unos dos millones de maravedís, un millón de los cuales lo prestó el judío valenciano Luis de Santángel, y el otro lo pondría en su mayor parte un grupo de banqueros genoveses.

El documento anterior al descubrimiento más trascendental es el de las Capitulaciones de Santa Fe, que registra el contrato previo al descubrimiento con la adjudicación de los cargos que tendría Colón en el supuesto de conseguir su propósito.

Dejando aparte la curiosa frase del preámbulo de la Capitulación («ha descubierto en los mares océanos»), que apoyó la tesis del predescubrimiento, las capitulaciones del 3 de abril de 1492 fueron firmadas por Juan de Coloma, secretario de la Corona de Aragón, e incluidas en los registros de la Real Cancillería del Archivo de la Corona de Aragón.

Manzano ha sostenido, contra la opinión de Pérez Embid, que la adquisición de nuevas tierras se hace a título personal y no de las respectivas

---

33. J. Manzano y Manzano, *Cristóbal Colón. Siete años decisivos de su vida (1485-1492)*, Madrid, 1964; F. Pérez Embid, *Los descubrimientos en el Atlántico y la rivalidad castellano-portuguesa hasta el tratado de Tordesillas*, Sevilla, 1948.

Coronas (de Castilla o de Aragón). Se apoya en el constante uso en la documentación de la fórmula «Sus Altezas» y en que, las pocas veces que no se alude a las personas de los reyes, se menciona un abstracto e indefinido «nuestros reynos».

La tradición atlántica de la Corona de Aragón es también patente. Se conocen, por lo menos, cuatro viajes de mallorquines a las islas Canarias a lo largo del siglo XIV. Fue precisamente el portulano de Angelino Dulcert (1339) el que divulgó por primera vez la existencia de las Canarias. El tráfico con Guinea estuvo prácticamente monopolizado por los catalanes en el siglo XIV. Y, de hecho, la expansión norteafricana que desarrolla Fernando el Católico, después de la muerte de Isabel, se va a apoyar en abundantes hombres y barcos catalanes.

En conclusión, las Indias fueron inicialmente una especie de bienes gananciales indivisos cuyo destino jurídico fue luego determinado por la marcha de los acontecimiento políticos.

Lo cierto es que en el testamento de Isabel la Católica de 1504 se precisa textualmente que «las islas y tierra firme del Mar Océano, descubiertas o por descubrir [...] han de quedar incorporadas a estos mis reynos de Castilla y León». Sin embargo, se concede a Fernando «la mitad de lo que rentaren las Islas e Tierra Firme del Mar Océano». ¿Asumió Fernando la pérdida de América que implicaba el testamento de su esposa? Su disconformidad parece evidente por la frecuencia con que usa el título «señor de Indias», término que aparece por última vez en 1512. ¿Cuándo se produce la definitiva absorción castellana de las tierras americanas? Nunca hubo cesión formal de sus derechos por parte de Fernando el Católico. En su testamento, cuando nombra los reinos de Castilla, incluye Granada, Navarra, las plazas del reino de Fez, Canarias y las Indias del Mar Océano. Para Manzano, la incorporación a Castilla se debe «a un acto de liberalidad del Rey Católico, que juzgó conveniente ceder la parte que le correspondía en las Indias». ¿Por qué? Quizá porque pensó que la herencia, tanto la suya como la de su mujer, iba a recaer en una única persona, su nieto Carlos; quizá porque las bulas pontificias que fijaron la línea oceánica de demarcación habían sentado ya el precedente de la concesión de las tierras descubiertas y por descubrir «a los reyes D. Fernando y Dña. Isabel y sus sucesores los reyes de Castilla y Aragón» (referencia, por otra parte, explicable porque las bulas respondían a los compromisos previos contraídos por Castilla y Portugal en el

Tratado de Alcáçovas de 1479). Lo cierto es que en 1516 se consuma un hecho de importancia trascendental: Fernando deja perder América para la Corona de Aragón, abandonando en las manos de Castilla una empresa en la cual la Corona de Aragón, como hemos visto, había participado desde sus comienzos. Y no sólo en sus comienzos. Barcelona recibió a Colón después de su primer viaje en abril de 1493. Desde Barcelona se preparó el segundo viaje, aunque, incomprensiblemente, en la documentación catalana de la época no se habla de la estancia de Colón en Barcelona. ¿Primer signo de la exclusión catalana que se avecinaba? ¿Intento de ocultar la nacionalidad catalana? La verdad es que, si bien los dietarios municipales no se hicieron eco de la estancia de Colón en Barcelona, tenemos otros valiosos testimonios de su permanencia en la Ciudad Condal.

El silencio municipal podría deberse a las tensiones existentes en la ciudad, en pleno enfrentamiento de la Biga y la Busca, y a la notoria hostilidad hacia el Rey Católico. Ahí está como testimonio el atentado frustrado contra el rey Fernando de Juan de Canyamás, el 7 de diciembre de 1492. La situación en Barcelona sería tan crítica que le impediría valorar en sus exactas proporciones la trascendencia del primer viaje de Colón.

Lo cierto es que el segundo viaje contó con representación catalana, que incluía al célebre obispo de Gerona, Pedro Margarit, y al fraile Bernardo Boyl, prior del convento de Montserrat, así como Miquel Ballester y el cronista Ramon Pané. Una de las islas encontradas en este viaje fue llamada Montserrat. El enfrentamiento de Colón con Margarit y Boyl por cuestiones de gobierno en las islas motivó la temprana vuelta de éstos a España en octubre de 1494. En la preparación del tercer viaje destacaría otro catalán: Jaime Ferrer de Blanes. Son muchos los historiadores que le atribuyen la inspiración del rumbo astral bajo el equinoccio seguido por Colón.

Se conoce asimismo un proyecto de explotación de Terranova, capitulado con el Rey Católico, por Joan d'Agramunt, y, por otra parte, se ha reiterado en la trascendencia que Cataluña tuvo como supuesta inspiradora de la institución virreinal implantada en América y la presencia catalana en la primitiva colonización de Santo Domingo con protagonismo en los primeros ensayos de aclimatación de la caña de azúcar en las tierras del Caribe.[34]

---

34. R. García Cárcel, *Historia de Cataluña*, vol. II, pp. 14-15; VV.AA., *Catalunya a l'època de Colom (1450-1506)*, Generalitat de Catalunya, 1992.

El gran debate en los últimos años ha incidido sobre la participación catalana en el comercio con América. La historiografía romántica catalana insistió en la tesis de la exclusión forzada del comercio catalán en América por la imposición de una corona mediatizada por los intereses castellanos. Frente a esta tesis, diversos historiadores han subrayado que más que de exclusión habría que hablar de inhibición catalana por la propia decadencia que vive Cataluña en el siglo XVI.

La tesis más convincente es la que plantea Carlos Martínez Shaw, que abre una tercera vía entre las dos corrientes anteriores. Se afirma la realidad de la precariedad del comercio catalán a comienzos del siglo XVI por su propia atonía; se resalta que el monopolio sevillano no impidió el acceso al comercio indirecto con América a través de las escalas de Sevilla, Lisboa y Cádiz; se subraya que sólo hubo discriminación negativa entre 1504 y 1524 y que, desde luego, los contratos notariales demuestran la existencia del comercio catalán en América hasta el siglo XVIII y por todo ello tiende a minimizarse el impacto que representaría el decreto del libre comercio de 1778.[35]

¿Qué fue América para Cataluña? Fue ciertamente un negocio para comerciantes catalanes que supieron lidiar en el monopolio sevillano, pero fue mucho más. Un territorio de proyección cultural y misionera donde desarrollaron una importante labor desde etnógrafos como Ramón Paner a misioneros como Pedro Claver en el siglo XVI, Narcís Martí y Estadella y Bernat Moixó Francolí en el siglo XVII y Narcís Coll i Prat o José Manuel de Peremás en el siglo XVIII. Y sobre todo, un horizonte alternativo para la propia nobleza catalana. Oidores, gobernadores, corregidores catalanes desarrollaron una labor política trascendente sobre todo en el siglo XVIII. Y virreyes. Aparte de los dos grandes personajes que se estudian en este ciclo de conferencias, Manuel de Sentemnat y Manuel de Amat, merecerían ser estudiados personajes como Antoni Oleguer Feliu, virrey del río de la Plata en 1797, que aunque nacido en León puede considerarse catalán por sus raíces familiares; Gabriel Avilés, también virrey del Río de la Plata, de familia asturiana o José Solís y Folch de Cardona, virrey de Nueva Granada de 1753 a 1760, que acabó su vida haciéndose sacerdote.

---

35. C. Martínez Shaw, *Repercussions econòmiques i culturals d'Amèrica a Catalunya*, Barcelona, 1984; *Cataluña en la carrera de Indias*, Barcelona, 1981.

El libro de Josep M. Bernades nos ofrece un vivero apasionante de catalanes en América.[36] ¿Hasta qué punto no fue América el laboratorio de experimentación política de una nobleza catalana de inquietudes reformistas encerrada en los límites demasiados estrechos de una situación política tan convulsa como la que le tocó vivir a esa nobleza a comienzos del siglo XVIII?

La investigación futura nos aportará datos para confirmar o desmentir las hipótesis que aquí planteamos.

36. J. M. Bernades, *Els catalans a les Índies*, Barcelona, 1992.

OCEANUS
PERUVIANUS
PACIFI
U · R
A M
E R I C
M E
P E R U
DION
LIS
GUIANA
Patagones
CHICA
CHILI
Amazones
vel Oreg liana
Parime Lacus
Fretum Magellanicum
Staten Eylant
Paßage du Lemaire
Terra del Fuego
Wintergat
Waigat
I. Mauritius
Deux Eylanden
C Desirado
C de la Victoria
C. Primeiro
Los Coronados
I. Chilue
I de Iua Fernandes
P. d Quintero
P.d. Corona
La Herradura
Id S Maria
I la Mocha
P d Galera
Copiapo
Morre Moreno
R Camarees
P Icaiso
R de Loa
Paraca
P.d Cavalla
Attico
Cammama
P de Itale
La Barraca
P Bermeio
Chichacama
Id Lobos
P de Laguia
S Lorenco
C de Elena
I de Puna
C Blanco
Ide los Galopagos
Ide Cocos al S Cruz
C del Farilho blaco
Segovia
Nicaragua
Granada
Nombre d Dios
Castili a del Oro
Cartagena
Amapaia
Callipagot
Manoa ol Dorada
Surinama
Granada
I de Tabago
Rio Barbaranna
Cordoba
MANIA
TOUCU
Parabolia
Picora
Chuc
Lima
Cusco
Arequipa
Arica
Potosi
Lapaz
Tucapel
Angol
Arauco
La Coception
Val Pariso
Coquimbo
280
290
300
310
330

MANUEL DE SENTMENAT-OMS DE SANTA PAU,
PRIMER MARQUÉS DE CASTELLDOSRIUS Y VIRREY DEL PERÚ (1707-1710)

BERNAT HERNÁNDEZ
[Universitat Autònoma de Barcelona]

LA monarquía española de la época moderna fue un imperio de dimensiones mundiales, cuya hegemonía se prolongó durante más de tres siglos. Este imperio tuvo en las tierras americanas uno de sus componentes más valiosos, aunque la lejanía geográfica entre la corte y las principales ciudades de Indias supuso enfrentarse a una serie de retos de comunicación y gobierno. Con todo, las Indias permanecieron bien integradas en la monarquía entre los siglos XVI y XIX ya que se pudo articular un nexo atlántico basado en una red de densos intercambios comerciales, económicos y religiosos, y también porque la monarquía logró crear un sistema muy eficaz de gobierno a distancia. Este sistema estuvo fundamentado en el virreinato, que suponía que un mismo esquema institucional se aplicaba a todo el imperio, desde los reinos peninsulares, pasando por las posesiones europeas, hasta los reinos de Indias.[1] A largo plazo, esta opción alcanzó un grado de eficiencia muy destacable. Los virreyes, como representantes directos del rey en los ámbitos geográficos más distantes seguían un *cursus honorum* que no implicaba únicamente una mejoría de rango en los puestos clave de gobierno, sino que complementaba esta promoción con la movilidad en el interior del espacio imperial. Como las estructuras de gobierno del imperio eran similares en Italia, en la Corona de Aragón o en el virreinato del Perú, un mismo oficial que se desplazase a lo largo de su biografía política por espacios tan plurales en culturas y sociedades contaba de partida con un grado notable de experiencia y rutina. Con el tiempo se había creado una «economía de la convención» en el seno del personal político y

Detalle del mapa de América por el cartógrafo Jodocus Hondius, *ca.* 1640

1. M. Rivero, *La edad de oro de los virreyes. El virreinato en la Monarquía Hispánica durante los siglos XVI y XVII*, Madrid, 2011.

administrativo de la monarquía hispánica, unas reglas de coordinación y funcionamiento del gobierno por escrito bien conocidas por todo virrey (así como por los restantes administradores fiscales, judiciales o militares) que se aplicaban con flexibilidad en escenarios muy distintos.[2] Pero para que este sistema de gobierno funcionara se necesitaba sobre todo de un capital humano de excelencia. Sin embargo, frente a nuestro conocimiento sobre las estructuras financieras, políticas o religiosas que fundamentaron la monarquía española moderna, nos queda mucho por avanzar en el conocimiento concreto de los personajes que gobernaron en nombre del soberano en esos espacios tan variados. En las nóminas que podemos manejar de cargos de gobierno durante el período moderno, la aristocracia tuvo un protagonismo destacado. En el caso americano, a lo largo de la época moderna, diversos titulares de los virreinatos de la Nueva España y del Perú o, con posterioridad, los de la Nueva Granada o del Río de la Plata, surgieron de los cuadros de las principales casas nobiliarias españolas. Un aspecto singular de este proceso a lo largo del siglo XVIII fue la presencia de virreyes de origen catalán en las Indias y, concretamente en el Perú.[3] Este es el marco de nuestra aproximación a la figura de Manuel de Sentmenat-Oms de Santa Pau y de Lanuza, primer marqués de Castelldosrius (1651-1710), grande de España.

Pretendemos tratar su etapa como virrey en el Perú entre marzo de 1707 y abril de 1710, pero para comprenderla adecuadamente debemos considerarla a la luz de su trayectoria previa. El virreinato del Perú supuso la culminación de la biografía política del personaje. Un noble que, desde su nacimiento en Barcelona en 1651, se condujo por una serie de actuaciones encaminadas a alcanzar un estatus acorde con los servicios que prestó a la corona. Su promoción anhelada no fue meramente económica, como se ha subrayado en demasiadas ocasiones. Ciertamente, el acrecentamiento patrimonial fue una empresa clave en su vida. Sentmenat siempre estuvo vinculado a las necesidades de honrar el linaje familiar y de perpetuarlo. En este sentido, padre de una prole numerosa, sin rentas señoriales destacadas, afectado por la conflagración de la guerra de Sucesión en Cataluña, nuestro noble sufrió temporadas de pesadumbre, acosado por acreedores

2. J. P. Dedieu, *Après le roi. Essai sur l'effondrement de la Monarchie espagnole*, Madrid, 2010.
3. G. Lohmann Villena, «Tres catalanes virreyes en el Perú», *Hidalguía*, 50, 1962, pp. 101-128.

financieros.[4] Pero ésta es sólo una de las facetas del personaje. Junto a las angustias económicas está el balance más trascendente de su trayectoria del encumbramiento de un noble provincial. El adjetivo «provincial» con el que John H. Elliott calificó a la nobleza catalana del siglo XVII, resulta muy oportuno por la referencia precisa al espacio donde Sentmenat parecía predestinado a consumir su biografía. Y, sin embargo, supo hacer fructificar las oportunidades ofrecidas por el servicio a la corona en Cataluña para ampliar progresivamente sus vuelos geográficos. Tras su participación militar en el principado en las guerras contra Francia, Castelldosrius llegaría a ser virrey de Mallorca con 32 años y luego embajador en varias cortes europeas. Esta movilidad tan característica de un hombre de la corona, de un servidor del monarca, no debilitó nunca sus vinculaciones con Cataluña, pues fue consciente que su solar nobiliario estaba en el principado. Llegó a ser protector del brazo militar en Cataluña, además de noble habilitado en las cortes borbónicas de Barcelona. Incluso la secuencia de su intitulación nobiliaria nos recuerda ese enraizamiento en la tierra: del marquesado de Dosrius al marquesado de Castelldosrius, en reconocimiento a su interés por edificar un castillo en sus dominios. Pero las cualidades del personaje no se quedan solamente en su crónica política. Hay que ser conscientes de la relevancia de las aficiones culturales del protagonista. Éstas, en realidad, fueron otra manera de expresar su naturaleza nobiliaria. El patrocinio de las artes y de las letras fueron asumidas como una obligación del aristócrata, que veía en la creación de una corte literaria un correlato necesario con la corte civil.

---

4. A. de Fluvià, «La Casa de Sentmenat. Línea de los marqueses de Castelldosrius, Grandes de España», *Hidalguía*, 15, 1967, pp. 353-376. Sobre el marqués de Castelldosrius, las aproximaciones biográficas más destacadas son: G. J. Walker, «El marquès de Castelldosrius, virrei del Perú (1707-1710)», en VV. AA., *Primeres jornades d'estudis catalano-americans,* Barcelona, 1985, pp. 185-282; C. D. Malamud Rikles, «Els negocis d'un virrei català al Perú: El Marquès de Castelldosrius (1707-1710)», en VV. AA., *Segones Jornades d'estudis catalano-americans*, Barcelona, 1987, pp. 83-97; A. Castán Ranch, «Nobleza y poder en la Cataluña de la época moderna: una aproximación biográfica al primer marqués de Castelldosrius», *Pedralbes*, 13:2, 1993, pp. 263-272; N. Sala i Vila, «Una corona bien vale un virreinato: el Marqués de Castelldosrius, primer Virrey borbónico del Perú (1707-1710)», en A. Moreno Cebrián y N. Sala i Vila, *El premio de ser virrey. Los intereses públicos y privados del gobierno virreinal en el Perú de Felipe V*, Madrid, 2004, pp. 17-150; N. Sala i Vila, «La escenificación del poder: el marqués de Castelldosrius, primer virrey Borbón del Perú (1707-1710)», *Anuario de Estudios Americanos*, 61 (2004), pp. 31-68; C. R. Phillips, *El tesoro del San José. Muerte en el mar durante la guerra de Sucesión española*, Madrid, 2010.

El clientelismo social se debía complementar con el artístico. En el caso del marqués de Castelldosrius además se dio la circunstancia de ser él mismo un autor, un personaje aficionado a la composición y la escritura, incluso memorialista, pues contamos con dos diarios de su puño y letra.[5]

Si a todas estas perspectivas complejas del personaje, añadimos el hecho de que su virreinato coincidió en el Perú, con la que Winston Churchill denominó la «primera guerra mundial», la guerra de Sucesión al trono de la monarquía española, que en realidad supuso el estallido de un conflicto larvado ya desde 1665, cuando murió Felipe IV de España, contamos con argumentos suficientes para hacer del período peruano del antiguo diplomático español, un jalón final de una vida conexa, que en 1707 seguía marcada por ambiciones muy similares a las de 1674, cuando comenzó su carrera militar. Sólo la fatalidad de la muerte, en un mes de abril de 1710 en Lima, dejó truncadas mayores ambiciones.

Nuestro personaje había nacido en Barcelona en 1651. Heredó la fortuna familiar en 1652, a la muerte de su padre. Uno de sus biógrafos, Alfredo Sáenz-Rico le definió como catalán de «altas prendas», queriendo subrayar el abolengo de su linaje. Por entonces, la fortuna familiar era mucho más rica en honor y fama que en riqueza material. Manuel de Sentmenat descendía de familias muy distinguidas de Cataluña. Sus antepasados pertenecían a los linajes de Oms (que presumían de estar al servicio de la Corona desde tiempos de Carlomagno) y de los Sentmenat (que habían militado en el bando realista durante la guerra dels Segadors). En un afán por conservar la fama de los ancestros, se produjo esa característica trabazón de apellidos en nuestro personaje, epítetos de una historia familiar impecable: Manuel de Sentmenat-Oms de Santa Pau y Lanuza.

Sin embargo, a nivel patrimonial, las rentas y tierras de la familia no superaban en conjunto las 2.000 libras barcelonesas anuales (unos escasos 1.800 ducados). Una cantidad irrisoria para preservar el estatus familiar. Estos modestos recursos no impidieron que Manuel de Sentmenat

5. G. Lohmann Villena, «El Cuadernillo de Noticias del Virrey del Perú Marqués de Castelldosrius (agosto 1708)», Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas, 1, 1964, pp. 207-237; A. Sáenz-Rico Urbina, «Las acusaciones contra el Virrey del Perú, marqués de Castelldosrius, y sus noticias reservadas (febrero 1709)», Boletín Americanista, 20, 1978, pp. 119-135. Esto al margen de las obras de mayor relieve literario que citaremos en su momento.

recibiera una excelente educación. En 1665 se doctoró en Filosofía por la Universidad de Barcelona. Desarrolló asimismo un gusto literario, acorde con el clima cultural desarrollado en algunos cenáculos aristocráticos y del que surgiría la Acadèmia dels Desconfiats entre 1700 y 1703. Precisamente el fundador de ésta, Pau Ignasi de Dalmases, mantendría todavía en 1704 correspondencia con Sentmenat.

Con todo, la jefatura familiar impulsó a Manuel de Sentmenat a proyectarse hacia una actividad militar apropiada a su condición, que le generara reconocimiento y que le permitiera entrar al servicio del rey. Las letras, sin embargo, no fueron nunca arrinconadas por nuestro hombre. En el futuro marqués de Castelldosrius, jamás se contrapusieron las letras y las armas. Minerva no tuvo que alejar a Marte, como refiere el adagio clásico. Las estancias en las cortes provinciales, españolas y extranjeras supusieron para el militar el disfrute de un espacio de asueto intelectual. Buscó y acabó encontrando la forma de conjugar cultura y política en el ejercicio de sus cargos. La máxima expresión de este designio la lograría en la Ciudad de los Reyes, a la que se propuso convertir en la ciudad letrada más excelente de Indias.

En 1673, Manuel de Sentmenat contrajo matrimonio con su prima Joana d'Oms i Cabrera, consolidando aún más el linaje nobiliario. Quedó viudo en 1699. Tuvieron quince hijos, de los que llegarían a cierta edad sólo diez. Un año después de su matrimonio, en 1674, durante la guerra contra Luis XIV de Francia, fue ascendido al rango de maestre de campo. Esto le permitió el contacto con el duque de Osuna, virrey de Cataluña por entonces, con lo que comenzó a frecuentar espacios de relación política amplios. No obstante, conservó sus vínculos con la ciudad de Barcelona, pues se encargó de la comandancia de tropas enroladas por la Ciudad Condal.

Tarragona fue, entre 1677 y 1680, la segunda escala de nuestro personaje. En el gobierno de la ciudad se ganó la fama de ser capaz de solventar los complicados abastecimientos de las tropas, así como de aparejar la fortificación y defensa del territorio. Su fidelidad a las directrices de la corona fue notable, con puntuales muestras de autoridad como la requisa de la plata de las instituciones eclesiásticas, realizada para sufragar los ineludibles gastos militares.[6]

---

6. A. Sáenz-Rico Urbina, «El gobierno de Tarragona, punto de partida de la carrera política del Marqués de Castelldosrius», *Boletín Arqueológico*, 97, Tarragona, 1967-1968, pp. 205-231.

Entre 1683 y 1688, ejerció como virrey del reino de Mallorca. Este cargo, cuya trayectoria ha sido estudiada por Antonio Espino, también resultó capital en sus méritos.[7] En una época marcada por las dificultades financieras de la corona, supo encontrar los medios para lograr las levas de tropas locales y dirigirlas hacia el principado. Lo hizo mediante un recurso eficaz en comunicación constante con la corte: ofrecer hábitos de Santiago a los patricios mallorquines que asumieran los costes de reclutamiento. Los servicios públicos de la oligarquía balear se veían retribuidos con mercedes regias a las estirpes particulares, en un entrecruzamiento acertado de favores y recompensas. La habilidad negociadora del virrey, sin embargo, no logró eclipsar sus méritos en la milicia. En palabras del gobernador de Ibiza, la planta de defensa del reino de Mallorca elaborada por Sentmenat fue espléndida: «de la formación de un monstruo se ha hecho un cuerpo con alma». Esta capacidad para la transacción con los notables de las islas y para racionalizar la organización militar de las islas impulsaron aún más su figura en la corte.

Los frutos aristocráticos comenzaron a caer sobre Sentmenat. En 1689, fue nombrado miembro del Consejo de Guerra en la corte. Entre 1688 y 1691, fue protector presidente del brazo militar de Cataluña, corroborando sus vinculaciones con el principado. En 1691, el conde de Oropesa, presidente del Consejo de Castilla, logró el nombramiento de Sentmenat como enviado especial a Lisboa. Si en Mallorca había demostrado sus dotes gubernativas, las diplomáticas y culturales las pondrá de largo en la corte portuguesa. A nivel de embajador, fue enviado de excepción para dar los parabienes por el nacimiento del heredero del trono portugués, sobrino de la reina de España. En realidad, de trasfondo existía una misión secreta y sensible. El marqués hubo de garantizar la neutralidad de la corona portuguesa en los enfrentamientos que consumían la monarquía española ante la incertidumbre sobre la sucesión de Carlos II.

Sin embargo, el ascenso de Castelldosrius resultó ser una pesada carga para él. Con censales abundantes, hijos a su cargo, con parte de las rentas catalanas empeñadas, y con necesidad permanente de fondos para llevar a cabo sus obligaciones diplomáticas, Castelldosrius tuvo que vaciarse los bolsillos a menudo y endeudarse seriamente. Su correspondencia privada no deja lugar a dudas sobre sus angustias económicas. Finalmente, aban-

7. A. Espino López, *Guerra y defensa en la Mallorca de Carlos I, 1665-1700*, Madrid, 2011.

donó la embajada en Lisboa, con atrasos en el cobro de sus emolumentos, que se le garantizaron en su nuevo destino como representante ante el rey de Francia.[8]

De su etapa francesa, son numerosas las alusiones al embajador español que realizó Saint-Simon en unas anotaciones al *Diario* del marqués de Dangeau. En estas páginas, describía la trayectoria de Manuel de Sentmenat en la corte. Pese a ser un gentilhombre «pauvre et sans protection à la cour, qu'il n'avoit jamais vue», fue ganando la consideración de «très-bon, honnête et galant homme, qui étoit, devant et après, aimé et estimé de tout le monde». Parecía que en la corte gala, sin embargo, pese a los numerosos reconocimientos que había ido recibiendo, Sentmenat también pasó por momentáneos apuros («mouroit de faim à Paris», llega a escribir Saint-Simon). La condición modesta de Sentmenat, por el contrario, es discutida en otros testimonios, que subrayan su llegada a la corte francesa en compañía de su esposa, de cuatro hijos (de los cuales dos ingresaron de inmediato en la Acadèmia) y con 20.000 pistolas de dinero en efectivo.[9] Lo indiscutible, es que con la entronización de Felipe V, comenzó a hacer frente a todas sus deudas y obtuvo mercedes materiales, además de la grandeza de España y el título de virrey del Perú. No en vano, le había correspondido a Castelldosrius comunicar al monarca francés la elección final por Carlos II, en la persona de Felipe de Anjou, la sucesión al trono de la monarquía española.[10]

A comienzos del siglo XVIII, los territorios que debía gobernar el nuevo virrey ocupaban prácticamente una buena porción de toda Sudamérica, salvo Brasil. Constituían una extensión de 24,3 millones de kilómetros cuadrados de distintos escenarios geográficos, habitada por cerca de cinco millones y medio de personas de diferentes grupos étnicos. Frente a la heterogénea sociedad, además, los miles de kilómetros de línea de costa del virreinato

---

8. *Recueil des nouvelles ordinaires et extraordinaries. Relations et recits des choses avenues tant en ce Royaume qu'ailleurs, pendant l'année [1698]*, París, 1699, p. 518, noticias de Madrid, del 4 de diciembre de 1698.

9. «On dit qu'il sera une figure fort magnifique, & que pour cet effet il a apporté avec lui vingt mille pistoles». Testimonio recogido de la colección *Lettres historiques. Contenant ce qui se passe de plus important en Europe; et les réflexions nécessaires sur ce sujet. Mois d'octobre, 1699*, La Haya, octubre de 1699, p. 413.

10. P. de Courcillon, marqués de Dangeu, *Journal du Marquis de Dangeau. Publié en entier pour la première fois... avec les additions inédites du Duc de Sant-Simon*, tomo 7, 1699-1700, París, 1856, p. 461.

tenían una importancia enorme, pues representaban la parte más vulnerable del territorio. No sólo por los ataques de los corsarios europeos, sino sobre todo por ser el espacio de contrabando, de intercambios comerciales al margen del sistema de monopolio mercantil establecido entre la Casa de Contratación de Sevilla y los puertos de Indias. La alianza dinástica entre los tronos de Francia y España propició desde 1701 la llegada a las Indias de flotas francesas con el objetivo de contribuir a la defensa del imperio español, pero que también se implicaron en contratos comerciales. Este nuevo estatus de aliado de Francia resultaba un cambio notable respecto al papel que los navíos franceses habían desempeñado en los mares americanos a lo largo del siglo XVII, recibidos hasta el momento como corsarios y contrabandistas, ahora su acceso a los puertos peruanos debía ser más o menos facilitado. Esta abundante presencia de extranjeros no dejaba de tener su importancia, pues desde el virreinato del Perú se embarcaban inmensas cantidades de metales preciosos que sostenían los principales capítulos de gasto del conjunto de la monarquía. Cualquier desvío de estos recursos económicos hacia el resto de Europa podía ser comprometido para la corona.[11]

Por eso mismo, la primera misión del virrey fue el envío de recursos financieros a España, de manera urgente por los apremios bélicos. La situación era difícil por los problemas que atravesaba el erario peruano, así como la resistencia de los particulares limeños para contribuir con donativos forzosos. A todo ello se añadían los problemas ya estructurales del retraso en los despachos de las flotas hacia España y el contrabando que iba mermando los ingresos fiscales de manera cuantiosa.[12]

La llegada del marqués de Castelldosrius como virrey tenía como novedad añadida un primer ensayo por parte de la monarquía española de cambiar sus parámetros de gobierno en Indias. La tendencia, que ganaría fuerza a lo largo del siglo XVIII, fue el envío a Indias de autoridades y gobernadores que contaran fundamentalmente con una previa trayectoria militar. El objetivo no fue únicamente disponer en los virreinatos americanos de individuos capacitados para hacer frente a las ofensivas de potencias marítimas extranjeras (expresadas mediante la piratería y el contrabando),

11. C. R. Phillips, *El tesoro del San José*, pp. 113-118.

12. G. Céspedes del Castillo, «Datos sobre el comercio y finanzas de Lima, 1707-1708», *Mercurio Peruano*, 333, 1954, pp. 937-945.

sino también contar con administradores eficaces, experimentados y de lealtad contrastada por su fidelidad al monarca. En muchos sentidos, el gobierno del marqués de Castelldosrius fue pionero. Supuso, entre las primeras decisiones de Felipe V, tantear lo que posteriormente sería una directriz de su reinado en Indias con los virreyes marqueses de Casafuerte y Castelfuerte, quienes también dispondrían como Castelldosrius de una experiencia política y militar en España; y curiosamente también en la Corona de Aragón.[13]

Todas las aproximaciones biográficas al marqués de Castelldosrius durante su virreinato americano han estado caracterizadas por la dificultad de conseguir un retrato acabado de un personaje muy polifacético. Se ha subrayado la impopularidad con que ejerció su gobierno en Lima, en permanente enfrentamiento con los poderes criollos del Perú, aunque buscara también soluciones de transacción y cooperación.[14] Se han examinado las redes clientelares y de favor en España, con las que logró sortear las denuncias que llegaban a la corte sobre las implicaciones del virrey en negocios ilícitos y de contrabando, tachado de «ladrón del tesoro real».[15] En este sentido, se han podido cuantificar con detalle muchas de estas operaciones financieras del virrey, siempre embrolladas en la difícil delimitación de lo público y lo privado que era consustancial a los cargos políticos y administrativos del Antiguo Régimen, en los acomodamientos económicos por cuenta del rey, pero en nombre propio.[16] Frente a los intereses materiales,

---

13. F. A. Eissa-Barroso, «Of experience, zeal, and selflessness. Military officers as viceroys in early eighteenth century Spanish America», *The Americas*, 68, 2012, pp. 317-345. Para otros autores, en el caso del Perú y del nombramiento del marqués de Castelldosrius, más que una primera encarnación de estas nuevas directrices de gobierno habría un interés en alejar de la corte del flamante Felipe V a un testigo incómodo de las maniobras diplomáticas sobre el testamento de Carlos II. Cf. L. M. García-Badell Arias, «Luis XIV ante la sucesión de la Monarquía Española: Los Presupuestos de la Embajada de Amelot, 1705-1706», *Cuadernos de Historia del Derecho*, volumen extraordinario, 2010, pp. 147-171, en especial, pp. 161-163; L. M. García-Badell Arias, «Los primeros pasos de Felipe V en España: Los deseos, los recelos y las primeras tensiones», *Cuadernos de Historia del Derecho*, 15, 2008, pp. 45-127.

14. C. R. Phillips en *El tesoro del San José* nos ofrece un panorama del Perú de comienzos del siglo XVIII.

15. R. Hill, *Hierarchy, commerce, and fraud in Bourbon Spanish America. A postal inspector's expose*, Vanderbilt University Press, 2005, p. 109.

16. N. Sala i Vila, «Una corona bien vale un virreinato». Supone una concienzuda investigación a partir de abundante base documental, que incorpora la correspondencia privada del marqués.

sin embargo, también se han subrayado las ambiciones culturales del marqués de Castelldosrius, organizador de academias poéticas, patrono de músicos, protector de dramaturgos y científicos. Un personaje que habría hecho de la Ciudad de los Reyes a comienzos del siglo XVIII un foco de intensa vida cultural y artística.[17]

Sin duda, pues, fue una figura controvertida, pero que supo sobreponerse en todo momento a múltiples sucesos a lo largo de su biografía, antes de su gobierno en el Perú, pero especialmente en el desempeño del cargo americano. En el virreinato del Perú, el marqués de Castelldosrius es indiscutible que vivió, durante más de la mitad de su efímero ejercicio de virrey, acuciado por denuncias constantes en la propia Lima o en la lejana y decisiva corte de España. Cuando murió el 24 de abril de 1710, en Lima, con 59 años, incluso se llegó a relacionar su fallecimiento con las pesadumbres soportadas a causa de tantas «voces» en su contra.[18]

Ante la abundante bibliografía y los pareceres contrapuestos, ¿cómo sortear los extremos de estas interpretaciones historiográficas? Entre todas ellas, Geoffrey J. Walker nos proporcionó hace años una semblanza ponderada de nuestro personaje, «un home d'extraordinari talent i personalitat, un home que, potser precisament a causa de les seves suposades irregularitats i de la seva vigorosa defensa, ens arriba envoltat d'una flaire notablement atractiva, humana i vital».[19] La memoria del marqués ha quedado ligada a su capacidad para hacer frente a los ataques más desorbitados del patriciado criollo, mientras intentaba gobernar un reino lejano y procuraba administrar las muchas deudas e hipotecas contraídas, fueran las derivadas de sus implicaciones en la gestión del Real Erario o bien aquellas sumas y beneficios que contrajera acordes con el rango de su oficio.

Son cuestiones complejas, con implicaciones en muchos ámbitos y resulta difícil abordarlas en su integridad. Nuestra opción pasará por valorar las informaciones contenidas en un manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional de Francia, hasta ahora inédito, y que resulta un aporte de

---

17. Cf. sobre todo los numerosos estudios de J. A. Rodríguez Garrido, que se citarán. Asimismo, N. Sala i Vila, «La escenificación del poder...», nos aporta un sumario de la vertiente cultural del virrey, que subraya el cosmopolitismo pero asimismo el enraizamiento catalán de las iniciativas del marqués. Ibídem, pp. 67-68.

18. C. R. Phillips, *El tesoro del San José*, p. 243.

19. G. J. Walker, *El marquès de Castelldosrius*, p. 200.

primera mano a un personaje especialmente rico en matices personales y públicos.[20]

Este manuscrito francés fue elaborado a partir de informes recabados de españoles de confianza, establecidos en España e Indias. El asunto recurrente de los testimonios es el desencanto temprano de los hombres de negocios y de las autoridades francesas respecto al marqués de Castelldosrius, a quien consideraron a priori como valedor de los intereses comerciales y políticos galos en el virreinato del Perú. Esta desilusión respecto al antiguo embajador en la corte de París y luego flamante virrey del Perú precisamente discrepa de muchas de las acusaciones que se vertieron sobre el marqués de Castelldosrius desde Indias o desde la misma España, que denunciaban las presuntas connivencias del marqués de Castelldosrius con el intérlope francés.[21] Conviene subrayar esta cuestión, pues concede aun mayor independencia a muchas de las decisiones de gobierno del virrey. Existió una cooperación lógica con el mundo francés, pues se trataba de una monarquía que pasaba al rango de aliada española tras la entronización de Felipe V, pero esto no significó una colaboración incondicional respecto a los intereses franceses.[22]

---

20. Biblioteca Nacional de Francia [BNF], colección Clairambault, manuscritos, 495, pp. 493-519. Se trata de un conjunto de informaciones recabadas por Francia a partir de testimonios españoles de confianza, recogido en el «Extrait de differentes lettres écrites des Indes par des espagnols de confiance, touchant les moeurs, la conduite, et le procedé actuel du marquis de Castel Dos Rios dans la viceroyauté et le gouvernement du Pérou». Esta excerpta se incluye en un volumen titulado «Pièces diverses concernant la France, l'Espagne, l'Amérique du Sud et la Chine aux XVIIe et XVIIIe siècles».

21. La casa del virrey estaba compuesta por una «familia extensa», que en el caso del marqués de Castelldosrius era una «familia franzessa» muy amplia, que incluía a numerosos servidores galos (desde gentilhombres a pajes y reposteros), que sorprendieron en Lima e incluso provocaron suspicacias en el seno del Consejo de Indias cuando se planteó el viaje del virrey a Indias. Cf. E. Torres Arancivia, *Corte de virreyes. El entorno del poder en el Perú en el siglo XVII*, Lima, 2006, pp. 73-75. Los testimonios franceses de primera hora, por otra parte, avalaban esta inclinación del virrey en términos muy expresivos, aunque también subrayaban la fidelidad a la persona del rey: «Ce vice-roi est mille fois plus Français qu'Espagnol, il aime le roi pour le roi et non par aucun intérêt, et il fait aux Français tous les plaisirs qu'il peut et plus que ne leur en feraient les Français mêmes, jusqu'à là qu'il a refusé 80.000 piastres que le capitaine voulut lui donner pour avoir la liberté de traiter»; E. Wilhelm Dahlgren, *Les relations commerciales et maritimes entre la France et les côtes de l'Océan Pacifique (commencement du XVIIe siècle)*, París, 1909, p. 535.

22. Como ponen de manifiesto, por otra parte y para otras personalidades de momento, los Stein. Cf. S. J. Stein y B. H. Stein, *Plata, comercio y guerra: España y América en la formación de la Europa moderna*, Barcelona, 2002, p. 167.

Una primera serie de testimonios hacen referencia a la vida privada del marqués de Castelldosrius. Los informes se refieren a sus relaciones femeninas desde su época de embajador en París hasta sus días en Lima. El propósito es levantar una imagen disipada, poco religiosa de un personaje, con la intención subyacente de mostrarlo tornadizo y, de este modo, explicar las motivaciones pasionales de su alejamiento de Francia.

Los datos aportados son, sin embargo, relevantes más allá de lo anecdótico pues nos subrayan el largo periplo del virrey en su traslado desde España al Perú. Fue un trayecto que se prolongó temporalmente. Nombrado virrey del Perú tras una consulta del Consejo de Indias en 1702, los títulos definitivos de virrey, capitán general del Perú y de presidente de la Audiencia de Lima le fueron dados en 1704 y ampliados en sus comisiones judiciales en marzo de 1705. Obviando esta secuencia gradual de intitulaciones, el virrey *in pectore* quedó retenido desde mediados del año 1703 y hasta febrero de 1706 entre Cádiz, Sevilla y Jerez, a la espera de poder pasar a Indias en una de las flotas que debían transitar al Nuevo Mundo, pero que demoraban su viaje por cuestiones económicas y bélicas.

Una vez llegado a América, se produjo el «long séjour de Panama», como refiere el manuscrito. El marqués de Castelldosrius dilató durante medio año su arribo definitivo al Perú. Posiblemente esta circunstancia no obedecía plenamente a su voluntad. Era muy consciente de la necesidad de presentarse ante la sociedad peruana con el máximo boato y esplendor posible. El primer contacto con sus gobernados debía ser acorde con la dignidad de quien pasaba por ser representación directa del monarca. Ese momento y ese acto suponían una especie de ritual simbólico de integración del reino y los gobernados en el seno de la monarquía.[23] Si bien se hace referencia a numerosas penalidades económicas, en el manuscrito de manera suspicaz se informa que el virrey sobrellevó este largo viaje con la asistencia continua a espectáculos, representaciones de comedias, conciertos y diversiones varias, a las que dedicaba casi «trois quarts de la semaine», sin olvidarnos de su interés por todas «les fêtes de taureaux».

En consonancia con esta presunta vida regalada, una segunda tanda de informaciones compila ejemplos de la supuesta negligencia del marqués

23. A. Ossorio, «La entrada del virrey y el ejercicio de poder en la Lima del siglo XVII», *Historia Mexicana*, 55, 2003, pp. 767-831.

de Castelldosrius en las tareas de gobierno. Precisamente se singularizaba el peligro para el virreinato que había provocado el largo ínterin del virrey en Panamá. Los siete meses transcurridos en el istmo habían coincidido con la llegada a Indias de las noticias sobre el desencadenamiento de la guerra de Sucesión en España. La dilación en la llegada del virrey acrecentó el autonomismo de la Audiencia de Lima que, siempre según las informaciones recabadas en el manuscrito, se planteó incluso no recibir al virrey. Como, en efecto, se evidenció cuando la Audiencia aplazó todo lo posible el envío de los socorros económicos y materiales necesarios para garantizar el pasaje de Castelldosrius hasta el Callao. Las animadversiones criollas respecto al virrey alcanzaron dimensiones grotescas. Se ridiculizó al personaje en las calles de Lima, escarnecido como «virrey de Panamá». De forma más grave, creció el tono de las amenazas, hasta afirmarse, ante la divulgación de rumores sobre la enfermedad del virrey, que «les oydors de Lima ne purent s'empecher de dire que si le viceroy venoit a mourir, ils envoiroient toute sa famille à Valdivia, qui est une ville considerable aux Indes, comme Ceuta en Afrique, et ou l'on envoye les criminels du Pérou et du Chily».[24]

En un evidente intento por elogiar la intervención francesa, el manuscrito informa sobre la providencial llegada al Perú de la fragata francesa *L'Aurore*, al mando del caballero de La Rigaudière, con los despachos para el cargo de virrey a nombre de Castelldosrius, así como noticias sobre el restablecimiento de la autoridad de Felipe V en la corte española. De lo contrario, «on pense avec certitude que le moindre espagnol qui auroit paru à Lima avec commission de l'Archiduc auroit été reçu viceroy du Pérou».

Una vez establecido en Lima, se recaban datos sobre el desinterés del virrey por el mantenimiento de las fortificaciones del Callao y Lima, consumidas por la falta de pagos y pertrechos. Se subraya también su confianza excesiva en una serie de servidores (en particular, siempre según el manuscrito, Antonio Marí, Francisco de Llano y Antonio de Llano), que fueron a la postre los que ejercieron un poder y una influencia determinantes en el gobierno cotidiano. Este intento por el virrey de contar con una serie de seguidores y clientes se enmarcaba en la necesidad de sobrevivir políticamente en un entorno no ya desconocido, sino que pronto se

24. BNF, colección Clairambault, ms. 495, p. 503.

mostró abiertamente hostil contra su persona al plantearse un distanciamiento entre el marqués de Castelldosrius y las elites limeñas, que ha quedado reflejado por la copiosa historiografía.

En estas circunstancias, las fricciones entre el virrey y sus súbditos se incrementaron. Las alusiones sicalípticas e infamantes se prodigaron, acentuándose el tono sobre la sospechosa religiosidad del marqués de Castelldosrius,[25] quien abandonaba procesiones o relajaba las disposiciones episcopales sobre la prohibición de espectáculos públicos considerados impúdicos. En una escena culminante de estas tensiones, se relataba la asistencia del virrey a un sermón festivo pronunciado por un dominico en la catedral de Lima. Presumiblemente, el predicador fue conminado a ser breve en su homilía por parte del marqués de Castelldosrius. Ante la dilación del fraile, el virrey (a toque de reloj, con su «pendule à la main») se levantó del acto. La interpretación popular fue que el virrey no quiso hacerse eco de las críticas veladas del sermón, referido a las visiones de Nabucodonosor quien, según el dominico, se soñaba convertido en una estatua de oro y plata, pero «avec pieds d'argile et qu'un enfant, d'un coup de pierre, l'avoit jettée par terre et reduite en poussière». Pese a la dureza de las críticas, y pese a que estas se presentaran ante interlocutores franceses, los informadores anónimos procuraban en todo momento salvaguardar la persona del rey, manifestando su extrañeza ante la elección de un virrey tan decepcionante por parte de un «Prince si sage et si éclairé».[26]

En tercer lugar, el manuscrito se refiere a las «injustices, ses violences, et son avarice» del virrey. Estos testimonios nos resultan muy ilustrativos de la mezcolanza de asuntos privados y públicos del marqués de Castelldosrius. Una vez nombrado virrey, y a la espera de poder disfrutar plenamente de los réditos correspondientes a su cargo, fue inevitable que el marqués entrara en contacto con los hombres de negocios que le facilitaran

25. «On l'a peint à la porte de son Palais, assis dans un fauteuil, la jacobite à terre entre ses jambes, et l'abbesse de son Couvent derrière la chaise. Le viceroy sembloit tourneur la tête vers l'abbesse qui d'une main luy montroit la jacobite; et dans le lointain on voyait Luther, de la bouche duquel sortoient ces paroles: Celuy-là suit ma loy» (BNF, colección Clairambault, ms. 495, pp. 505-506).

26. «On raisona beaucoup sur cette circonstance et l'on disoit que le viceroy n'avoit pas voulu entendre une aplication de cette metaphore qui lui seroit odieuse» (BNF, colección Clairambault, ms. 495, p. 507).

los capitales necesarios para su traslado, su entrada en Lima y su mantenimiento durante los primeros meses de ejercicio. Estas fueron las justificaciones de los 4.000 escudos en perlas que recibiera como crédito por parte de comerciantes en Panamá durante su viaje a las Indias. Lógicamente, el manejo de estas mercancías preciosas, obligaba al virrey y a sus representantes a capitalizarlas, enmarañándose en operaciones de tasación y justiprecio que, en el caso concreto de Panamá, le condujeron a denuncias de fraude a nivel de particulares.

Nada de esto era extraño cuando se entraba en la proverbial confusión de confusiones que eran las operaciones financieras de particulares. La posibilidad de salir indemne era bastante remota. Al respecto, Walker ha descrito perfectamente las negociaciones de contratos de «flotistas» y «galeonistas» con los mercaderes de Indias, y la manera concreta como el marqués de Castelldosrius intervenía en las ferias de Portobelo para garantizar unas contrataciones que resultaban fundamentales para garantizar las rentas de la corona, aunque todo acabara resolviéndose en complicadas acusaciones sobre beneficios públicos y privados.[27]

Luego, en el ejercicio del virreinato en Lima, el virrey se implicó en el turbulento campo de la venalidad de cargos al mejor postor. Aunque esta práctica estaba respaldada por la monarquía y era habitual,[28] el marqués de Castelldosrius se creó enemistades muy peligrosas, al optar por proveer, de nuevo, cargos de corregidor que ya poseían titular, en algunos casos regidos por individuos que se habían distinguido en el servicio a la corona. Con todo, los testimonios también deslizan denuncias más rotundas, referidas a los retrasos, injustificados desde la óptica de París, del virrey en el envío a la corte de remesas de metales preciosos en embarcaciones francesas.

En cuarto lugar, los testimonios imputan al marqués de Castelldosrius de inobediencia y desafecto al monarca español. Se informaba de las componendas financieras del marqués con la viuda del anterior virrey del Perú, el conde de la Monclova. Castelldosrius no habría aplicado las órdenes de confiscación de parte del patrimonio del antiguo virrey. Por el contrario, aceptó un pago de 40.000 escudos de la viuda de la Monclova, y le facilitó

27. G. J. Walker, *Política española y comercio colonial, 1700-1789*, Barcelona, 1979, pp. 58-73.
28. M. M. Felices de la Fuente, *La nueva nobleza titulada de España y América en el siglo XVIII (1701-1746). Entre el mérito y la venalidad*, Almería, 2012.

el traslado de su fortuna en una recua de noventa acémilas hasta los puertos peruanos y desde allá a Acapulco.

En quinto término, las denuncias reportadas en el manuscrito tratan sobre algunas declaraciones y actuaciones antifrancesas del virrey. El marqués no habría reintegrado en Panamá los cuantiosos préstamos que le habían avanzado varios comerciantes franceses, prorrumpiendo en constantes amenazas y presentando sus años en la corte de París como caracterizados por la aflicción y la pesadumbre más desasosegantes ante el fanatismo reinante en el entorno de Luis XIV. Con un tono alarmante se enumeraban las noticias que el virrey enviaba a la corte española, denunciando que Francia estaba arruinando a las Indias, y dando buena cuenta de todos los «bâtiments françois qui ont passé à la mer du Sud, de leur port, de la force de leur equipage et du nom des capitaines qui les commandoient, sans dire un mot du nombre de ceux des ennemis qui surpassent infinitement les françois».[29]

Finalmente, la compilación documental tocaba un tema crucial, que aparece como explicación de su impopularidad última en el seno de la alta sociedad peruana. Para los testigos recabados, el marqués de Castelldosrius se habría mostrado poco respetuoso respecto a las tradiciones de gobierno. La actitud del virrey se habría regido por el incumplimiento de las «anciennes coutumes». Se ausentaba de ceremonias y actos públicos, para prodigarse por el contrario en una agitada vida nocturna («son heure la plus ordinaire pour s'y retirer est entre dix et onze heures du soir»). Entre estas averiguaciones, sin embargo, merece consignarse una muy concreta: «Autre fois, les vicerois ne sortoient jamais de leur palais pendant la nuit. La noblesse s'y assembloit, et y jouoit et par ce moyen l'union se maintenoit entre le chef et les membres du gouvernement de ce seigneur. Celuy cy s'est contraint pendant un mois sur cet article, mais après celà il a pris le train de s'echaper par une porte de derrière pour aller a ser plaisirs. Les gentilshommes ont regardé ce procedé comme un extreme mepris qu'il faisoit de leur compagnie et persone ne va plus chez luy».[30]

Este testimonio resulta clave sobre el virrey, pues evidencia que no habría podido cimentar un espacio de sociabilidad compartido con lo más

29. BNF, colección Clairambault, ms. 495, p. 517.
30. BNF, colección Clairambault, ms. 495, p. 519.

poderoso de la elite limeña. En gran medida, este fue el motivo de los mayores desasosiegos del marqués de Castelldosrius, al no haber podido penetrar en un entorno de poder que se había mostrado tan prevenido respecto de la llegada del nuevo virrey.

El fracaso del virrey por crearse seguidores en Indias fue estruendoso. Cometió graves errores, como el apoyo a personajes turbios, tales que Jerónimo Boza, el corregidor de Guayaquil implicado en tratos con los ingleses y cuya inoperancia condujo al saqueo del puerto en mayo de 1709, por el pirata inglés Woodes Rogers. Un asunto complicado por la especial virulencia del acoso marítimo de las costas del virreinato, precisamente durante la primera década del siglo XVIII.[31] Pero frente a los desaciertos del virrey, el manuscrito (y, por supuesto la documentación ya manejada hasta el momento por parte de los historiadores) nos refleja también un indudable disentimiento de las oligarquías indianas, en especial el patriciado de Lima ante el recién llegado de España.

Con experiencia suficiente en otros cargos similares, el virrey buscó adaptarse, buscando líneas de acercamiento. Una de las más enfatizadas fue la creación de un ámbito áulico en Lima que hiciera las veces de una corte letrada, que mostrara el prestigio del cargo que ejercía, y de los beneficios que podían reportar para las elites el disfrute de estos espacios de conocimiento y saber, que también servían para divulgar una imagen de orden dentro del espacio del reino y de la monarquía. Aunque algunos autores hayan considerado que esta estrategia cultural buscaba ocultar su debilidad política, y hacer propaganda favorable en un entorno de acusaciones sin tregua, la ambición de la puesta en práctica, y la experiencia previa del marqués de Castelldosrius en escenarios simbólicos similares en Barcelona,

---

31. Sigue el asunto de Boza, M. M. Felices de la Fuente, «Silencio y ocultaciones en los despachos de los títulos nobiliarios. Análisis crítico de su contenido», *Chronica Nova*, 36, 2010, pp. 239-240. Boza, tras un festejo con los ingleses declaró que estos eran gente «muy buena y que le habían hecho muchos agasajos, y que solamente venían al rescate de la ropa y navíos que habían apresado y que no venían a hacer daño, ni traían orden de su rey para hacer perjuicio a ningún español [...] sino de apresar lo que hallasen en la Mar, y que así podrían estar todos muy seguros [...] que eran los ingleses unos angelitos». Los acuerdos le garantizaban a Boza 8.000 pesos «en ropa de Castilla al cinquenta por ciento menos de lo que los franceses la habían vendido». El contexto de la época, en R. Flores Guzmán, «El enemigo frente a las costas. Temores y reacciones frente a la amenaza pirata, 1570-1720», en C. Rosas Lauro, ed., *El miedo en el Perú. Siglos XVI al XX*, Perú, 2005, pp. 33-50.

Lisboa y París, permiten establecer una lógica anclada en la larga duración, y que sería paralela a los esfuerzos del virrey por requerir la voluntad de la elite limeña, al margen de las difamaciones.

Esta tarea de comitente y patrón, le supuso unos réditos inmediatos en términos simbólicos. La labor del marqués de Castelldosrius fue comparada a la de un Teodosio, de fama creciente, dedicado a las labores diurnas de gobierno, mientras los estudios y el saber le ocupaban las noches. El nuevo virrey, que se había desenvuelto con soltura en las cortes ingeniosas de Lisboa y París, no disoció jamás la cultura de su dimensión pragmática y política. El mundo de las letras y de las representaciones fue una esfera fundamental de las relaciones de poder durante el Antiguo Régimen, como nos ha recordado magistralmente José A. Rodríguez Garrido.[32] La promoción cultural y el patrocinio fueron un intento de atraerse a las elites criollas, que controlaban los resortes sociales y económicos del Perú de la época. Todo ello se demostró en sus vinculaciones con los dos grandes hombres de letras de la Lima de su época: Pedro Bermúdez de la Torre y, especialmente, Pedro de Peralta y Barnuevo, el más célebre escritor de su época.[33]

Fue Pedro de Peralta quien participó con una obra titulada *Lima triunfante. Juegos pitios y júbilos de la Minerva peruana* en el certamen poético que sirvió para recibir al marqués de Castelldosrius en la Universidad de San Marcos de Lima en 1707. A través de cuatro composiciones gloriosas, Peralta delineaba y versificaba: 1) la historia de la monarquía española y de

---

32. J. A. Rodríguez Garrido, «El teatro cortesano en la Lima colonial: recepción y prácticas escénicas», *Histórica*, 32, 2008, pp. 115-143; «Ópera, tragedia, comedia: el teatro de Pedro de Peralta como práctica de poder», en C. Mc Evoy y C. Aguirre, eds., *Intelectuales y poder: Ensayos en torno a la república de las letras en el Perú e Hispanoamérica (ss. XVI-XX)*, Lima, 2008, pp. 65-81; «La voz de las repúblicas: Poesía y poder en la Lima de inicios del XVIII», en J. A. Mazzotti, ed., *Agencias criollas. La ambigüedad colonial en las letras hispanoamericanas*, Pittsburgh, 2000, pp. 249-265; «Una pieza recuperada del teatro colonial peruano: historia del texto de *El mejor escudo de Perseo*, del Marqués de Castell dos Rius», en I. Arellano y J. A. Rodríguez Garrido, eds., *Edición y anotación de textos coloniales hispanoamericanos*, Madrid, 1999, pp. 351-373. Aunque menos conocido, el campo de intereses de Castelldosrius fue mucho más amplio, como se demuestra su protección de los trabajos científicos del botánico Plumier, interesado por la quina, cf. J. Quer y Martínez, *Flora española o Historia de las plantas que se crían en España*, Madrid, 1762, pp. 183-184.

33. Sobre Bermúdez de la Torre, cf. S. V. Rose, «Un poema para un rey: el Telémaco españolizado de Bermúdez de la Torre», en K. Kohut y S. V. Rose, *La formación de la cultura virreinal. III. El siglo XVIII*, Madrid-Frankfurt, 2006, p. 470.

la reciente entronización de Felipe V; 2) el papel del marqués de Castelldosrius en París, esencial en el triunfo de la elección borbónica para la sucesión al trono hispánico; 3) el nombramiento del marqués como virrey del Perú; y, finalmente, 4) glosaba la recepción que la Universidad de San Marcos rendía a su nuevo bienhechor, que entraba en su claustro en pie de paridad, siguiendo el estricto sentido de igualdad moral que presidía el campo del saber de los literatos.

Esta secuencia hilvanaba los orígenes de la monarquía española con el ámbito del saber peruano, y hacía de la presencia física y concreta del virrey Castelldosrius en Lima un eslabón más que se insertaba en la cadena que vinculaba los hombres de saber peruanos con la gran historia imperial. La *Lima triunfante* era la voz de la república letrada de los criollos, que se alzaba en proclamación de su fidelidad a la corona, pero que apelando a la metáfora literaria no lo hacía de manera pasiva. La obra constituía también una demanda de atención por parte del mundo criollo que aunque transmitida en claves culturales admitía, con pocas dubitaciones, lecturas políticas. A la postre, se trataba de una apelación a una relación de gobierno basada en los criterios de la transacción y del pacto del virrey respecto a sus gobernados, que debía alejar al representante del príncipe de toda tentativa de imposición arbitraria de la autoridad. Sin la cooperación del mundo indiano, se venía a plantear, el virreinato carecería de todo sustento.

Del mismo modo, hace José A. Rodríguez Garrido una lectura política de la academia de poesía que organizó el virrey entre 1709 y 1710 en su palacio. Se desarrolló mediante veladas literarias, cuyas actas se compilarían en 1713 por el secretario Diego Rodríguez de Guzmán, bajo el título de *Flor de academias*. En estos encuentros, el marqués de Castelldosrius parecía querer trasladar los usos y prácticas de sociabilidad literaria de Barcelona, París o Madrid a Lima, con el gusto galante por el reto verbal.[34]

---

34. M. Torrione destaca la galanura de las composiciones del marqués en París. Nos traduce uno de los cumplimientos con que el marqués de Castelldosrius obsequiara al recién proclamado Felipe V, con ocasión de una demostración hípica del rey: «Señor Vuestra Majestad está hecha para montar caballos de triunfo. Que el cielo le otorgue la gracia de servirse siempre tan diestramente de ellos, y con los mayores éxitos, por años infinitos». El halago retórico fue publicado en el *Mercure galant* de diciembre de 1700. Cf. M. Torrione, «Felipe V, el rey-jinete», en N. Morales y F. Quiles García, eds., *Sevilla y corte. Las artes y el lustro real (1729-1733)*, Madrid, 2010, p. 248.

Había un tono lúdico, que nos puede parecer intranscendente, cuando se versificaba sobre las mujeres comparadas a piedras preciosas, o sobre las razones que hubieran podido tener las damas criollas de Lima para ir a ver una ballena que había varado en la playa de Chorrillos. Asimismo, en la academia poética, el virrey retaba a los participantes a proezas de gran ingenio. En la primera reunión, les propuso que de inmediato compusieran sonetos a partir de rimas improvisadas por el marqués; en la segunda sesión les pidió glosar el poema: «El pastor sentía que/ se ausentase, y también no/ dejó de llorar, pues vio/ a su pastora sin fe»; en el duodécimo encuentro la glosa era ya de dificultad mayúscula, sobre versos ciertamente crípticos: «Aquel que se hallaba sin/ una ene, más fiel que no/ otro anduvo; porque aquél/ uno fue y el otro no».[35]

Lejos de la parafernalia estetizante, sin embargo, la academia era una corte propia, perfectamente jerarquizada, con un maestro de retos que era el virrey que organizaba las tertulias. Su academia palaciega en Lima no suponía un retiro a un sublime Aventino, sino que se insertaba en una tradición occidental que hacía de las repúblicas literarias, una fuente de capital humano y simbólico, de legitimidades que acrecentaban el poder del príncipe.[36] De ahí, la trascendencia de las actividades culturales del virrey, que se prolongaron más allá de su muerte, en términos de capital simbólico.[37] Del mismo modo, no conviene olvidar que existieron otras academias en la Lima de Castelldosrius. Precisamente, algunas pivotaban en torno al fiscal de la Audiencia o las celebradas en la casa de Domingo Orrantia, doctor en Leyes; por momentos distanciados del virrey.[38]

En el seno de estos teatros de ilustres, se reclutaban los mejores servidores y se gestaban las grandes obras culturales que suponían desembolsos económicos cuantiosos, como las representaciones de *El mejor escudo de Perseo*, una obra escrita por el marqués de Castelldosrius durante su estancia lisboeta, pero convenientemente rescatada en Lima para enalte-

---

35. A. Alatorre, *Cuatro ensayos sobre arte poética,* México, 2007, pp. 462-463.

36. Cf. M. Fumaroli, *L'age de l'éloquence. Rhètorique et 'res litteraria' de la Renaissance au seuil de l'époque clàssiques,* Ginebra, 1980, pp. 20-21.

37. D. Slade y J. M. Williams, eds., *Bajo el cielo peruano. The devout world of Peralta Barnuevo*, University of North Carolina Press, 2009, pp. 99-103.

38. Cf. J. M. Williams, «Academic and literary culture in eighteenth century Peru», *Colonial Latin American Review*, 4, 1995, pp. 129-152.

cer la sucesión dinástica en la figura del infante Luis, hijo de Felipe V. Su puesta en escena representó para el marqués de Castelldosrius un desembolso de 30.000 pesos entre la escenografía, los intérpretes, el vestuario y la música. Como referente, una celebración del Corpus solía ascender a 1.000 pesos. Estas dimensiones fastuosas del gasto fueron un cumplimiento obligado de las normas de gobierno del virreinato, con un prisma de repercusiones prácticas muy relevante: la exaltación de la nueva dinastía en el Nuevo Mundo, el refrendo de la vinculación de la sociedad peruana con la persona del rey y del infante o la demostración de la magnificencia del poder virreinal. Y esto último no fue lo menos eminente, pues constituía la presentación de un ejercicio de gobierno de un virrey basado en la potencia de la fuerza y en la capacidad para suscitar la admiración. En estas ceremonias públicas, el mundo del saber y la cultura de elites distaban de ser un arcano, y suponía una cantera de filiaciones colectivas de amplio alcance.

Castelldosrius también patrocinó la llegada de músicos europeos a Lima. El caso más destacado fue el de Roque Ceruti (Cheruti) quien, junto con un pequeño grupo de músicos tocó arias italianas, sonatas, serenatas y danzas francesas. Se insertaba dentro del proyecto de Castelldosrius de hacer de Lima un «Versalles del hemisferio sur», quizá para configurase como un *alter ego* del ministro francés Colbert, que había querido llevar Roma a París durante el reinado del rey Sol.[39]

Mostrar esta ostentación y este lujo era una necesidad inherente al oficio de virrey. Por ello, también se apreciaba en el rico mobiliario que decoraba su palacio en Lima. El inventario de 1710 destacaba la presencia de una gran variedad de piezas, hasta veintiséis consolas, doce escritorios, bufetillos, burós, petacas, un baúl, una escribanía, estantes... Más allá de su utilidad práctica, se trataba de muebles preciosos que demostraban la riqueza de su propietario. Todas estas piezas fabulosas distribuidas por las estancias del palacio, quedaban relegadas ante la grandiosidad del gran

39. L. Stein y J. M. Leza, «Opera, genre, and context in Spain and its American colonies», en A. R. DelDonna y P. Polzonetti, eds., *The Cambridge Companion to Eighteenth-Century Opera*, Cambridge University Press, 2009, pp. 255-256. Se relaciona el mundo musical con la propaganda dramática y el ejercicio del poder por el marqués de Castelldosrius, en S. Claro, «Música dramática en el Cuzco durante el siglo XVIII y catálogo de manuscritos de música del seminario de San Antonio Abad (Cuzco, Perú)», *Anuario* (University of Texas), 5 (1969), pp. 1-48.

salón de espejos emplazado en una edificación del jardín. Era un conjunto de diez grandes espejos de bordes dorados, veinte consolas y pequeñas estatuillas de porcelana oriental.[40]

El virreinato americano del marqués de Castelldosrius supuso la cima de una trayectoria personal, que también representaba una confirmación del papel relevante que la aristocracia catalana jugaría en el seno de la monarquía española del siglo XVIII.[41] La aristocracia catalana acabó siendo una cantera privilegiada de la que se surgirían excelentes servidores de la corona en Indias. Hay que tener presente esta primera conclusión sobre un personaje, pero asimismo sobre un colectivo.

Un tratamiento concreto de la obra del marqués de Castelldosrius en el Perú se convierte en un reto inabordable en un breve ensayo. Su estudio completo constituirá una gran biografía, sin ningún género de duda. El personaje puede ser considerado desde muchísimas perspectivas. En este texto lo hemos valorado a partir de las noticias inéditas recopiladas por informadores hispánicos y hechas llegar a la corte de París. En su brevedad, el manuscrito también ha sido inagotable en sugerencias sobre lecturas plurales del personaje. Hay que superar el reduccionismo de pretender diluir su gobierno en las tramas financieras de su virreinato, convirtiéndolo en un protagonista más de una larga nómina de especuladores en la historia del Perú.[42] Conviene atender a las coordenadas del Antiguo Régimen en que transcurrió su vida. La mezcla entre lo público y lo privado fue potenciada por la misma monarquía que necesitaba de la participación de los hombres de negocios como garantía de una regularidad mínima en los calendarios de pagos y obligaciones.[43] En este marco, los oficiales del rey se implicaron

---

40. G. Germanà Róquez, «El mueble en el Perú en el siglo XVIII. Estilos, gustos y costumbres de la elite colonial», *Anales del Museo de América*, 16, 2008, pp. 189-206. Para el inventario de bienes de Castelldosrius, puede verse la contribución de Y. Pérez Carrasco: «Manuel d'Oms y de Santapau (1651-1710), primer marqués de Castelldosrius, embajador y virrey de Ultramar. Algunas noticias sobre su colección» en I. Socias, ed.: *Conflictes bèl·lics, espoliacions, col·leccions*, Barcelona, 2009, pp. 31-39.

41. S. Solé i Cot y J. Pons i Alzina, «Notes sobre l'organització i el paper polític de la noblesa catalana entre les crisis de 1766 i 1773», *Barcelona. Quaderns d'Història*, 7, 2002, pp. 153-154. Estos autores llegan a hablar de la «notable tolerància i fins i tot predilecció per part de les autoritats borbòniques» respecto de la aristocracia catalana de comienzos del siglo XVIII.

42. A. W. Quiroz, *Corrupt circles. A history of unbound graft in Peru*, Johns Hopskins University Press, 2008, pp. 52-54.

profundamente en operaciones financieras, que a menudo suponían un avance de capitales o el contrato a título particular de empréstitos con financieros particulares. La erradicación de estas prácticas tan difusas entre el erario público y el patrimonio privado no fue posible en la época. Más aún, tampoco fue buscada o promovida, al menos según los criterios de honestidad financiera usuales en nuestros días. A lo sumo, se avanzó en la limitación de acciones que fueran excesivas por su dimensión pública.[44] En las actuaciones del marqués de Castelldosrius resulta arduo establecer distinciones a partir de nociones de legalidad o de teneduría práctica y diaria de la administración. El estudio de Christoph Rosenmüller es muy concluyente.[45] Más que la avaricia, en las disfunciones contaron unas retribuciones materiales escasas, o un sistema de funcionamiento en el que el individuo avanzaba capitales propios, del mismo modo que empleaba los recursos públicos para operaciones privadas. En Indias, además, la gama de operaciones que lindaban en la frontera de lo privado y lo público era amplia: las concesiones de licencias comerciales, la necesidad de fomentar lazos de clientela, las ventas de oficios, entre otras muchas. La retribución del partidario entraba dentro de una lógica muy firme, que incluso era básica de la época. Las relaciones de patronazgo y clientela impregnaron la burocracia en alto grado. Los coetáneos no consideraron ilícito el intercambio de favores sino más bien una práctica deseable y acostumbrada en una comunidad de clientelas, bandos y lazos informales.

Como en el caso del marqués de Castelldosrius, cuando se plantearon públicamente acusaciones, éstas no tuvieron su razón en un proceso de enjuiciamiento moral, sino que formaban parte de un proceso político. La

---

43. Cf. A. Dubet, «Comprender las reformas de la hacienda a principios del siglo XVIII. La buena administración según el marqués de Campoflorido», *Revista HMiC*, 2012 [revista digital]. Asimismo, J. P. Dedieu, «Les groupes financiers et industriels au service du roi. Espagne. Fin XVIIe - début XVIIIe siècle», en A. Dubet y J. P. Luis, eds.: *Les financiers et la construction de l'Etat. France, Espagne (XVIIe-XIXe siècle)*, Rennes, 2011, pp. 87-104. En este último caso, el autor destaca las operaciones financieras del virrey Castelldosrius que negoció préstamos por cuenta del rey, pero con su crédito personal.

44. F. A. Eissa-Barroso, «"Of Experienceeal and Selflessness", Military Officers as Viceroys in Early Eighteenth Century Spanish America», *The Americas*, LXVIII: 3, January, 2012, pp. 342-343.

45. C. Rosenmüller, *Patrons, partisans, and palace intrigues. The court society of colonial Mexico, 1700-1711*, University of Calgary Press, 2008.

falta de soportes sociales en Lima provocó el alud de críticas, que no hubieran proliferado de darse unos apoyos más claros por parte de los poderes indianos a la persona del virrey. La del marqués de Castelldosrius es una trayectoria coherente, por otra parte, reconocible en otros personajes del Antiguo Régimen, que hicieron fortuna en el campo gris de lo público y lo privado.[46] Explicar la formación de patrimonios de acuerdo con las estructuras mentales de la época no significa, sin embargo, una rehabilitación (innecesaria) del personaje, sino ante todo una explicación de las circunstancias en que desarrolló y se motivaron sus actuaciones. Ni es posible limitar nuestra aproximación a un análisis simplemente contable («faite au coin du feu, les pieds dans les chaussons») ni es deseable hacerlo en términos de moral parcial («en prononçant des anathèmes dans un oubli total du contexte dramatique»).[47] Hay que superar la tentación del juicio de valor en relación con una vida marcada por los retos de gobierno del marqués de Castelldosrius sobre una sociedad y unas estructuras de poder tan desconocidas e impenetrables como fueron Lima y el virreinato del Perú en los primeros años del siglo XVIII. El rumbo de su gobierno estuvo marcado por un pragmatismo constante, en que las necesidades de numerario fueron frecuentes. La capacidad para desenvolverse magistralmente en la corte de Madrid, contrastó con los problemas para ejercer su potestad clientelar en el Perú.[48] De ahí resultan los elementos interpretativos de la trayectoria de un virrey que supo gobernar, que pudo conciliar el poder del cetro y la razón de la pluma, para convertir la Ciudad de los Reyes, la capital virreinal del Perú de comienzos del siglo XVIII en una urbe celebrada en el seno de la monarquía española.

Detalle del mapa de América por el cartógrafo Johann Christoph Weigel, 1730

---

46. Durante la conferencia en que se basa este texto, recordábamos el caso emblemático del cardenal Mazarino, estudiado por C. Delong, *La fortune de Mazarin*, París, 1990. El cardenal fue el particular más rico en Europa entre los siglos XV y XVIII, con un patrimonio personal que superaba los fondos del Banco de Ámsterdam, el más poderoso del momento.

47. La referencia es de quien fuera una de las mejores conocedoras del cardenal francés. Cf. M. Laurain-Portemer, «Sur la fortune de Mazarin. Une réflexion», *Histoire, économie & société,* 9, 1990, p. 502.

48. G. Burgos Lejonagoitia, «Los documentos "secretos" de las negociaciones del marqués de Castelldosrius, virrey del Perú», *Chronica Nova*, 36, 2010, pp. 317-338.

Mare Glaciale
Terra Labrador
Grote Banck
SEPTENTRIONA
CANADA
Lac Superior
Terra Nova
C. d. Sable
P. Royal
Bristol
NOVA GRANADA
NOVA LOVIS
NOVA
Nieu Amsterdam
MAR
Bermudos I.
Acome
Axxai
FLORIDA
Augustin
LUCAIE
Cigatto
Guanima
Maiagnana
NOVA
MEXICO
Sinus
Mexicanus
Hispaniola
Cuba
Jamaica
Rico
Tobago
DEL N
Roca Partida
Cartagena
Terra Firma
Caribana
Malpele I.
Manoa
GUIANA
Quito
Tecinos
AMAZONES
Lima
Cuzco
Caiana
MERIDIO
Honden Eyl.
Spirit
I. de Paxares
MARE
I. Iuan Fernando
I. S. Maria
PACIFICUM
La Serena
PARAGUAY
Conception
Uraguar
S. Salvador
La Mocha
Osorno
Villa Rica
Diamante
Rio Grande
Rio de la Plata
S. Antonio
das Arenas gordo
Patagones
S. Andres
Redondo
S. Iorge
I. de Diego Ramirez
Fretum
Magellanicum
Terra del Fuego

EL VIRREY AMAT

MARÍA DE LOS ÁNGELES PÉREZ SAMPER
[Universitat de Barcelona]

LA NOBLEZA CATALANA BORBÓNICA

MANUEL de Amat y Junyent, nacido en 1704 y muerto en 1782, fue uno de los catalanes más relevantes del siglo XVIII. Miembro de una importante familia noble, militar destacado, que tuvo una actuación sobresaliente en las guerras de Italia, desempeñó también importantes cargos de gobierno en América durante veinte años, primero fue gobernador de Chile (1755-1761) y después fue virrey del Perú (1761-1776). A su regreso a España, se retiró a Barcelona, donde construyó un gran palacio en las Ramblas, que acabó de consolidar su fama de gran señor.[1]

Según Pere Serra Postius en su *Lista de Títols que vuy estan fundats en locs de Catalunya*, del año 1700, la nobleza catalana al final del reinado de Carlos II estaba compuesta por veinticuatro nobles titulados. Sólo existía un ducado, el de Cardona, además de once marqueses, de los cuales ocho eran posteriores a la guerra dels Segadors, doce condes, de ellos los más antiguos eran los de Palamós y Guimerá y Vallfogona; otros cinco del grupo nombrado por Felipe III en 1599; y otros cinco posteriores a 1670.

Los Borbones, de 1701 a 1808, concedieron cerca de treinta títulos de nobleza en Cataluña, la mitad los dio Felipe V tras las Cortes de 1701 a 1702 y en la segunda mitad del siglo XVIII fue muy significativa la formalización de más de veinte títulos de barón, que pasaron de señores de vasallos a formar parte de la jerarquía nobiliaria.[2]

1. A. Saénz-Rico Urbina, *El Virrey Amat. Precisiones sobre la vida y la obra de don Manuel Amat y de Junyent*, Barcelona, Museo de Historia de la Ciudad, 1967, 2 vols.
2. P. Molas Ribalta, *L'alta noblesa catalana a l'Edat Moderna*, Vic, Eumo Editorial, 2004. Y M. M. Felices de la Fuente, *La nueva nobleza titulada de España y América en el siglo XVIII (1701-1746). Entre el mérito y la venalidad*, Almería, Editorial Universidad de Almería, 2001 ; Ph. Lazerme: *La noblesa catalana*, París, 1975, 2 vols.

PEDRO JOSÉ DÍAZ: *Retrato de Manuel Amat y Junyent*, 1773, Museo Nacional d'Art de Catalunya, Barcelona

En este marco se inserta el caso de la familia Amat. Su trayectoria venía de lejos, en 1510 formaba parte de la matrícula de ciudadanos honrados de Barcelona y en las Cortes de 1599 de Felipe III fue ascendida a la condición de «noble». Eran señores de Castellbell, de Vacarisses y de Rellinars. La crisis de los años cuarenta les afectó gravemente, en 1644 Josep de Amat fue oidor militar de la Generalitat y su hermano Gispert, abad de Sant Pere de Galligans, diputado eclesiástico, fue encarcelado por infidelidad a la soberanía francesa. Pero lograron superar los problemas y en tiempos de Carlos II la familia volvía a ocupar buenas posiciones en las instituciones catalanas. Joan de Amat y Despalau ocupó el cargo de diputado militar en 1680.

José de Amat Planella y Despalau, el que sería primer marqués de Castellbell, hijo de Joan de Amat i Despalau y de su esposa Francesca de Planella i Eril, nació en Barcelona el año 1670 y estudió en el Colegio de Cordelles de los jesuitas. En 1697 destacó en la defensa de la ciudad condal. Este hecho, además de su adhesión a la causa de Felipe V le valdría, en 1702, la concesión del marquesado. Además de las armas también cultivó las letras, siendo uno de los fundadores de la Acadèmia dels Desconfiats. Colaboró en la edición de la obra *Nenias Reales*, que en memoria de Carlos II publicó la Acadèmia.[3] Se casó con María Ana Junyent y Vergós, hija del que sería primer marqués de Castellmeià. Murió en Barcelona en 1715.[4]

Felipe V, rey de España tras la muerte de Carlos II, viajó a Cataluña para ser jurado rey y celebrar su boda con María Luisa Gabriela de Saboya. El marquesado de Castellbell sería una de las muchas distinciones que el primer Borbón otorgó a los catalanes fieles a su causa en las Cortes de 1701 a 1702. El título nobiliario fue creado el 7 de julio de 1702 por el rey Felipe V

3. *Nenias Reales, y lágrimas obsequiosas que a la inmortal memoria del gran Carlos Segundo rey de las Españas, y emperador de la América; en crédito de su más imponderable dolor, y desempeño de su mayor fineza dedica y consagra la Academia de los Desconfiados de Barcelona*, por R. Figvero, impressor: Vendense en casa de Iayme Batlle librero, en la libreria, ano 1701.

4. Los marqueses de Castellbell en el siglo XVIII: I.- Josep de Amat y de Planella (1702-1715). Casó con María Ana Junyent y Vergós, hija de Francesc Junyent y Marimón, primer marqués de Castellmeyá. Le sucedió su hijo. II.- Josep de Amat y Junyent (1715-1777). Regidor de Barcelona desde 1736 hasta su muerte. Casó con Ana de Rocabertí y Descatllar, baronesa de Pau. Le sucedió su hijo. III.- Gaietà de Amat y Rocabertí (1777-1794). Nacido en 1726. Casó con Eulàlia de Cruilles y Rocabertí. Y casó con María Antonia de Peguera y Armengol. Le sucedió, de su segundo matrimonio, su hijo, nacido en 1777. IV.- Manuel Cayetano de Amat y Peguera (1794-1846). Casó con su prima hermana Escolástica de Amat y Amat, hija de Rafael de Amat y Cortada, barón de Maldá. Le sucedió su hijo.

a favor de Josep de Amat Planella i Despalau, señor de Castellbell, por sus servicios, especialmente por la defensa de Barcelona, sitiada en 1697 por los franceses. Su denominación hace referencia a la localidad de Castellbell, próxima a Barcelona, una de las posesiones de la familia, donde se hallaba el castillo de Castellbell. Otras de sus propiedades eran el palacio Maldà en Barcelona, el palacio Falguera en Sant Feliu de Llobregat y una casa de recreo en Alella.

En los primeros años del siglo XVIII el nuevo marqués de Castellbell decoró su casa de Alella con dos plafones de cerámica muy representativos de la vida de los nobles catalanes de la época. Uno representaba una corrida de toros, con caballeros alanceando toros, peones azuzando perros contra los toros y numeroso público contemplando el festejo y admirando la habilidad de los jinetes. El otro plafón figuraba una fiesta en un jardín, donde se celebraba un banquete, se servía chocolate, se escuchaba música, se bailaba, se paseaba, se cortejaba y se conversaba. La importancia del trato social, la fiesta, la diversión y el placer de vivir tan característicos de la vida nobiliaria de la Ilustración quedaba así bien reflejada en esas escenas aristocráticas y galantes.[5]

Manuel d'Amat i de Junyent, nació en Vacarisses, un pueblo de Barcelona, a los pies de la montaña de Montserrat, en el año 1704. Allí se encontraba el castillo de Vacarisses, cerca del pueblo, en una colina. Conocido como «la Torrota», en origen fue una torre de planta circular que servía de punto de vigilancia. El castillo de Vacarisses, documentado en 1017, tenía una larga historia. En 1358 Pedro el Ceremonioso lo vendió, junto con la jurisdicción, a su consejero Jaume Desfar. El castillo fue propiedad de esta familia hasta finales del siglo XVI, cuando Isabel Desfar se casó con el capitán Francisco Amat y el señorío pasó a esta familia. En 1700 el castillo se hallaba en poder de José de Amat y de Planella, desde 1702 marqués de Castellbell, y allí nació uno de sus hijos, Manuel de Amat y de Junyent. Muchos años después, siendo virrey del Perú, Manuel de Amat se acordó de Vacarisses, su pueblo natal, y creó veintiséis dotes, para ser concedidas a familias del pueblo.

De familia noble, fue el hijo segundo de Josep de Amat y de Planella, primer marqués de Castellbell, y de María Anna Junyent y Vergós, que era

5. Museu de Ceràmica, Barcelona.

hija de Francesc de Junyent i Marimon casado con Anna de Vergós, señora de Castellemeià, y que fue primer marqués de Castellmeià, título nobliario concedido por Felipe V en 1716.

Manuel no heredería el título paterno, pues no era el primogénito. Segundo marqués de Castellbell desde la muerte de su padre en 1715 fue el hijo mayor, Josep de Amat y Junyent, dedicado a la administración de su patrimonio y regidor de Barcelona desde 1736 hasta su muerte. Casó con Ana de Rocabertí y Descatllar, baronesa de Pau.

MILITAR EN LAS GUERRAS DE ITALIA

Manuel de Amat recibió una buena educación, propia de la condición noble de su familia. Estudió primero en Valencia y después continuó su educación en Barcelona, en el Colegio de Cordelles de los jesuitas, como años antes había hecho su padre. Al no ser el heredero debía labrarse un futuro. Eligió la carrera militar, tradicional en la nobleza. Como quedó huérfano de padre muy joven, sería otro miembro de la familia el que se haría cargo de él y de su hermano Antonio y les ayudaría a labrarse un buen futuro. Fue su tío Ramón Junyent Vergós, personaje relevante como levantador del regimiento de infantería de Barcelona en 1718, quien actuó como tutor y protector de ambos hermanos, Manuel y Antonio, al acogerlos en su regimiento y darles sendas patentes de alférez.

El inicio de su carrera militar tuvo como escenario su propia tierra. En 1719, durante la guerra franco-española, Manuel Amat participó en acciones militares en Cataluña como subteniente de infantería del regimiento de Barcelona, contra los franceses. Pero muy pronto sus horizontes se ampliaron.

Durante el reinado de Felipe V el escenario mediterráneo tuvo primacía en política exterior. En la guerra de Sucesión a la corona de España, de 1701 a 1713, se había producido la pérdida de los territorios italianos que a lo largo de siglos habían pertenecido a la monarquía española. Los Tratados de Utrecht y Rastatt, firmados en 1713 y 1714 ratificaron la pérdida de Italia, pero Felipe V no se resignó. La relación secular de España con Italia, el honor del rey y de la dinastía Borbón y el deber sagrado de mantener la integridad de la herencia recibida le llevaron a buscar intensamente el modo de regresar a Italia. En 1714 el segundo matrimonio del rey con Isabel Farne-

sio, princesa parmesana, con derechos sucesorios a Parma y Toscana, donde estaba a punto de extinguirse la herencia por línea masculina, se convirtió en una buena baza para esa política mediterránea orientada hacia Italia, aplicando toda clase de recursos bélicos y diplomáticos. El proyecto de Isabel Farnesio coincidiría plenamente con los planes de Felipe V, defendiendo sus derechos sucesorios, como parte de la búsqueda de una herencia para sus hijos. Aunque el primer intento de conquistar Cerdeña y Sicilia fracasó, los reyes no abandonarían su proyecto.

En este contexto político y militar, en 1721, a los diecisiete años, Manuel de Amat ingresó en la Orden Militar de San Juan de Jerusalén. Marchó a la isla de Malta, como caballero, permaneciendo en ella siete años, hasta 1728. Era entonces Gran Maestre de la Orden de Malta un portugués, António Manoel de Vilhena (1722-1736). Manuel Amat participó en las campañas de África de 1724 a 1727 y por sus destacados servicios obtuvo el mando del Regimiento de los Dragones de Sagunto. En 1728, fijó durante un tiempo su residencia en Madrid y participó entonces en la política cortesana y en los asuntos italianos manejados por la reina Isabel de Farnesio, en defensa de sus derechos y de la herencia de su hijo Carlos.

Aprovechó Manuel Amat la ocasión para reorientar su carrera militar. Ramón Junyent Vergós, el primer protector de los hermanos Amat, había fallecido en Almuñécar en 1726, pero pronto encontraron un nuevo valedor, el primo del anterior, Bernardino Marimón Corbera, que se convirtió en el nuevo protector de ambos hermanos Amat. Bernardino Marimón, en 1731, los incorporó a la compañía de Granaderos Reales a caballo. De los dos hermanos, Manuel Amat tendrá una mayor proyección en la carrera militar, pues Antonio abandonó en 1745 la compañía de Granaderos Reales y se retiró a Barcelona.

En 1731 las tropas de las Guardias Reales se vieron incrementadas con la creación de dos nuevas unidades, la compañía de Granaderos Reales a caballo –la que nos interesa– y la brigada de Carabineros Reales. Los Granaderos Reales a caballo era un cuerpo de elite, utilizado como fuerza de choque en la guerra y como guardias para proteger al rey y a la familia real en la corte y era además un cuerpo de ejército creado para la nobleza catalana. Lo más destacado de la creación de este cuerpo de elite de Granaderos Reales estuvo en la especial configuración de sus empleos de mando. Para los principales empleos de la oficialidad fueron seleccionados militares que

servían en los cuerpos de dragones y que tenían un denominador común, pertenecían todos ellos a la nobleza catalana que se había declarado abiertamente partidaria de la causa borbónica durante los primeros años de la guerra de Sucesión. Los nombres de familias como los Marimón, Alós y Amat estuvieron presentes en los principales puestos de mando de la compañía. Para el mando de una de las tres brigadas se nombró a Manuel Amat.[6]

Estalló entonces en Europa un gran conflicto bélico, la guerra de Sucesión polaca de 1733, que brindó a los reyes españoles la oportunidad de dar un nuevo paso en la política de regreso de España a Italia. Se alcanzaron grandes triunfos, la conquista de Nápoles en 1734 y la conquista de Sicilia en 1735. El regreso español a Italia se hizo en la persona del infante don Carlos, hijo primogénito de Felipe V e Isabel Farnesio, que se convirtió en rey de Nápoles y Sicilia. Don Carlos hizo su entrada solemne en Nápoles el 10 de mayo de 1734. Días después tuvo lugar la decisiva batalla de Bitonto el 25 de mayo, y meses después el sitio de Gaeta, el 6 de agosto, inmortalizado por Francesco Solimena en su cuadro titulado el *Triunfo de Carlos de Borbón en la batalla de Gaeta*. La coronación del nuevo rey se celebró en la catedral de Palermo, el 3 de julio del siguiente año 1735.

La guerra en Italia fue también una oportunidad decisiva para la carrera militar de Manuel de Amat, que participó en el conflicto bélico, ayudando al infante don Carlos en la conquista de Nápoles. Destacó en la batalla de Bitonto, con el contingente que, al mando del conde de Montemar, derrotó a las tropas austriacas del virrey Visconti y del general Traun. Sobresalió también en el asedio de Gaeta.

Desde la formación de los Granaderos Reales en 1731 hasta 1747, Manuel Amat pasó la mayor parte del tiempo en Italia. Su unidad estaba destinada allí para luchar en la guerra de Sucesión de Polonia hasta 1736. Regresó de nuevo a partir de 1741 cuando se inició una nueva contienda en el territorio italiano durante la guerra de Sucesión de Austria, hasta la paz de Aquisgrán de 1748. Sus largas estancias en Italia no sólo fueron decisivas para su promoción en la carrera militar. También fueron decisivas para su afición por el arte y para su formación arquitectónica. Visitó muchos lugares y tuvo oportunidad de conocer y estudiar muchos monumentos.

---

6. F. Andújar Castillo, «Nobleza catalana al servicio de Felipe V: la Compañía de Granaderos Reales», en *Pedralbes. Revista d'Història Moderna*, 27, 2007, pp. 293-314.

La muerte de Felipe V y el inicio del reinado de Fernando VI en 1746 provocaron un cambio completo de política. El pacifismo era la gran aspiración del nuevo monarca y comenzó a trabajar por poner fin a la guerra. Manuel Amat permaneció en la compañía de Granaderos Reales hasta mayo de 1747, en que fue nombrado coronel del regimiento de dragones de Batavia, aunque con el grado de brigadier que había recibido un mes antes. En 1748 se firmó la paz de Aquisgrán.

GOBERNADOR Y CAPITÁN GENERAL DE CHILE

Terminada su participación en la guerra de Italia, Manuel Amat regresó a España. Pasó un breve tiempo en Barcelona y después se trasladó a las islas Baleares. Vivió varios años en Mallorca, y allí se hallaba cuando recibió nuevas órdenes que iban a significar el inicio de su gran carrera en el gobierno de los territorios americanos. Culminaba así más de treinta años en el ejército y en el escenario mediterráneo. El año decisivo en su carrera –como la de otros oficiales que participan en la misma compañía de Granaderos Reales– fue 1754. En el mes de noviembre, estando en Mallorca, obtuvo el nombramiento de gobernador y capitán general de Chile. Recibió unos días después el grado de mariscal de campo, para revestir de mayor autoridad un cargo que comportaba además el desempeño de la presidencia de la Audiencia. En el siglo XVIII se extendió en la monarquía española, tanto en la península como en América, el gobierno de los militares, al frente de Capitanías Generales y Virreinatos.

Siguiendo el rumbo histórico de la monarquía española, el escenario americano se convirtió en el escenario biográfico de Manuel Amat. A partir de mediados del siglo XVIII América y el Atlántico cobraron principal protagonismo. En el reinado de Fernando VI, cuando Amat tenía 50 años, se produjo un salto cualitativo en su carrera: la promoción a importantes cargos de gobierno. Pasaría más de veinte años en América al servicio de la corona española, de 1755 a 1776.

A pesar de las concesiones económicas hechas a Gran Bretaña en la Paz de Utrech, en el siglo XVIII aumentó la presencia española en América, creció la extensión de los dominios españoles y las reformas del absolutismo ilustrado intensificaron la explotación de los recursos. Fue un periodo de prosperidad en el imperio de ultramar gracias al crecimiento constante del

comercio, sobre todo en la segunda mitad del siglo, debido a las reformas borbónicas. Las rutas de un solo barco en intervalos regulares fueron lentamente reemplazando la antigua costumbre de enviar las flotas de Indias, y en la década de 1760, había rutas regulares entre Cádiz, La Habana y Puerto Rico, y en intervalos más largos con el Río de la Plata. El comercio seguía siendo un gran motor de expansión de la monarquía española.

Era un momento de gran crecimiento y desarrollo en una y otra orilla del Atlántico, cuando, en 1755, Manuel Amat fue nombrado gobernador y presidente de la Real Audiencia de Chile. Hombre enérgico, nada más llegar, se dedicó a recurrir todo el país y mandó construir varias fortificaciones en la costa y en la frontera mapuche, en Santa Bárbara. Fundó poblaciones junto a ellas, como Talcamávida, Hualqui y Nacimiento.

Muy significativas de la nueva política que intentó aplicar en tierras chilenas fue el replanteamiento de las relaciones de la corona con los mapuches.[7] Convocó parlamentos, con el fin de negociar con ellos y garantizar la seguridad de las comunicaciones. Siempre con el mismo propósito, Amat realizó una visita de inspección a la frontera de Arauco, celebrando un parlamento con los indígenas en el Salto del Laja en 1758. La finalidad de esta iniciativa era establecer y garantizar un sistema de comunicaciones terrestres entre Concepción y Chiloé, lo que implicaba pasar por distintos territorios ocupados por comunidades indígenas.

En Concepción, algunos caciques se comprometieron a colaborar en el proyecto, que contemplaba el desplazamiento simultáneo de dos expediciones, una desde Concepción y la otra desde Chiloé, para recabar informaciones geográficas sobre el terreno. Sin embargo, la columna que había partido de Concepción fue atacada y debió replegarse a Valdivia. Este hecho hizo fracasar la iniciativa en 1759. Para tranquilizar los ánimos, Amat convocó otro parlamento, en la misma capital del reino, Santiago, en febrero de 1760.

Acudieron alrededor de treinta caciques, cuya presencia causó gran impresión entre los vecinos debido a sus coloridos atuendos y a la comitiva que les acompañaba. La reunión tuvo un éxito relativo, pues los jefes indígenas lograron que varios grupos mapuches, pero no la totalidad, depusie-

7. H. Zapater, *Aborígenes Chilenos a Través de Cronistas y Viajeros*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1998.

ran las armas. Finalmente Amat sólo consiguió un acuerdo parcial, insuficiente, pero que mejoraba la situación de las relaciones.

En Santiago emprendió importantes obras públicas, como la prolongación de los tajamares del río Mapocho, la creación de un mercado en la Plaza de Armas y la reestructuración de la Real Universidad de San Felipe en 1757. Realizó igualmente importantes reformas administrativas. Instituyó, el 12 de octubre de 1758, la milicia urbana, a la cual denominó «Dragones de la Reina». Promovió los estudios científicos, organizando un proyecto para la reunión de datos geográficos, información recogida en la *Historia Geographica e hidrográphica*, de 1760.

El balance de su gobierno en Chile fue en general positivo. Tuvo muy buenas consecuencias para su carrera, obteniendo un importante ascenso. Fue nombrado teniente general en 1759 y al terminar el ejercicio de su cargo solicitó un juicio de residencia, del cual salió favorecido. Ya en el reinado de Carlos III, Amat fue ascendido a teniente general y nombrado virrey del Perú y presidente de la Real Audiencia de Lima en 1761. Sucedió a José Antonio Manso de Velasco, conde de Superunda, que había gobernado desde 1745. Amat llegó a la ciudad de los reyes el 12 de octubre de 1761 y tomó posesión del cargo de virrey en diciembre del mismo año.

VIRREY DEL PERÚ

La misión principal a la que se dedicó de manera prioritaria era garantizar la defensa del Perú. Al comenzar su virreinato estaba en marcha la guerra de los Siete Años (1756-1763), en la que Francia acabó por verse desbordada. España entró en guerra contra Inglaterra en 1762, para tratar de defender sus intereses en América, muy amenazados por los avances británicos. Amat tomó de inmediato medidas para asegurar la defensa del litoral peruano y chileno, para proteger las zonas costeras y puertos. Los planes de fortificación preveían la construcción de castillos, el refuerzo de murallas, la edificación de cuarteles. Además creó nuevos cuerpos de ejército, entre ellos una Compañía de Dragones. Especial preocupación le ocasionaba el estado de las fortificaciones de la costa. Ordenó la permanente vigilancia sobre el litoral peruano. Aceleró los trabajos que se realizaban en el Real Felipe la fortaleza del Callao invirtiendo en ello más de dos millones de pesos. Pertrechó militarmente las plazas de Lima, el

Callao, Chiloé, Valdivia, Valparaíso, Guayaquil, Portobelo, Cartagena de Indias, Concepción y las islas de Juan Fernández.

La reconstrucción de las defensas fue su objetivo principal. Unos años antes, en 1746 un terremoto, al que siguió pocos minutos después un maremoto, había destruido gran parte del puerto del Callao, dejándolo desprotegido. El estado ruinoso de las fortificaciones se relata en el Juicio de Residencia de Amat: «Estaba el Callao reducido a un simple muro exterior, en que aún era difícil montar un solo cañón, y más parecería circo para encerrar soldados que fortaleza para defender el Reino».[8] Al desembarcar en el puerto limeño, Amat procedió de inmediato a remediar esta situación. La guerra declarada contra Gran Bretaña en 1762 hizo aún más apremiante la necesidad de defender las costas del virreinato.

Entre sus objetivos más urgentes se hallaban el Callao y el Fuerte del Real Felipe. Como decía Amat en su *Memoria de gobierno*: «El presidio del Callao lo hallé tan solamente con el simple revestimiento y delineación que formaban sus muros, faltándoles aquellos comprincipios para que fuese una competente fortaleza y seguridad, [por lo que] fue necesario emprender unos crecidos gastos para su habilitación y poner dicha plaza en estado regular de que pueda impedir cualesquiera desembarcos que intentasen hacer las naciones enemigas».[9]

Amat no sólo se ocupó de la restauración de las murallas del Callao, sino que hizo importantes mejoras en el Fuerte del Real Felipe. La fortaleza era una edificación militar de estilo Vauban. Fue diseñada por el ingeniero militar francés Luis Godin, e iniciada en tiempos del virrey José Antonio Manso de Velasco. Sería sustancialmente mejorada y terminada por Manuel de Amat. Se hizo para defender el puerto contra los ataques de las flotas enemigas –británicas– en tiempo de guerra, y de piratas y corsarios. Su nombre fue elegido en honor del rey Felipe V. Es una de las obras de arquitectura militar más grandes que construyeron los españoles en América.

Para la defensa del virreinato peruano Amat tomó muchas otras medidas, entre ellas creó un cuerpo de ejército bajo la advocación de la Virgen de

---

8. Juicio de Residencia del Virrey del Perú, Manuel de Amat y Junyent, Archivo Histórico Nacional, Madrid, Sección Consejos, Ms. 20.332 a 20.343.

9. V. Rodríguez Casado y F. Pérez Embid, *Manuel de Amat y Junyent*, *Virrey del Perú. (1761-1776). Memoria de gobierno del virrey Amat*, Sevilla, E.E.H.A., 1947, t. CXII.

Montserrat y una milicia urbana. Llevó a cabo también múltiples acciones militares, en 1762 organizó una expedición militar a Charcas, encabezada por Juan de Pestaña, contra los portugueses de Matto Grosso que se habían apoderado del pueblo de Santa Rosa, a raíz de la disputa de las fronteras coloniales. Y en 1770 reprimió los indios araucanos amotinados en Chile.

Los asuntos económicos fueron también objetivos prioritarios de su política, claramente inspirada en el reformismo ilustrado. Trató de potenciar el desarrollo económico en todas sus vertientes, producción agraria y manufacturera y sobre todo se aplicó a potenciar el comercio, tanto dentro de la América hispana, como sobre todo el gran comercio trasatlántico con la península.[10]

Como virrey del Perú, una de las principales obligaciones de Amat era ocuparse de la explotación de las minas de plata del Potosí. Potosí era desde su descubrimiento una de las principales joyas de la Corona. En el transcurso del siglo XVI las posesiones americanas vertieron sobre España más de 16.000 toneladas de plata. En el siglo siguiente, más de 26.000 toneladas y en el siglo XVIII, más de 39.000 toneladas. La producción minera americana creció de un modo sustancial en la segunda mitad del siglo XVIII y dejó en consecuencia mayores réditos a la corona. Los estudios recientes que tratan sobre la producción de plata en el siglo XVIII muestran que ésta creció en Nueva España seis veces a lo largo del siglo y cuatro veces en el Bajo Perú, en tanto en el Alto Perú el aumento fue más modesto. En el Alto Perú desde mediados de 1730 se definió una tendencia al alza que se mantuvo hasta 1800. En las minas de Potosí la producción de plata llegó a su punto máximo alrededor del año 1650, momento en el cual las vetas empezaron a agotarse y Potosí entró en un declive del que no pudo recuperarse. Para 1750 la población se redujo a 70.000 habitantes. Treinta años después, cayó a 35.000 habitantes.[11]

A pesar de la tendencia decreciente, el virrey Amat se consagró a mejorar la situación de Potosí y logró aumentar la producción de plata y el envío de remesas a la Hacienda Real. Renovó además el edificio de la Real Casa de la Moneda de Potosí. Muy interesantes son los planos de la fachada de la

---

10. E. Tándeter y N. Wachtel, *Precios y producción agraria. Potosí y Charcas en el siglo XVIII*, Buenos Aires, 1983; G. J. Walker, *Política española y comercio colonial, 1700-1789*, Ariel, Barcelona, 1979.

11. J. Fisher, *Minas y mineros en el Perú colonial*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1977; E. Tándeter, *Coacción y mercado. La minería de la plata en el Potosí colonial 1692-1826*, Cuzco, CBC, 1992.

Casa de la Moneda, uno titulado «Estado en que se halló el frente de la Casa de la Moneda de Potosí por el mes de septiembre de 1770 [...]». Y otro: «Estado en que pudo dejar de perfección el frente de la Cassa arriva expresado el Superintendente Don Pedro Tagle, finalisando con lo más de la obra interior por el mes de abril de 1772».[12] Muy representativos ambos del proyecto de mejora del virrey. Amat sería el último virrey del Perú responsable de la mina de Potosí. Desde 1776 Potosí, como todo el Alto Perú, pasaría a formar parte del virreinato del Río de la Plata.[13]

Para compensar el declive de Potosí, Amat potenció otro gran centro minero, el Cerro de Pasco. A partir de 1760, tras el descubrimiento de las vetas de plata del «Gran Túnel de Yanacancha», Cerro de Pasco multiplicó su potencial minero. La riqueza que había en estos yacimientos tuvo gran importancia para la corona española, porque Potosí había entrado en decadencia. Cerro de Pasco, la Ciudad Real de Minas, se convirtió en el sustituto natural de Potosí, y tomó su relevo como principal centro minero en Perú. Amat fundó la villa de Pasco, junto al asiento minero del mismo nombre. El pueblo creció rápidamente. En 1771, el virrey Amat le concedió el título de Distinguida Villa del Cerro de Pasco, y allí fundó la Casa de la Moneda que acuñó en plata fina los «cuatro reales de Pasco».

La política reformista del virrey Amat se desarrolló en muchos frentes a la vez. Muy importante fue su empeño en sanear la administración y combatir la delincuencia. Puso en funcionamiento las reales aduanas e incorporó al Estado el servicio de correos. Partidario de la supresión de repartimientos y de obrajes, combatió con tenacidad a los corregidores, adoptando medidas severas para frenar sus abusos.[14]

La compleja sociedad peruana fue también objeto de su atención.[15] En su afán de racionalización, tan típico del siglo ilustrado, para distinguir los diferentes grupos étnicos –producto de los infinitos cruzamientos entre

---

12. Archivo General de Indias, Sevilla, MP-Buenos Aires, 279.

13. C. Contreras, *Los Mineros y el rey: Los Andes del norte*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1995.

14. VV.AA., *El Virrey Amat y su tiempo*, Lima, PUCP, 2004.

15. M. Mörner, *Estado, razas y cambio social en la Hispanoamérica Colonial*, México, SEP, 1974. Y *La mezcla de razas en la historia de América Latina*, Paidós, Madrid; C. López Beltrán: «Sangre y temperamento. Pureza y mestizajes en las sociedades de castas americanas», Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM.

individuos de diversas etnias–, que poblaban el territorio del virreinato del Perú, Amat optó por diseñar una clasificación. Mandó hacer la relación o tipología de la población, con la enumeración y descripción de los diferentes grupos étnicos de América del Sur: «Por ser uno de los principales ramos de raras producciones que ofrecen estos dominios –la notable mutación de aspecto, figura y color que resulta en las sucesivas generaciones de la mezcla de Indios y Negros [...] a que suelen acompañar proporcionalmente las inclinaciones y propiedades».[16]

De esta forma se elaboraron una serie de parámetros étnicos para cada color de piel o tipo racial; y así había el mestizo prieto, negro chino, mulato, mulato claro, mulato oscuro, mulato morisco, mulato pardo, mulato lobo, tercerón, cuarterón, zambaigo, chino, rechino, chino prieto, chino claro, zambo, zambo claro, zambo prieto, «ahí te estás», «tente en el aire», «salto atrás», «no te entiendo», sacalagua. Resultado de estos trabajos de investigación fueron una completa serie de lienzos sobre castas, remitidos por el virrey Manuel Amat al rey Carlos III en 1770.[17]

Igualmente características fueron las reformas realizadas en el ámbito eclesiástico. Apoyó la división de las jurisdicciones eclesiásticas en el virreinato del Perú, con la creación de archidiócesis, diócesis, provincias, repartos, parroquias. Y promovió asignaciones, ingresos y vías para su financiación. Hubo de ocuparse además de todo lo relacionado en Perú con la expulsión de los jesuitas, que tuvo lugar en abril de 1767, durante su mandato como virrey.

Todavía más relevante fue su política de fomento de la ciencia y la educación. Amat mostró gran preocupación por el desarrollo de las ciencias y el progreso de la educación, temas tan típicos de la Ilustración. Fomentó la instrucción en el momento difícil de la expulsión de la Compañía de Jesús (1767), que poseía hasta entonces los principales centros de enseñanza. En 1766 el virrey Amat creó una cátedra de Matemáticas en la Universidad de San Marcos de Lima. Preocupado porque el Perú sufría «el embarazo» de llevar más de un siglo sin un «ejercicio público» de matemáticas, decretó que los cadetes militares y navales y cualquier persona interesada recibieran

---

16. Carta de envío de colección de pinturas de castas, Virrey Amat del Perú, 1770; citada por Ilona Katzew: *Casta Painting*, Yale University Press, New Haven, 2004.

17. *Los cuadros de mestizaje del Virrey Amat. La representación etnográfica en el Perú colonial*, Museo de Arte de Lima, Lima, 1999.

enseñanzas matemáticas en la Universidad de Lima. No había muchos libros ni medios técnicos disponibles, pero los primeros «cursantes de matemáticas» desarrollaron su curso con éxito. El 11 de junio de 1768 demostraron públicamente su aprovechamiento ante las autoridades académicas, bajo la presidencia del virrey. Los militares recibieron sus ascensos, como «recomendación para la mayor aplicación de todo el cuerpo». Pero fue un éxito efímero. Se matricularon más de cincuenta alumnos, pero la mayoría abandonaron los estudios. Sólo los cadetes, obligados a asistir, pues en caso de falta perdían la paga, mantenían vivos los cursos. Un informe de 1771 afirmaba que «mientras los que se especializaban en las demás facultades no participasen con la misma regularidad, el curso no se pondría a prueba de modo fructífero».[18] En ese año 1771, el virrey propuso un nuevo plan de estudios para la universidad, pero no llegaría a llevarse a la práctica.[19]

EL VIRREY ARQUITECTO

Pero si de algún modo se puede definir a Manuel de Amat es como un virrey-arquitecto. Amat nos ofrece un buen ejemplo del modelo de gobernante-constructor. Supo aprovechar muy bien la idea de la arquitectura como símbolo de poder e instrumento cultural. La impresionante obra constructiva emprendida por Amat durante su gobierno como virrey del Perú, entre 1761 y 1776, vistió de gala a la Ciudad de los Reyes en Lima, dándole su fisonomía colonial definitiva que perduraría hasta nuestros días.

Una de las mayores y más duraderas obras de su virreinato fue la reconstrucción de Lima. La llegada de Amat a Lima procedente de Chile en 1761 coincidió con el periodo en que la ciudad y sus alrededores todavía se recuperaban de los estragos del terremoto del 28 de octubre de 1746. La obra de reconstrucción había sido emprendida por su antecesor, el virrey José Antonio Manso de Velasco, pero era mucho lo que quedaba por hacer y Amat encontró en ello la misión de su vida, al menos la que seguramente más de su agrado resultaría.

---

18. M. E. Rodríguez García, *Proyecto Ilustrado y renovación educativa durante la segunda mitad del siglo XVIII en el virreinato peruano*, en BIDA: Biblioteca Digital Americanista (AEA), Biblioteca digital de la Asociación Española de Americanistas.
19. D. Soto Arango, M. A. Puig-Samper y L. C. Arboleda (eds.): *La Ilustración en América Colonial*, Madrid, Ediciones Doce Calles, 1995, p. 105.

Hizo reformas en el palacio virreinal, su residencia en Lima. Han quedado testimonios muy reveladores de la obra realizada, entre ellos interesantes grabados, como la *Representación autentica de la Plaza Mayor de Lima con el Palacio Virreinal al frente, Portal de Escribanos a la izquierda, y la fachada de la Catedral de Lima a la derecha.*[20] Y el *Aspecto interior del Palacio Virreinal de Lima, en el cual puede observarse a los Alabarderos de la Guardia Real de Infantería, y el trono del Virrey del Perú.*[21]

Pero no se conformó con modernizar el palacio virreinal, su afán reformista alcanzó objetivos mucho más amplios. Amat se interesó por el urbanismo de la ciudad de Lima. Se ocupó del tema en el capítulo tercero de la *Memoria* de su gobierno, titulado «Composiciones de caminos, aseo y limpieza de las calles y diversiones públicas». Decía: « Cuando entré á esta Ciudad, todos estimaban por lo descompuestos que se hallaban los caminos Reales y abenidas respectivas, formándose unos Pantanos y lodazales que hacian no solamente dificil, sino absolutamente intransitables el tragin, y comercio de los Hacendados, vecinos, y de otros que conducen continuamente cargas á esta Capital, lo qual dimanaba de los derrames de Aguas de las inmediatas Haziendas de estos Valles, ocasionándose por esta causa algunas desgracias, perdidas y atrazos que se experimentaban, lo que procuré remediar con el mayor Exfuerzo [*sic*] y empeño, de suerte que se lebantaron Puentes y se limpiaron las veredas del Callao y de los Valles de Carabeillo y Late y demás entradas».[22]

Uno de los escenarios prioritarios de su ambición constructora fue la Alameda de los Descalzos. En 1770, el virrey Amat decidió mejorar la alameda plantando árboles y creando preciosos jardines con macizos de flores, capulíes, aromos, ñorbos y jazmines. El paseo renovado se convirtió en el lugar de encuentro de los pobladores que acudían a la fiesta de la Porciúncula de los franciscanos descalzos y de quienes se dirigían a la Pampa de Amancaes.[23] Tal como él explicaba en su *Memoria*: «A poco tiempo de mi Govierno reconocí el paseo publico de la Alameda [de los Descalzos],

20. Biblioteca de Cataluña, Barcelona, fondo documental del Virrey Amat, Mss-400.
21. Ibídem.
22. V. Rodríguez Casado y F. Pérez Embid, *Manuel de Amat y Junyent, Virrey del Perú. (1761-1776). Memoria de gobierno del virrey Amat*, E.E.H.A., Sevilla, 1947, t. CXII.
23. J. Descola, *La vida cotidiana en el Perú en tiempos de los españoles, 1710-1820*, Hachette, Buenos Aires, 1962.

cuyas fuentes se hallaban desbaratadas, y los Arboles sin aquel verdor que ofrece diversión y complacencia. Estos lugares en todas las Ciudades políticas se mantienen para desa[h]ogo de los ánimos en aquellos tiempos que se conceden al descanso y así, al instante procuré remediar el desorden que se notaba, poniendo corrientes sus Pilas, replantando Árboles, y formando asientos y calles para la gente bulgar, á fin de que no se atropellasen con los muchos Coches y Calesas que concurren los dias festibos, principalmente en los primeros del año, con ocasion de pasar el Virrey con los Alcaldes ordinarios segun costumbre establecida».[24]

Amat, enamorado del arte italiano, que había conocido bien durante sus largas estancias en Italia, pretendía construir una Roma barroca en América. Destaca especialmente entre sus obras de valor urbanístico la antigua Navona de Lima, que hoy se conoce como Paseo de Aguas. Era un proyecto de diseño urbano mediante el cual Amat se propuso evocar conscientemente a Roma, ciudad europea barroca por excelencia. Se inspiró en la plaza Navona y en otras fuentes romanas, como la fontana del Acqua Felice, encargada por el Papa Sixto V a Domenico Fontana, o la Fontana dell'Acqua Paola del Gianicolo. Como él mismo explicaba: «Me pareció estender el paseo á mayor distancia, pues se han hecho juegos de Aguas, cuya maquina á imitacion de la que ay en Roma, llegando á su perfección será uno de los mas hermosos recreos que pueda tener Ciudad alguna, deviendo expresar [...] que mis deseos han sido decorar á esta Republica por quantos medios han sido posibles dandole aquel esplendor que se merece».[25]

También en el aspecto de la financiación de las obras el virrey demostró su ingenio. Según un testimonio posterior: «El Domingo de Cuasimodo del año de 1770, que cayó á 22 de Abril, dispuso el Virrey Amat, que en ese día se pusiese una mesa en la puerta de la iglesia de los Desamparados, para que en ella oblasen las personas que al efecto fueron convidadas por la comisión que nombró, compuesta de los señores D. Antonio Amat, sobrino del Virrey; los Oidores, Orrantia y Querejazu, y el Alcalde ordinario D. Pedro José de Zárate. Los expresados señores asistieron á la mesa

24. Ibídem.

25. H. Rodríguez Camilloni, «Manuel de Amat y Junyent y la Navona de Lima: un ejemplo de diseño urbano barroco del siglo XVIII en el virreinato del Perú», en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 74-75, 1999.

á recibir las ofrendas, acompañados de lo principal de la nobleza, desde las seis de la mañana en que comenzó la erogación hasta las diez de la noche en que concluyó. Entonces se procedió á investigar la cantidad recojida, y resultó ser mas de veinticinco mil pesos [...]. El 24 del referido mes y año, se procedió á la obra tirándose las lineas desde el pié del cerro de San Cristóbal hasta la entrada de la antigua alameda de los Descalzos: y faltando dinero, se paso otra mesa en la que el día 14 de Junio de 1772, se recogieron diez y seis mil y pico de pesos. Hallándose el trabajo en el mejor estado, se desplomó una cortina de la frontera que tenia ya mas de ocho varas de alto: y tanto por este incidente, falta de fondos, y la cesacion en el mando del Virrey, quedó la obra como hoy se encuentra».[26]

Fue una gran obra sin acabar. Como toda obra pública, la construcción de La Navona significó un gasto mayor, y cuando Amat dejó Perú, en 1776, los trabajos quedaron inconclusos.

Otra de las obras más notables fue la plaza de toros de Hacho. Enclavada en el distrito del Rimac, declarada Monumento Histórico de Lima, es hoy la tercera plaza por su antiguedad del mundo, después de la Maestranza de Sevilla y la de Zaragoza. Tras dos siglos en los que la lidia de toros se realizó en el marco de plazas públicas, entre ellas la Plaza Mayor, el nuevo coso taurino se inauguró en 1766 gracias a la iniciativa de don Agustín de Landaburu y al patrocinio del virrey Manuel de Amat. La primera corrida de toros efectuada en la plaza firme del Hacho se realizó el 30 de enero de 1766, con asistencia del virrey. Se consolidaba así el entonces llamado sitio del Hacho como escenario de la fiesta de toros en Lima.

Fiel a la tradición española en América, no descuidó tampoco el virrey las obras religiosas. Muy interesante es el caso de la vieja iglesia de las Nazarenas. El templo o santuario de las Nazarenas, en cuyo altar mayor se encuentra la Sagrada Imagen del Señor de los Milagros, tiene sus orígenes en una antigua imagen de Cristo en la Cruz, pintada en un muro por un esclavo angoleño en la Lima del siglo XVII. Un fuerte terremoto que asoló la capital peruana en 1655, dio origen a esta devoción, al observarse que milagrosamente el muro donde estaba pintada la imagen del Cristo Moreno quedó incólume.

---

26. M. de Odriozola, *Noticia de la plata que se recogió en la mesa que puso el virrey Amat para la obra del Paseo de Aguas*, Lima, 1873.

Don Sebastián de Antuñano y Rivas se dedicó a la construcción del santuario del Señor de los Milagros. En 1684, compró los terrenos para edificar la primera iglesia del Cristo Moreno que sufriría graves daños por los terremotos sucesivos. La primera edificación tuvo que ser prácticamente demolida tras el terremoto de 1746. Por iniciativa del virrey Manuel Amat –quien colaboró con un óbolo anual y los estudios técnicos– se construyó un nuevo templo, que fue inaugurado el 21 de enero de 1771.

La nueva iglesia de las Nazarenas es una de sus obras más significativas. La paternidad de esta iglesia es indiscutible a la luz de la evidencia documental de la época. El libro *El día deseado*, que fue publicado en 1771 por el mismo director general de la fábrica, don Felipe Colmenares Fernández de Córdoba, para conmemorar su inauguración deja clara constancia. Colmenares dedicó su libro al virrey, al que llama «inventor y dueño de la obra».[27] La perspectiva escenográfica del interior del templo fue grabada por José Vásquez, posiblemente sobre un dibujo de Amat. Testimonio concluyente es la leyenda del famoso retrato de Amat, que pintó Cristóbal Aguilar en 1771, que reza textualmente: «Ynsigne Benefactor de este Monasterio de Nazarenas Carmelitas, a cuio ardiente Zelo, poderoso influxo y crecidos auxilios se devió la fabrica de su Templo que delineó, y dirigió desde la primera Piedra que puso en sus Cimientos». Otro indicio claro se halla en que tomó parte en la construcción de la iglesia el capitán de granaderos Juan de la Roca, ejecutor de varios de los proyectos de Amat.

Ejemplo igualmente sobresaliente es la capilla de San Martín de Porres, en el convento de Santo Domingo en Lima. El lugar donde san Martín de Porres tuvo su celda quedó destruido por el seísmo de 1746. Gracias a los donativos de los fieles se construyó una capilla, que fue diseñada por el propio virrey Amat. En el altar se venera su imagen, a los lados santo Domingo y san Francisco de Asís, y en la parte superior la Virgen del Rosario. Allí descansan los restos del santo. Finalmente hay que destacar otra gran obra, el camarín de la Virgen de la iglesia de la Merced, igualmente en Lima.

---

27. *El dia deseado. Relación de la solemnidad con que se estrenó la Iglesia del Santo Cristo de los Milagros, patrón jurado por esta ciudad contra los temblores de que es amenazada, y titular del Monasterio de Nazarenas Carmelitas Descalzas del señor San Joachin: con una breve noticia del origen y progresos de la soberana efigie, y la Oración panegìrica que se dixo en la dedicacion de su templo, fabricado con la proteccion y limosnas del Exmo. señor D. Manuel de Amat y Junient ... a quien la dedica, y saca a luz D. Felipe Colmenares Fernandez de Cordova*, Lima, 1771.

El virrey, mecenas y autor de tantas obras de arte fue también sujeto de alguna. Al final de su estancia en Lima corresponde el retrato firmado y fechado por Pedro José Díaz en Lima el año 1773. No es un cuadro de gran valor artístico, pero constituye un buen testimonio de la imagen de don Manuel Amat y Junyent como virrey del Perú, en la culminación de su carrera. Está representado en pie, lujosamente trajeado, portando la condecoración de la Orden de San Jenaro que Carlos III le había concedido ese mismo años 1773, arriba a la izquierda su escudo de armas, al fondo a la derecha una escena militar.[28]

EL VIRREY Y LA COMEDIANTA

Manuel de Amat, que como caballero de la Orden Militar de San Juan de Jerusalén, permanecía célibe, para acompañarle en su estancia americana contó con dos de sus sobrinos, José y Antonio Amat y Rocaberti, hijos menores del segundo marqués de Castellbell, a los que ayudó a promocionarse ofreciéndoles en Lima buenas oportunidades. El primero, barón de Castellar, dejó el gobierno de Tarma para regresar a Barcelona en 1774, donde murió a principios de 1775. El segundo, capitán de su guardia, permaneció a su lado y le acompañó en Lima hasta su vuelta a España.

Pero la principal compañía del virrey durante su estancia en Lima fue su amante, Micaela Villegas Hurtado de Mendoza (1748-1819), conocida como «la Perricholi».[29] La Perricholi, es una figura central del siglo XVIII peruano y del periodo colonial americano. Su personaje ha llamado la atención y ha trascendido las fronteras por la relación amorosa que mantuvo con Manuel Amat. Esta relación escandalizaba a la sociedad limeña y rompía con los esquemas establecidos, por ser él español, miembro de una familia noble y ocupar el cargo de virrey y por ser ella una plebeya de origen criollo y, además, actriz de profesión.[30] La vida de la Perricholi al lado del virrey catalán y sus excentricidades inundaron Lima de procaces sátiras.

---

28. M. M. Cuyàs, «Una pintura de procedència colonial en la colección del MNAC: el Retrato de Manuel d'Amat i de Junyent, virrey del Perú de 1761 a 1776», en *Miscel·lània en homenatge a Joan Ainaud de Lasarte*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1999, vol. 2, pp. 143-148.

29. G. Pages, *Micaela Villegas «La Perricholi»*, Barcelona, Editorial Arpegio, 2011.

30. A. Flores Galindo, *Aristocracia y plebe. Lima 1760-1830*, Mosca Azul Editores, Lima, 1984.

Nació el 30 de abril de 1748, según la partida de bautismo de la iglesia de San Sebastián de Lima. Fue la primera de seis hijos que tuvieron Joseph Villegas y Arancibia, arequipeño, y María Teresa Hurtado de Mendoza y de la Cueva, limeña. Poco se sabe de su niñez, su familia era de condición humilde y vivían en el barrio del Rímac. Aprendió a leer y escribir, cosa poco común para las mujeres de la época. Fue una niña inquieta que sentía pasión por el teatro. Micaela era muy aficionada a las obras de Lope de Vega y Calderón de la Barca, le gustaba también el canto y la danza. Desde temprana edad mostró vocación por el teatro, para ayudar a su familia, aun cuando ese oficio era considerado como indigno e impropio para una mujer. A los 15 años debutó en el Coliseo de Comedias, propiedad de Maza, conocido actor y empresario teatral, quien la protegió y enseñó el oficio teatral. El teatro era su pasión, y antes de cumplir 20 años, su talento la convirtió en la actriz de moda. Dotada de imaginación ardiente y fácil memoria recitaba con suma gracia romances caballerescos y escenas cómicas. Todos los días llenaba el teatro, era muy admirada y su fama trascendió los límites del virreinato.

El escándalo estalló a causa de su relación con el virrey. Muy jovencita, cuando tenía unos 15 años, Micaela inició un romance con Manuel Amat, que entonces estaba cerca de los sesenta. La relación duró catorce años. Fue una de las relaciones amorosas más escandalosas del siglo XVIII. Lejos de mantener una relación discreta, Amat no sólo la hizo su amante, sino que la colocó en el centro de la vida social limeña. «Miquita», como la llamaba cariñosamente Amat, gustaba de exhibirse junto al virrey. En 1769 tuvieron un hijo al que llamaron Manuel.

Las anécdotas son incontables. Se cuenta, por ejemplo, que cuando Amat le declaró su amor, ella le respondió que lo aceptaría si él ponía la luna a sus pies. El virrey, que entonces estaba dirigiendo las obras del Paseo de Aguas, aprovechó que en el centro del paseo se levantaba una amplia fuente donde se reflejaba el cielo, para cumplir con la condición puesta por su amada. En una noche de luna llena la llevó junto a la fuente, diciéndole «hoy pongo la Luna a tus pies».

Fueron unos amores de leyenda. La relación del virrey y la comedianta inspiraron a escritores y músicos. En el siglo XIX Prosper de Merimée escribió sobre el tema la obra *La Carrosse du Saint-Sacramento* (1829) y Jacques Offenbach la opereta *La Périchole* (1868). En el siglo XX Thornton Wilder

escribió *The Bridge of San Luis Rey* (*El Puente de San Luis Rey*) en 1927, novela ganadora del premio Pulitzer de Narrativa en 1928. También se han hecho varias películas, como *El puente de San Luis Rey*, una película de 2004, dirigida por Mary McGuckian, protagonizada por F. Murray Abraham, Kathy Bates, Gabriel Byrne, Geraldine Chaplin, Robert De Niro, Émilie Dequenne y Pilar López de Ayala en los papeles principales. Basada en la novela de Thornton Wilder del mismo nombre y ganadora del premio Goya 2004 al Mejor Vestuario.

LAS EXPEDICIONES DEL PACÍFICO

El océano Pacífico fue otro de los grandes escenarios de la actuación del virrey Amat. La vigilancia y el control de la costa del Perú debía extenderse mar adentro. Era mucho lo que allí se jugaba España, el Pacífico en manos de potencias rivales era una peligrosa amenaza y, en cambio, podía ser una interesante zona de expansión.

A finales de la década de 1760, las distintas noticias acerca de naves extranjeras en zonas de dominio español como el estrecho de Magallanes, los avistamientos de piratas y contrabandistas así como la recalada por motivos de urgencia en las costas del Perú del buque francés *Saint-Jean Baptiste* provocaron la preocupación del virrey Amat. Esto le llevó a organizar expediciones de exploración y reconocimiento con dos objetivos principales: tratar de encontrar y reconocer las islas y comprobar si había asentamientos o tropas extranjeras en las zonas del sur de Chile o en cualquiera de las islas. Las principales expediciones en el Pacífico fueron primero la expedición a la isla de Pascua y después, teniendo conocimiento de los descubrimientos del navegante británico James Cook en la Polinesia, las tres expediciones a las islas de la Sociedad, que Amat organizó sucesivamente.

Muy interesante es la presencia española en la isla de Pascua entre los años 1770 y 1771. En 1770, el virrey Amat, mandó una expedición a la isla de Pascua. La capitaneaba González de Haedo, con dos barcos, *San Lorenzo* y *Santa Rosalía*, y más de quinientos hombres. Llegó a Rapa Nui el 15 de noviembre de 1770 y tomó posesión de la isla en nombre del rey de España Carlos III. La llamó isla de San Carlos y estableció su carta. En la documentación elaborada por González de Ahedo, aparecen por primera vez dibujos de los moáis. De la toponimia elaborada por González de Ahedo sólo

se conserva en la actualidad el nombre de Punta Rosalía. Los barcos regresaron al Callao el 29 de marzo de 1771, tras una escala en la isla de Chiloé, en Chile. La expedición había recorrido en total 4.177 leguas, unos 23.400 kilómetros. El relato del viaje, trasmitido a Carlos III, ponía de relieve la importancia de la isla para la seguridad del Perú y de Chile. El rey mandó instrucciones a Amat para que enviase colonos y misioneros a Pascua.

La otra gran cuestión a que había de atender Amat era la situación de la Polinesia en aquel tiempo, pues desde las primeras décadas del siglo XVIII las potencias europeas por razones diversas habían renovado su interés por aquellas islas remotas, pero muy atractivas y prometedoras. El neerlandés Jacob Roggeveen, en 1722, encontró una isla del archipiélago, la pequeña Maupiti. Samuel Wallis, en 1767, descubrió Tahití. El francés Louis Antoine de Bougainville, en 1768, llamó al archipiélago islas Borbón, en honor a la familia real francesa. El inglés James Cook, en 1769, las llamó Society Islands, en honor a la Sociedad Real de Londres, organizadora del viaje.

El primer viaje a Tahití organizado por Amat tuvo lugar de 1772 a 1773. Enterado del viaje del inglés Cook a Tahití en 1769, y sospechando un proyecto de colonización por parte de los ingleses, Amat decidió dar prioridad a Tahití sobre las demás islas. Ordenó una expedición bajo el mando de Domingo de Boenechea, con Tomás Gayangos como ayudante. Boenechea era oriundo de Guetaria y Gayangos de Casa de la Reina (Logroño). El *Águila* zarpó del Callao el 26 de septiembre de 1772. A bordo iba un soldado que había ido en la expedición a la isla de Pascua, Máximo Rodríguez, y que luego tendrá un papel destacado en el conocimiento de la isla de Tahití y en la difusión de lo descubierto.

Llegó el *Águila* a Tahití el 12 de noviembre. Desembarcaron unos oficiales y marineros con una lancha en la costa este. Les acogieron los tahitianos muy cordialmente. El día 13, al intentar Boenechea entrar en la laguna, encalló el *Águila*. Lograron salvar el barco y decidieron trasladarse a la costa norte de la península de Taiarapu, donde fondearon frente al pueblo de Tautira, que llamarán Santísima Cruz, y donde se quedaron hasta su salida el 20 de diciembre.

Las órdenes de Boenechea eran entablar buenas relaciones con los indígenas, tratarlos bien, respetar sus propiedades. Como muestra de respeto prohibió a sus hombres las relaciones sexuales con las mujeres, lo que les sorprendió mucho, ya que para los polinesios eran cosa natural. Durante su

estancia realizaron una interesante obra científica. Dieron nombres españoles a las islas que estaban explorando. Llamaron a Tahití, isla de Amat. Los otros nombres de las islas eran San Cristóbal (Mehetia), Santo Domingo (Moorea), La Pelada (Maiao), Los Tres Hermanos (Tetiaroa), La Hermosa (Huahine), San Pedro (Bora Bora), La Princesa (Raiatea), San Antonio (Maupiti) y Pájaros (Scilly). Recogieron datos sobre las costumbres, la flora y la fauna. También estudiaron las posibilidades agrícolas. Trataron de informarse sobre los hechos y proyectos de los ingleses y comprobaron que no había colonización inglesa en Tahití y tampoco en la isla de Moorea. Gayangos, con una lancha, dio la vuelta a la isla en cinco días y estableció su carta y otros planos.[31] En cada una de sus etapas, los indígenas le acogieron con alegría y muestras de amistad. Rodríguez aprovechó el tiempo para profundizar en su conocimiento del idioma, partiendo de lo que ya había aprendido en la isla de Pascua, donde se hablaba un dialecto muy parecido.

Al cabo de unos pocos días se decidió emprender el viaje de regreso a Perú. Al salir el *Águila*, el 20 de diciembre, cuatro tahitianos habían aceptado hacer el viaje con ellos, lo que Rodríguez aprovechará para perfeccionar su dominio del idioma. Llegaron a Valparaíso de Chile, el día 21 de febrero de 1773, para unas reparaciones antes de dirigirse a la isla de Pascua, a fin de cumplir las órdenes reales. En esta escala chilena murió uno de los tahitianos a causa de la gripe. El *Águila*, debido a una avería grave, tuvo que interrumpir su viaje a Pascua y regresó al Callao el 31 de mayo.

Todo el material recogido en Tahití fue presentado al virrey, su enorme interés le decidió a preparar otra expedición. Los tres tahitianos fueron alojados en el palacio virreinal en Lima y educados como españoles. Uno falleció en septiembre de la viruela y los otros dos recibieron el bautismo, con gran pompa, en la catedral, siendo sus padrinos personalidades del entorno del virrey.

Cook, en su segundo viaje al Pacífico, arribó a Tahití dos veces, en agosto de 1773 y en abril de 1774, sólo con objetivos científicos. Pero Amat temía las ambiciones británicas y decidió realizar un segundo viaje a Tahití, de 1774 a 1775. En vista de los resultados del primer viaje, Amat planeó otro, con objetivos más ambiciosos: anexionar la isla, someter los habitantes a la corona y evangelizarlos, explorar las islas cercanas a Tahití. La expedición

31. Museo Naval de Madrid.

estaba bajo el mando de Boenechea y constaba de dos barcos, el *Águila* y el *Júpiter*, cuyo capitán será José Andía y Varela. Estaba previsto fundar una misión, con dos sacerdotes franciscanos, un intérprete y un ayudante. Serán Jerónimo Clota, oriundo de Olot (Gerona), Narciso González, de Montemolín (Badajoz), Máximo Rodríguez, como intérprete, y un grumete gallego. Cargaron herramientas, semillas, ganado y una casa prefabricada para los cuatro. También utilizaron un diccionario básico que Rodríguez había redactado en Lima, ayudado por los tahitianos, y un «interrogatorio» de cien preguntas sobre varios asuntos, futuro marco del informe final sobre la estancia.[32] Los dos tahitianos volvieron a su isla para actuar de intermediarios entre los españoles y la población autóctona. Las finalidades esenciales eran de exploración y evangelización.

Los barcos zarparon del Callao el día 20 de septiembre de 1774. El 5 de octubre, quedaron separados por un temporal y el *Júpiter* llegó a Tahití una semana antes que el *Águila*, el día 8 de noviembre. Habían reconocido o descubierto una quincena de islas en los archipiélagos de Tuamotu, islas a sotavento y luego australes. Tras reconocer varios puertos y bahías, los españoles fondearon en Tautira, bahía y pueblo que ya conocían y que les parecía más seguro e idóneo para sus planes. Una de sus primeras tareas fue dibujar mapas, planos y cartas náuticas.[33] Allí entablaron buenas relaciones con el jefe más importante de Tahití, llamado Tu, y con otro jefe, Vehiatua. Los jefes aceptaron que la misión se instalase. A finales de noviembre acondicionaron el solar y empezaron la construcción de la casa, en la que los frailes se instalaron un mes más tarde. La fundación de la misión tuvo lugar el 1 de enero de 1775, con gran solemnidad. Erigieron una cruz frente a la casa-misión y se celebró la primera misa.

El siguiente día 5, en otra ceremonia, se establecieron las Capitulaciones de Oxatutira (Tautira). El documento lo redactó Pedro Freyre de Andrade, secretario del *Águila*.[34] Lo leyeron, con traducción de Rodríguez, en presencia de Boenechea y sus oficiales, a los dos jefes y a sus súbditos que aceptaron su contenido: reconocer la soberanía del rey de España, acep-

---

32. Existen copias en el Archivo General de Indias, en Sevilla.

33. C. Manso Porto, *Cartografía histórica de América: Catálogo de manuscritos (siglos XVIII-XIX)*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1997, p. 12.

34. Archivo General de Indias, Sevilla.

tar la estancia de los cuatro españoles, protegerlos y suministrar todo lo que necesitasen. Por otra parte, España se comprometía a enviar barcos de manera regular, protegerlos de sus enemigos, proveer instrucción y abastecerlos de herramientas. El documento no llevaba ninguna firma.

La expedición quedó limitada por circunstancias imprevistas. Boenechea, cuya salud se había debilitado, murió el 26 de enero. El 27, lo enterraron frente a la casa-misión, en presencia de numerosos indígenas. Al día siguiente, bajo el mando de Gayangos, los dos barcos salieron de Tahití rumbo al Callao, donde llegaron en abril. Dejaron en la isla a los cuatro miembros de la misión.[35]

La misión española en Tautira era un gran proyecto, que se mantuvo apenas un año, desde diciembre de 1774 a noviembre de 1775. Desde el inicio hubo problemas. Nada salió como se esperaba. Los cuatro miembros de la misión no supieron mantener la paz, ni entre sí, ni con los habitantes de la zona. Los españoles confiaban en los dos indígenas bautizados, pero quedaron decepcionados, porque, a los pocos días de su retorno, se quitaron la ropa europea, olvidaron la educación cristiana e intrigaron contra los sacerdotes. Continuamente ocurrían desacuerdos, riñas y peleas, por culpa del abismo cultural entre los misioneros y los tahitianos. Máximo Rodríguez se valía de su función de intérprete para estudiar el país y salía con frecuencia de la misión. Las relaciones con Vehiatua y su familia fueron buenas, el jefe siempre quiso cumplir las capitulaciones, y Rodríguez se convirtió en amigo de su hijo. Pero estas posibilidades de entendimiento se frustraron. Los religiosos se aislaron en la casa-misión y renunciaron a la evangelización. Esperaban la vuelta al Perú con gran ansiedad, temiendo por su vida. El resultado final fue un fracaso.

Sin embargo, los trabajos de Rodríguez fueron muy provechosos para el mejor conocimiento de Tahití. Máximo Rodríguez fue muy activo. Limeño, nacido hacia el 1750, había viajado a España entre 1767 y 1769 como soldado de marina. Sus actuaciones y sus escritos demuestran un espíritu abierto, curioso, metódico y objetivo. Dio dos veces la vuelta a la isla de Tahití en piragua, ayudado por gente de Vehiatua. Se detuvo en las

35. F. Mellén Blanco, «Domingo Bonechea Andonaegui y sus expediciones a Tahití», en *Itsas Memoria. Revista de Estudios Marítimos del País Vasco*, 6, Untzi Museoa-Museo Naval, Donostia-San Sebastián, 2009, pp. 735-746.

tierras de Tu, el mayor jefe de la isla, y éste le confió un gran cuenco (*umete*), hecho de dolerita, una piedra negra muy dura, muy pesado, de unos 150 kilos, procedente de un templo, como regalo al rey Carlos III. El objeto se envió a España.[36] Rodríguez aprovechó su estancia en Tahití para redactar varias obras, entre ellas un diario de los doce meses que duró la misión. Es el escrito más largo y antiguo sobre la manera de vivir de los tahitianos del siglo XVIII y sus costumbres. Tiene un valor histórico inestimable.

A pesar de las dificultades, Amat enviaría una tercera expedición en 1775. Tras el retorno de Gayangos al Callao, en abril de 1775, el informe de Amat al rey fue muy positivo sobre las posibilidades existentes en Tahití. Proponía seguir la experiencia y desarrollar la presencia española. Pero Madrid no respaldó sus planes. A pesar del desinterés del gobierno, Amat no abandonó. Al enterarse de los preparativos de Cook para su tercer viaje, tomó la iniciativa de otra expedición del *Águila* a Tahití. La capitaneó Juan Cayetano de Lángara. Sus órdenes eran asegurarse del estado de salud de los cuatro españoles y cumplir lo que los franciscanos decidieran, quedarse en Tahití y reforzar la misión, o abandonarla definitivamente. El *Águila* zarpó el 27 de septiembre de 1775. En cuanto el *Águila* llegó a Tautira el 3 de noviembre, los dos sacerdotes exigieron su regreso al Perú. Lángara intentó influir para que siguieran en la isla, pero sin éxito. Ante la negativa a continuar, obligó a los religiosos a que explicasen por escrito sus motivos para dejar la misión. La escala duró muy poco. Los españoles se despidieron del gran jefe Tu y recogieron sus pertenencias. El 12 de noviembre de 1775, el *Águila* se hizo a la mar rumbo al Callao. Era el fin de la presencia española en Tahití. Manuel de Amat en su informe fue muy crítico con los dos franciscanos; sin embargo, se deshizo en elogios hacia Rodríguez por su trabajo.

La conclusión de su gobierno en Perú es que Manuel de Amat fue un buen virrey. Su gobierno en el virreinato del Perú fue muy eficaz. Trabajó bien al servicio de la corona. Mantuvo el control del territorio y aumentó considerablemente el envío de remesas para la hacienda real. En 1773 fue condecorado por el rey Carlos III con la orden de San Jenaro. Fue cesado en 1776, cumplidos más de 70 años de edad y después de casi quince años de gestión, cuyos hechos principales se sintetizan en una voluminosa

36. Se conserva en el Museo Nacional de Antropología de Madrid.

Memoria de gobierno.[37] Acababa de estallar la guerra de independencia de los Estados Unidos. El cambio de virrey en el Perú también tuvo que ver con la reorganización territorial de la América española y la creación del virreinato del Río de la Plata. Establecido por la corona en la última fase de su dominio en el Nuevo Mundo, fue creado provisionalmente el 1 de agosto de 1776, y de forma definitiva el 27 de octubre de 1777, por orden del rey Carlos III a propuesta del ministro de Indias José de Gálvez.[38]

Pero no todo fue perfecto. Hubo acusaciones graves de enriquecimiento excesivo. En una de ellas, un folleto titulado «Drama de los palanganas», se afirmaba: «La renta anual de Amat como virrey era de sesenta mil pesos y más doce mil por las gratificaciones de los ramos de Cruzada, Estanco y otros que, en catorce años y nueve meses de gobierno, hacen un millón ochenta mil pesos. Calculo también en trescientos mil pesos, más bien más que menos, cada año lo que sacaría por venta de los setenta y seis corregimientos, veintiuna oficialías reales y demás innumerables cargos, pues, por el más barato recibía un obsequio de tres mil duros, y empleo hubo por el que guardó veinte mil pesos. De estas granjerías y de las hostias sin consagrar no pudo, en catorce años, sacar menos de cinco millones, amén de las onzas de oro con que por cuelgas lo agasajaba el Cabildo el día de su santo».[39]

Con sus luces y sus sombras aquel era el final de su carrera. Dejó las insignias de virrey el 17 de julio de 1776 en manos de su sucesor, don Manuel de Guirior. Poco tiempo después se embarcó de regreso a España. Dejaba atrás muchas cosas, entre ellas una muy importante en su vida personal, su relación con la Perricholi. El romance del virrey y la comedianta terminó cuando Amat dejó su cargo y abandonó Lima para siempre en 1776. Nunca volverían a verse. Pero Amat no se portó mal con ella, dejó a su amante en

---

37. M. de Amat y Junyent, *Relación de gobierno que hace D. Manuel de Amat y Junyent, Virrey del Perú, a su sucesor, D. Manuel de Guirior*. Abarca desde el 12 de octubre de 1761 hasta el 17 de julio de 1776.

38. Memoria, Biblioteca de Palacio, Madrid, Ms. 195 y 196. V. Rodríguez Casado y F. Pérez Embid, *Memoria de gobierno del virrey Amat; Memorias de los vireyes que han gobernado el Perú*, Edición de M.A. Fuentes, 1859; R. Beltran y Rozpide, A. de Altolaguirre y Duvale, *Colección de las Memorias o Relaciones que escribieron los Virreyes del Perú acerca del estado en que dejaban las cosas generales del reino*, Imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, Imp. Mujeres Espanolas, Madrid, 1921-1930, 2 vols.

39. «Drama de los palanganas», opúsculo de 100 páginas en 4.º, publicado en 1776, del que existe un ejemplar en el tomo XXV de Papeles varios de la Biblioteca Nacional de Madrid.

una cómoda posición, dueña de varias propiedades. Micaela se quedó en Lima con su hijo. Al quedarse sola tuvo que soportar los ataques de los enemigos del virrey Amat, que se manifestaron mediante canciones y folletos, siendo el «Drama de los palanganas: veterano y bisoño» el más injurioso. En 1788 se despidió de los escenarios y adquirió el Real Coliseo de la Comedia, asociándose con Vicente Fermín de Echarri con quien se casaría en 1795. Desde entonces llevó una vida tranquila y dedicada a la administración del teatro. Trece años más tarde, quedó viuda. Murió en 1819. Manuel de Amat dejó también en Lima a su hijo, ilegítimo, fruto de sus relaciones con la Perricholi, Manuel de Amat y Villegas.

EL RETIRO BARCELONÉS

Después de más de dos décadas de ausencia en América, en 1776 Manuel Amat regresó a España, a Barcelona. Como virrey del Perú había hecho una gran fortuna. Para mostrar su riqueza, ya desde el Perú, mandó construir dos suntuosos palacios para su residencia en Barcelona: uno en el centro de Barcelona y otro en la vecina villa de Gracia. También una casa de estilo colonial en el feudo que su familia tenía en Abrera. Las dos últimas construcciones no se han conservado.

Su principal obra fue la de Barcelona, un palacio en las Ramblas, el nuevo paseo de moda, que se convertiría en escenario preferente de la ciudad más próspera y moderna. El palacio de las Ramblas se diseñó en estilo barroco y clásico. Fue edificado entre 1772 y 1778. El anteproyecto del palacio de la Virreina se remontaba a 1767. Los planos ya existían antes de 1770, pero no se conoce con certeza quien los diseñó, siendo atribuidos a Josep Ausich, siguiendo las directrices de Amat. El mismo virrey, desde Perú, dio detalladas instrucciones para su construcción y decidió de manera personal el estilo de la fachada, de piedra de Montjuïc y de Santanyí. Las obras fueron dirigidas por el arquitecto y escultor Carles Grau (1717-1798). También intervino el escultor Francesc Serra.[40]

---

40. J. R. Triadó, *L'època del Barroc*, vol. v de la *Història de l'Art Català*, Edicions 62, Barcelona; R. M. Subirana Rebull, J. R. Triadó Tur, «Art, història i ideologia. Programes de les cases i palaus barcelonins al segle XVIII», en *La Catalunya diversa*, Universitat de Barcelona, 2008, vol. 1, pp. 503-550.

El palacio resulta magnífico y muy elegante. La fachada principal se estructura simétricamente en ejes verticales marcados por los balcones con el refuerzo de seis pilastras con capitel de tipo jónico. Los balcones tienen barandilla de forja. Doce ménsulas sostienen una cornisa coronada con una balaustrada con doce grandes jarrones. Hay un interesante patio interior con doble escalinata desde donde se contemplan los grandes ventanales de los salones, enmarcados con pilastras estriadas y paneles ricamente esculpidos. En 1941 fue declarado Monumento Nacional.[41]

Un pariente muy próximo del virrey, su sobrino el barón de Maldá, Rafael de Amat y de Cortada, nieto de Josep d'Amat de Planella i Despalau, primer marqués de Castellbell, hijo de Antoni d'Amat i de Junyent, y casado con Maria Esperanza de Amat y de Rocaberti, prima suya e hija pequeña del segundo marqués de Castellbell, era autor de un famoso dietario, conocido como el «Calaix de Sastre», en el que escribía diariamente las noticias más destacadas de Barcelona.[42] Anotó puntualmente el final de las obras del palacio: «En lo mes de setembre del present any de 1775 queda ja casi conclosa la casa de l'Exm. Sr. don Manuel Amat, mon oncle, en la Rambla, ab sa magnífica faxada, tota d'obra d'escultura, ab sa igual balaustrada i gerros corresponents a tota aquella obra [...]».[43]

Para la casa de Gracia, Manuel Amat adquirió una gran hacienda, Can Vidal, y construyó otra a su lado. La más antigua pasaría a denominarse la «Torre Chica»; la Torre Grande sería la casa del virrey. La torre de Gracia era una mansión enorme y suntuosa, la más grande de Gracia, entonces un entorno rural de masías diseminadas. Según Carreras Candi: «Quiso tener su casa de campo, o torre como se le suele decir [...] a estas mansiones de señores en los despoblados o pequeñas poblaciones. El oro traído de América sirvió por levantar en Gracia un bello edificio a los cuatro vientos, dentro de un buen vallado de tierra. Fastuosa construcción, que

41. R. Alberch i Fugueras, M. C. Farré i Sanpera, S. Riera i Viader, M. Rovira i Solà y E. Sendra i Salillas, *El Palau de la Virreina*, Ajuntament de Barcelona. Regidoría d'Edicions i Publicacions, Barcelona, 1995; A. Florensa Ferrer, *El Palacio de la Virreina del Perú*, Ayuntamiento de Barcelona, Barcelona, 1961.

42. V. Pascual i Rodríguez, *El Baró de Maldà. Material per a una biografia*, Publicaciones de l'Abadia de Montserrat, 2003; A. Galí, *Rafael d'Amat, Baró de Maldà*, Aedos, Barcelona, 1954.

43. R. d'Amat i de Cortada, Baró de Maldà. *Calaix de Sastre (1769-1791)*, Curial Edicions Catalanes, Barcelona, 1987, vol. 1, p. 44.

estaba caracterizada por cuatro torres en sus ángulos, dándole aspecto de castillo».[44]

El palacio de las Ramblas era la residencia oficial del virrey Amat. La torre de Gracia estaba destinada al recreo, para pasar los veranos y temporadas de reposo. Era un lugar ideal, no sólo para el recogimiento, sino para los actos sociales, fiestas y recepciones. Era una hermosa casa, con hermosas vistas. Tenía planta rectangular, con planta baja y dos amplios pisos, y ocho balcones en cada planta. De fachada muy decorada, con balaustradas en lo alto, y coronada con grandes jarrones de piedra, estaba ornamentada con relieves alegóricos, con el blasón de la casa Amat y un indio con penacho y tocando la trompeta, que recordaba la estancia del virrey en Perú. La fachada posterior también tenía balcones en el primer piso, y un gran balcón en el segundo piso. El edificio tenía cuatro torres de planta cuadrada, formando pirámide, en cada una de las esquinas. Disfrutaba de magníficas vistas sobre la ciudad amurallada y sobre el mar. El interior estaba lujosamente decorado.

El entorno de la casa era igualmente rico. Disponía de grandes establos para los caballos y los carruajes. Contaba con hermosos jardines. La finca tenía pastos, cultivos y viña: fue una de las explotaciones agrícolas más importantes de su época, y había otros edificios para los trabajos del campo, y para el ganado. Próxima al torrente de Vidalet, al torrente del Pecado y al torrente de la Olla, disponía de mucha agua para regar los huertos. Plantaciones de árboles frutales y un pequeño pero frondoso bosque completaban el paisaje. El camino que llevaba a la casa era muy señorial, formando un paseo. Era en todos los sentidos una gran casa digna de un gran virrey, como había sido Manuel Amat.

Después de una larga ausencia, Amat llegó finalmente a Barcelona en octubre de 1777. El barón de Maldá en su *Calaix de Sastre* escribía: «Dia 22 d'octubre de 1777. Entrà a Barcelona, des de Madrid, l'Exm. Sr. don Manuel Amat, virrei que fou en lo Perù, resident en la ciutat de Lima, en l'Amè-

44. Entrevista a F. Carreras Candi, *Mai Enrera*, *butlletí del Club Excursionista de Gràcia*, 31, agosto de 1927, Barcelona, p. 102; E. Castellà, «Les masies de Gràcia. Gràcia rural», en *Camèlies*, *Publicació del Taller d'Història de Gràcia*, 21, julio de 2005, Barcelona. Y del mismo autor, «Les masies de Gràcia. Vestigis d'una ruralia històrica», Col·lecció La Font de l'Atzavara, 9, Taller d'Història de Gràcia, Barcelona, 2005.

rica meridional, después de vint-i-quatre anys que faltava aquí, desitjosos tots los patricis, i molt més los interessats, de veure a S.E. después de una detenció tan llarga en Mallorca i, des de la dita isla, en la presidència de Xile i virreinat de Lima».[45]

Le llegaba la hora del retiro y del descanso en su tierra natal, después de tantos años de servicios prestados a la corona en tierras tan lejanas y diversas. Finalizada su carrera en América, todavía le quedaban unos últimos problemas por resolver. Después de su regreso definitivo a España, el año 1777, Manuel de Amat sufrió un duro juicio de residencia. Quienes se consideraban perjudicados por su acción de gobierno en Perú pasaron cuentas sobre su gestión. Pero logró salir bien librado de las denuncias y acusaciones.[46]

Parecía entonces llegado el momento de disfrutar de su bien ganado retiro en los hermosos palacios que había tenido la previsión de prepararse para sus años finales. Pero al poco de llegar a Barcelona Amat dio una nueva sorpresa. A pesar de su edad, tenía más de 70 años, decidió dejar su soltería de toda la vida como miembro de la Orden de San Juan de Jerusalén y casarse con una mujer a la que más que triplicaba la edad. La novia era Francesca de Fiveller y de Bru.

Era hija de Joan de Fiveller y de Rubí y de Maria Antònia de Bru y Descatllar. Había nacido en Barcelona hacia 1756. Era la tercera de siete hermanos, vivía en el palacio de la familia Fiveller, en la calle de la Merced de Barcelona, y pertenecía a la parroquia de santa María del Pino. Muy joven ingresó en un monasterio, pero su entrada en la vida religiosa, como era habitual en aquella época, fue fundamentalmente decisión paterna. El monasterio elegido fue el de Santa María de Jonqueres. Era un monasterio en que las monjas eran la mayoría de origen noble. La congregación, de origen medieval, se había fundado en el año 1214 dentro de la parroquia de Sant Vicenç de Jonqueres, situada entre Sabadell y Terrassa. En 1273, las monjas se trasladaron a una nueva ubicación dentro de la ciudad de Sabadell para trasladarse de nuevo en 1293 a su emplazamiento definitivo en la barcelonesa calle de Jonqueres.

Era una novia con una trayectoria un tanto paradójica, monja, pero con un pasado. Hacia 1777, Francisca de Fiveller, entonces una joven de

---

45. Baró de Maldà, *Calaix de Sastre*, vol. 1, p. 62.

46. Juicio de Residencia del Virrey del Perú, Manuel de Amat y Junyent, Archivo Histórico Nacional, Sección Consejos, Ms. 20.332 a 20.343, Madrid.

unos 20 años y que ya había profesado en el convento, conoció a Antonio Amat y Rocaberti, hermano de las religiosas Antonia y Eulàlia, y sobrino del virrey Amat, que había estado con él en Perú. Se dieron palabra de matrimonio, cosa no rara en el caso de la Orden de San Juan de Jerusalén, porque las mujeres allí ingresadas disfrutaban de una cierta libertad de disponer de sus bienes o de salir del monasterio para casarse. Por razones desconocidas el matrimonio no llegó a celebrarse y Francisca quedó en situación muy desairada.[47]

Como Antonio Amat y Rocabertí era sobrino de Manuel de Amat, para salvar la situación, su tío tomó la decisión de casarse con la muchacha. Manuel de Amat, que era miembro de la Orden de San Juan, como Francisca, conocía la relación que había mantenido su sobrino con la joven y, a mediados de 1778, la pidió en matrimonio a sus padres. Amat había llegado a Barcelona con fama de hombre muy rico e influyente. El casamiento era una buena oportunidad para Francisca y así lo vio la familia. El novio tenía más de 70 años y la novia, como se ha dicho, unos 20, pero entonces esa gran diferencia de edad no era vista como un obstáculo insalvable para un buen matrimonio.

El barón de Maldá en su *Calaix de Sastre* anotaba el 30 de maig de 1779: «No obstant de tenir-se per dubtosa la notícia del casament de l'Exm. Sr. oncle, don Manuel Amat, ab la Sra. donya Maria Francisca Fiviller i Bru, s'és declarada verídica i pròxima a efectuar-se la boda, ab procura, la vigília del Corpus, en la iglésia de Jonqueres, en aussència del contraient, que encara no ha arribat de Madrid i s'espera en breus dies aquí, ab mon germà i família».[48]

La boda se celebró por poderes el 3 de junio de 1779 en la iglesia del monasterio de Jonqueres. En aquel momento el novio estaba en Madrid y actuó en su lugar su hermano Antonio de Amat y Junyent. El barón de Maldà, testigo bien informado, seguía anotando en su *Calaix de Sastre*: «En la mateixa tarda, en la iglésia de Jonqueres, se casà ab procura la Sra. donya Maria Francisca Fiviller i Bru, ab lo pare i senyor, com a muller que pasava a ser de son germà l'Exm. Sr. don Manuel Amat, mon oncle; havent-se

47. M. Sanmartí, «Nobles», en C. Sanmartí y M. Sanmartí (eds.), *Catalanes del IX al XIX*. Vic, Eumo y Publicacions URV, 2010.
48. Baró de Maldà, *Calaix de Sastre*, vol. I, p. 77.

servit antes en lo parlador de Jonqueres, dintre i fora, un espléndid refresc i dulces a totes les Sres. monges i a tota la parentela d'Amat i Fiville». Y añadía: «Des de Jonqueres, ab tots los cotxes de la parentela, que eren set, i los millors, anaren uns tras d'altres, com catúfols de sínia, fins a casa Bru, al carrer de la Mercè. En quant al vestit de corte, o tontillo, que vestia la Sra. núvia, hi ha tanta cosa que notar d'exquisit i ric que no sé per aon començar tal descripció».[49]

La gran celebración de la boda tendría lugar unos días después en el palacio de Gracia: «Dia 14 de juny arribà a dos quarts de nou del vespre a la sua casa de camp, prop de Gràcia, l'Exm. Sr. oncle, ab mon germà don Felip i família, havent volgut arribar secreto per estar-li més a compte, a fi de descansar del viatge i estar bo per l'efectuació o celebració de sa boda».[50]

Primero tuvo lugar la ceremonia religiosa de ratificación del matrimonio: «L'endemà, dia 15 de juny, s'acomodà tota la parentela d'Amat i Fiviller, en sos respectives cotxes –que foren set son número- i a dos quarts de cinc de la tarda anàrem tots a casa Fiviller, per marxar des d'alli dret a la torre de l'Exm. Sr. oncle, passant per los carrers del Regomir, plaça del Correu, plaça de la Ciutat, Sant Jaume, carrer de la Seu, Plaça Nova, carrer dels Arcs, plaça de Santa Anna, eixint per lo Portal del Àngel fora, etc. Los menestrals deixaven la feina per veure pasar la tirallonga dels cotxes i persones de dintre [...]. Lo arribo fou a un quart de sis de la tarda, i al parar lo primer cotxe baixà a rebre a la Sra. Dª Maria Francisca, ma venerada tia. S.C. i cop de enhorabones, la prengué per la mà, alegre com se deixa considerar, i tots nos anàrem a la capella pública de aquella torre, ab alguna poca de pluja com aigua rosada, que nos obligà a fugir-hi tot de pressa. Entrats que haguérem a la capella, nos arrollidàrem un petit rato que encara no arribà a dos minuts, i luego lo Sr. prior Moia féu la funció de la revalidació als Exms. Srs. oncle i tia; donaren lo sí i les mans, i veus aquí luego un raig d'enhorabones, que uns i altres no ens enteníem».[51]

Terminada la ceremonia, siguió un rato de tertulia: «Eixits de la capella, en la que també hi reparí a la Marieta de Jonqueres, vui dia casada, i a una altra sa amiga ítem, nos en pujàrem tots a casa, i se formà un estrado tot

49. Baró de Maldà, *Calaix de Sastre*, vol. 1, p. 78.
50. Ibídem.
51. Ibídem.

de repente en la peça d'escalfapanxes, conversant o fent la cort als Exms. oncle i tia».[52]

Después llegó la hora del banquete: «En est ínter comparagué Andrés, del café de la Rambla, ab totes les posts, garrafons i sorbeteres, per donarnos bebidas de tots gèneros. Se posà una taula en la galeria coberta per arrenglar los vasos, i quan tot fou prompte se serví l'agasajo a tots los senyors [...] hi hagué grossa provisió de pastes i dulces empaperats, que foren d'allò bo. Ben agasajats que fórem, passejàrem molts per les galeries, i altres a jugar a mesa i billar, tornan-nos-en a Barcelona a dos quarts de nou, que partírem d'allí. [...] Gran confusió de cotxes en son arrenglament per tornar a la ciutat. En la torre de l'Excm. Sr. se quedaren los pares de la núvia, i los demés fugiren tots a Barcelona, per tornar-hi demà a l'esplendid convit que volien donar los Exms. Srs. a tota la parentela».[53]

Como en toda gran boda, las celebraciones duraron varios días. El siguiente día 16, se celebró un nuevo banquete, con música y refresco: «Arribà lo dia següent per sos passos comptats, i tots assistiren, unint-s'hi donya Marianneta Marí I donya Poneta Fiviller, germana de la Maria Francisca; no havent-hi pogut asistir sa germana major, donya Maria Antònia Planella, per no trobar-se gaire bona. [...]. De bulla, per ser tanta la gent jove, n'hi hagué molta, que això es lo verb, peraquè lo dinar se asentás bé al ventrell; el que fou com al carácter de les persones convenia, principalment dels Exms. Srs. nuvis: la simetria estava a la perfecció i, en petit, algunes torres i piràmides que remedaven a les tan famoses de Memfis i meravellas de Babilònia, que se'n deien clocants. Estátues en lo ramillete al·lusives al sistema present, i mil altres friolerillas de dulce, que deleitaven la vista i al gust; les quals coses, per ser en si tan llamineres, desaparegueren i s'embolicaren ab paperines. De café no en faltà, i més en semblants banquetes o dinars de boda. Finalment tot fou sala i festa, fins la Junta de Segòvia, confrares del Sant Esperit los més bornis i los restants de tots dos ulls, anaren a la torre a sonar-nos quatre guilindaines de minuets, etc. i trinxaven fins a tocar mosca. En la tarda hi hagué refresc magnífic, com en l'antecedent, i después tota la comitiva se'n tornà a Barcelona ab sos respectives cotxes».[54]

---

52. Ibídem.
53. Baró de Maldà, *Calaix de Sastre*, vol. 1, p. 79.
54. Ibídem.

Su vida de casado no duró muchos años, pues el 14 de febrero de 1782 murió don Manuel Amat en Barcelona. Fue enterrado el día 16 en el convento de San Francisco de la calle Ample. De nuevo su sobrino el barón de Maldá relataba en su *Calaix de Sastre* el magnífico entierro: «Dia 16 de febrer de 1782 s'enterrà en la iglésia de Sant Francesc lo cadàver de l'Exm. Sr. don Manuel Amat, mon oncle, havent estat la matinada plujosa i plens o bruts de fang los carrers pels que ha passat la professó de dit enterro, a saber: Portaferrissa, carrer dels Boters, Plaça Nova, carrer de la Seu, Regomir, fins al carrer Ample. [...] De tropa era en notable disminució, per ser la més destinada a Maó, Gibraltar, etc. La poca infanteria se componia dels suïssos, i la cavalleria un esquadró del regiment del rei. I anava la música ab lo timbaler a cavall, tocant les timbales...».[55]

En su testamento, don Manuel Amat dejó a su mujer como usufructuaria de sus bienes y como heredero universal a su sobrino Antonio de Amat y Rocaberti. La viuda residió en el palacio hasta su muerte en 1791, por lo cual se lo conoce como el palacio de la Virreina. Francesca de Fiveller era una mujer culta, muy devota y muy amante de su familia. Enviudó joven y es posible que quisiera casarse de nuevo, pero seguramente recibió presiones familiares para no hacerlo. Francisca, como viuda, gestionó el patrimonio de Manuel de Amat, inventariado y controlado, bajo la tutela de su padre, de su sobrino Antoni de Amat y Rocaberti y de un notario. Actuó con generosidad, dejando dinero suyo sin interés, como correspondía a una mujer noble. Pero la situación no era fácil. Pronto entre tía y sobrino surgieron problemas por la administración de la gran fortuna o quizás el sobrino temió que Francesca Fiveller decidiera volver a casarse y buscó la manera de proteger sus intereses. Firmaron en 1788 una concordia donde se especificaba lo que correspondía a cada uno.

En su matrimonio Manuel Amat no tuvo hijos, pero dejó descendencia de anteriores relaciones. Con Micaela Villegas y Hurtado de Mendoza había tenido un hijo, Manuel Amat y Villegas y con doña Josefa de León y Riso, otro, Manuel Amat y León, que sería coronel del ejército peruano. A la muerte del virrey Amat en España, su hijo Manuel Amat y Villegas, el hijo de la Perricholi, viajó desde Perú a la península para reclamar la herencia

55. Baró de Maldà, *Calaix de Sastre*, vol. 1, pp. 96-97.

como hijo de Amat. Pero debido a su condición de ilegítimo su reclamación no prosperó. Regresó a Lima, donde se casó en 1810. Años después el hijo del virrey y la actriz firmaría el acta de emancipación de España junto con el general San Martín.

La virreina sobrevivió a su esposo apenas una década. El 3 de octubre de 1791 Francisca se hallaba en un oficio religioso que se celebraba en la iglesia de la Merced y se desmayó en medio de grandes convulsiones. Fue trasladada a casa de sus padres y murió a las pocas horas sin haber recobrado el conocimiento.[56] Dejó un testamento redactado el año 1789. Declaraba que quería ser enterrada en el convento de san Francisco junto a su marido. Dejaba dinero para que le fueran dichas 3.000 misas y aniversarios por el eterno descanso de su alma y la de su marido. Manifestaba su decisión de repartir sus bienes personales entre su familia, especialmente entre sus hermanas María Luisa y Josefa. Recordaba también a los criados que entonces se encontraban en la casa. De acuerdo con su última voluntad, el día 5 de octubre fue enterrada en el convento de San Francisco, en el panteón de los Amat.[57]

Muchos años después, a la muerte de Antoni de Amat y Rocaberti en 1824, los bienes del virrey pasaron a sus sobrinos, los cuartos marqueses de Castellbell, Manuel Cayetano de Amat y Peguera, casado con su prima hermana Escolástica de Amat y Amat, hija de Rafael de Amat y Cortada, barón de Maldá.

La familia Amat fue muy famosa en la Barcelona del siglo XVIII, gracias no sólo al virrey Manuel de Amat, sino también a su sobrino Rafael de Amat, que en lugar de ganar celebridad con la espada la logró con la pluma. Rafael de Amat y de Cortada, barón de Maldá, autor del *Calaix de Sastre*, nos ha dejado un espléndido testimonio de la vida barcelonesa y de los últimos años de su tío el virrey en Barcelona. Hoy nos quedan muchos recuerdos de esos personajes y de su época, de todos seguramente el palacio de las Ramblas y el dietario son los más populares.

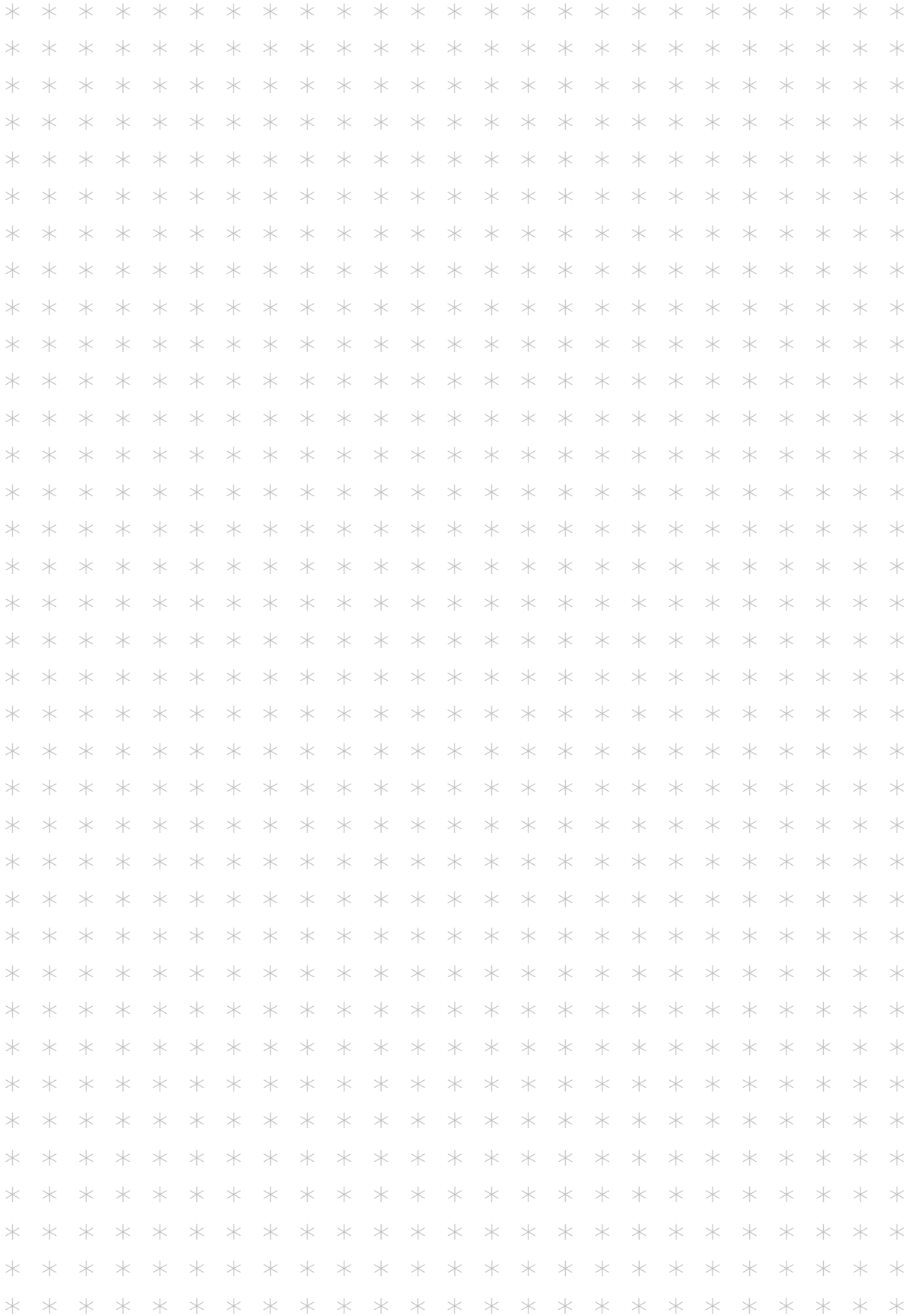
---

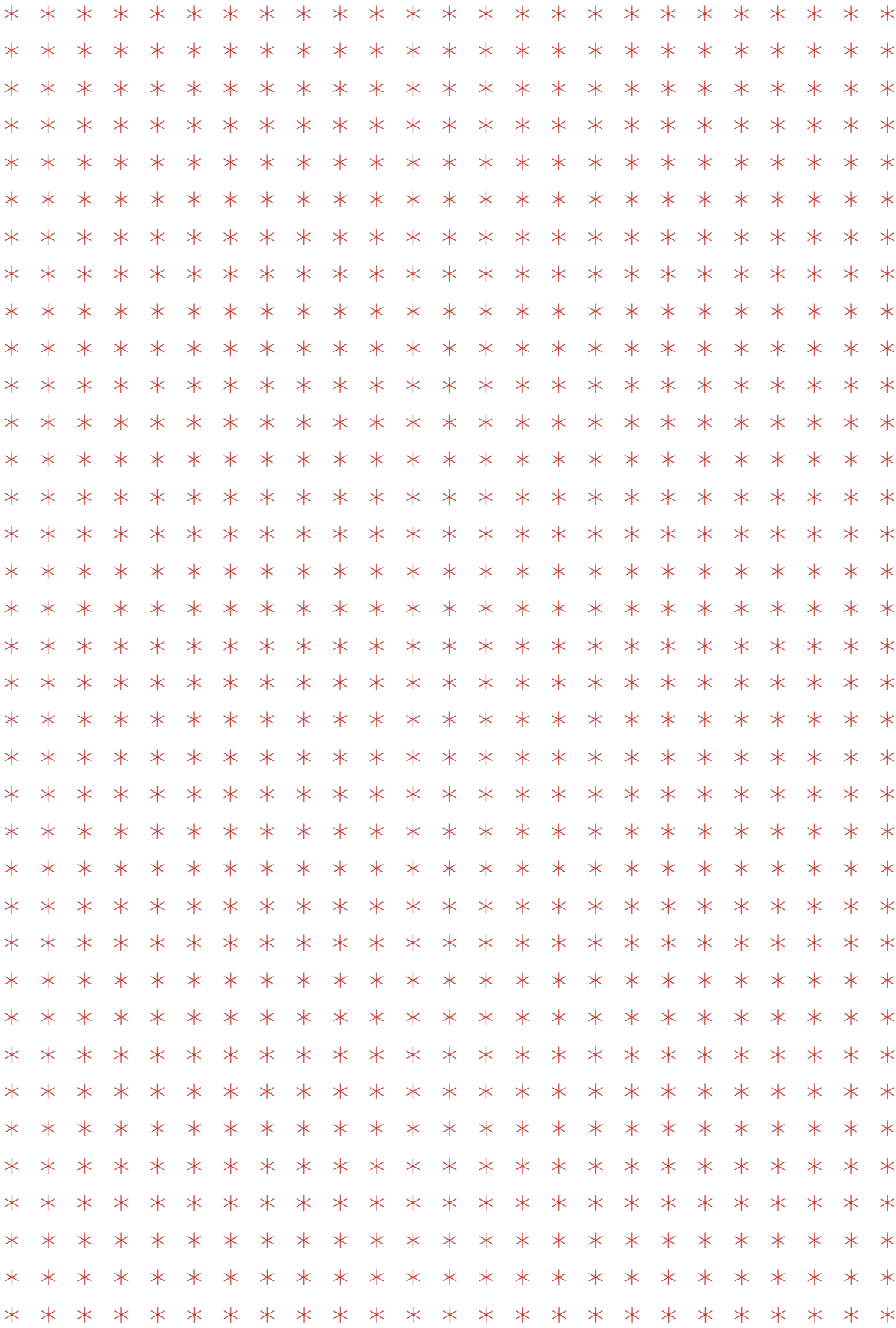
56. Baró de Maldà, *Calaix de Sastre*, vol. I, p. 288.
57. Ibídem.

SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR ESTE

VIRREYES CATALANES EN AMÉRICA

EL VIERNES
21 DE DICIEMBRE DE 2012





* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *

ISBN 978-84-92543-41-0

FUNDACION
Banco Santander

FUNDACIÓN CULTURAL DE LA NOBLEZA ESPAÑOLA

RESIDÈNCIA D'INVESTIGADORS

Virreyes catalanes *en América*